

MAYLIS DE KERANGAL

Reparar a los vivos



Lectulandia

Le Havre. Simon Limbres regresa con sus amigos de una adrenalínica sesión de surf. La camioneta en la que viaja choca contra un árbol. Poco después de ser ingresado en el hospital, el joven muere, pero su corazón sigue latiendo. Thomas Remige, un especialista en trasplantes, debe convencer a unos padres en estado de shock de que ese corazón podría seguir viviendo en otro cuerpo. Y salvar, tal vez, una vida. Éste es el contundente arranque de la novela, que mantiene al lector en vilo hasta las últimas líneas. En *El intruso*, un espléndido ensayo autobiográfico, Jean-Luc Nancy narraba en primera persona la experiencia de vivir con un corazón ajeno. Kerangal aborda aquí el tema en una no menos espléndida ficción literaria. «Conocí a un enfermero coordinador de trasplantes», declara la escritora francesa, «encargado de recoger el consentimiento de las familias, en pleno duelo. Quedé conmovida. Hay una forma de heroísmo discreto en los donantes de órganos que me parece mucho más interesante que algunas figuras espectaculares de las que se nos habla sin cesar.» En *Reparar a los vivos*, **Maylis de Kerangal** sutura con enorme maestría las palabras y las frases del cuerpo ficcional, en un relato de precisión quirúrgica sobre un trasplante cardíaco, cuya prosa sin duda acelerará nuestras pulsaciones.

Esta novela fue la gran revelación francesa en el primer semestre de 2014. Obtuvo siete prestigiosos premios: Premio France Culture-Télérama, Gran Premio RTL-Lire, Baileys Women's Prize for Fiction (anteriormente Orange), Premio literario Charles Brisset, Premio Relay des Voyageurs, Premio Paris Diderot-Esprits libres, Premio de los Lectores L'Express-BFMTV. Asimismo figuró durante meses en el ranking de libros más vendidos.

Lectulandia

Maylis de Kerangal

Reparar a los vivos

ePub r1.0

Titivillus 22-07-2018

Título original: *Réparer les vivants*
Maylis de Kerangal, 2013
Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«My heart is full»

El efecto de los rayos gamma sobre las margaritas,
Paul Newman, 1973

Lo que es el corazón de Simon Limbres, ese corazón humano, desde que se aceleró su cadencia en el instante de nacer cuando otros corazones se aceleraban a la par, saludando el evento, lo que es ese corazón, lo que lo hizo brincar, vomitar, engordar, danzar liviano como una pluma o pesar como una piedra, lo que lo aturdió, lo que lo hizo derretirse: el amor; lo que es el corazón de Simon Limbres, lo que filtró, registró, archivó, caja negra de un cuerpo de veinte años, no lo sabe nadie con exactitud; sólo una imagen en movimiento, creada por ultrasonidos, podría emitir su eco, mostrar su alegría que dilata y su tristeza que encoge. Sólo el papel calibrado de un encefalograma desenrollado desde el comienzo podría fijar su forma, describir su desgaste y su esfuerzo, la emoción que desata, la energía prodigada para comprimirse unas cien mil veces al día y hacer circular hasta cinco litros de sangre cada minuto, sí, sólo esa línea podría relatarlo, perfilar su vida, una vida de flujo y reflujo, de compuertas y válvulas, de pulsaciones, pero el corazón de Simon Limbres, ese corazón humano, él, se sustrae a las máquinas, nadie podría pretender conocerlo, y aquella noche, noche sin estrellas, mientras caía una helada impresionante sobre el Pays de Caux, mientras un oleaje sin reflejos rodaba a lo largo de los acantilados, mientras la meseta continental retrocedía, desvelando estrías geológicas, emitía el ritmo regular de un órgano en reposo, de un músculo que se recarga lentamente –un pulso tal vez inferior a las cincuenta pulsaciones por minuto– cuando sonó la alarma de un móvil al pie de una cama estrecha y el eco de un sónar que inscribía en palotes luminosos en la pantalla táctil las cifras 05:50, y cuando de repente todo se precipitó.

Esa misma noche una furgoneta frena en un aparcamiento desierto, queda atravesada, las portezuelas delanteras resuenan mientras se desliza una abertura lateral, surgen tres siluetas, tres sombras recortadas en la oscuridad, ateridas por el frío –febrero glacial, rinitis líquida, dormir vestido–, unos jóvenes al parecer, que se suben la cremallera de la cazadora hasta el cuello, se calan los gorros a ras de las pestañas, deslizan bajo la lana polar la zona carnosa de las orejas y, resoplando y juntando las manos en forma de cucurucho, se sitúan de cara al mar, que a esas horas no es aún sino ruido, ruido y oscuridad.

Jóvenes, ahora se ve. Se han alineado tras el murete que separa el aparcamiento de la playa, patean el suelo y respiran ruidosamente, las ventanas nasales doloridas de tanto tragar yodo y frío, y escrutan esa extensión oscura donde no existe ningún tempo, salvo el estruendo de la ola al romper, ese fragor que se acrecienta en el derrumbe final, otean lo que brama ante ellos, ese clamor desquiciado en el que no hay nada donde fijar la mirada, nada, salvo acaso la franja blanquecina, espumeante, miles de millones de átomos catapultados unos contra otros en un halo fosforescente; y al salir de la furgoneta, embotados por el invierno, aturdidos por la noche marina, los tres muchachos ahora se recobran, reajustan la vista, el oído, sopesan lo que los espera, el *swell*, calibran el oleaje por el ruido, calculan la fuerza del rompiente, su grado de profundidad, y recuerdan que las olas que se forman mar adentro progresan siempre más aprisa que los barcos más rápidos.

Bueno, murmura uno de los tres muchachos con voz suave, vamos a disfrutar como enanos, los otros dos sonríen, luego los tres retroceden a un tiempo, lentamente, rascando el suelo con las suelas y, girando sobre sí mismos, tigres, alzan los ojos para avizorar la noche al fondo del pueblo, la noche aún cerrada tras los acantilados, y entonces el que ha hablado consulta el reloj, un cuarto de hora más, chavales, y suben a la furgoneta para esperar la aurora náutica.

Christophe Alba, Johan Rocher y él, Simon Limbres. Sonaban los despertadores cuando han abandonado las sábanas y se han levantado de la cama para disfrutar de una jornada decidida poco antes de medianoche tras un intercambio de SMS, una jornada a marea mediana como sólo se dan dos o tres al año –mar formada, oleaje regular, viento débil y ni un alma a la vista–. Unos vaqueros, una cazadora, y se han escurrido fuera en ayunas, ni un vaso de leche, ni un puñado de cereales, ni un trozo de pan, se han plantado al pie de su bloque de pisos (Simon), delante del portal de su chalé (Johan), y han esperado la furgoneta también puntual (Chris), y ellos, que nunca se levantan antes de las doce pese a las instancias maternas, ellos, de quienes se dice que sólo saben pendonear abúlicamente entre el sofá del salón y la silla de su habitación, brincaban de impaciencia en la calle a las seis de la mañana, cordones

desatados y aliento fétido –bajo la farola, Simon Limbres ha observado cómo se disgregaba el aire que espiraba por la boca, las mutaciones de la fumarola blanca que se alzaba, compacta, y se disolvía en la atmósfera, hasta desaparecer, y ha recordado que de niño le gustaba imitar a los fumadores, colocaba los dedos índice y corazón sobre los labios, inspiraba profundamente, ahondando las mejillas, y soplaba como un hombre–, ellos, tan pronto los *Tres Caballeros*, como los *Big Waves Hunters*, como Chris, John y Sky, unos alias que funcionan no como apodos sino como seudónimos, puesto que se han creado para reinventarse como surfistas planetarios en su calidad de colegiales de estuario, a tal extremo que por el contrario pronunciar su nombre los devuelve de inmediato a una configuración hostil, la llovizna helada, el mísero chapoteo, los acantilados como muros y las calles desiertas al caer la noche, las amonestaciones de los padres y las exigencias escolares, las quejas de la novieta plantada, a la que una vez más se ha antepuesto la *van*, y que nunca puede competir con el surf.

Están en la *van*, no la llaman furgoneta así les aspen. Humedad hedionda, arena que granula las superficies y raspa el trasero como papel de lija, goma salobre, pestazo a algas y a parafina, tablas de surf apiladas, montón de monos –cortos o largos gruesos con capucha incorporada–, guantes, chanclos, cera en tarros, amarraderas. Se han sentado los tres delante, hombro contra hombro, se han frotado las manos en los muslos lanzando gritos de mono, joder vaya biruji, después han mascado barras de cereales con vitaminas –pero mejor no zampárselo todo, luego sí que se devora, precisamente después de haber sido devorado–, se han pasado la botella de Coca-Cola, el tubo de leche condensada Nestlé, los Pépito y los Chamonix, galletas de muchachos blandas y dulces, han acabado colocando en el asiento el último número de *Surf Session* y lo han abierto contra el salpicadero, juntando sus tres cabezas sobre las páginas que relucían en la penumbra, el papel cuché cual piel hidratada con filtro solar, páginas recorridas miles de veces que vuelven a escrutar, los ojos desorbitados, las bocas secas: olas rompientes de Mavericks y *point break* de Lombok, grandes olas de Jaws en Hawái, tubing de Vanuatu, mar de fondo de Margaret River, las mejores costas del planeta despliegan en la revista el esplendor del surf. Marcan imágenes con fervientes dedos índices, allí, allí, allí irán algún día, incluso puede que el próximo verano, los tres en la furgoneta para un surf trip de leyenda, partirán en busca de la más hermosa ola que se haya formado en la Tierra, viajarán en busca de ese lugar salvaje y secreto que descubrirán como Cristóbal Colón descubrió América y estarán solos en el *line up* cuando surja por fin la que esperaban, esa ola llegada del fondo del océano, antigua y perfecta, la encarnación de la belleza, entonces el movimiento y la velocidad los erguirán sobre su tabla en un sprint de adrenalina, brotará una alegría inmensa en todo su cuerpo, hasta la punta de sus pestañas, y cabalgarán la ola, se fundirán con la tierra y la tribu de los surfistas, esa humanidad nómada de cabelleras descoloridas por la sal y el eterno verano, de

ojos desvaídos, chicos y chicas sin más ropa que esos shorts estampados con flores de tiaré o con pétalos de hibisco, esas camisetas de color turquesa o naranja sanguina, sin más calzado que unas chanclas de plástico, esa juventud lustrosa de sol y de libertad: surfearán hasta la orilla.

Las páginas de la revista se iluminan conforme palidece el cielo en el exterior, revelan su gama de azules como ese cobalto puro que hace daño a la vista, y de verdes tan profundos que parecen trazados con acrílico; aquí y allá aparece la estela de una tabla de surf, minúscula raya blanca sobre un muro de agua monumental, los muchachos entornan los ojos, murmuran joder qué pasada, esto es total, luego Chris se aparta para consultar el móvil, la luz de la pantalla le azulea el semblante e, iluminándolo por abajo, resalta los huesos del rostro, el arco de las cejas prominente, la mandíbula prognática, los labios malvas, mientras lee en voz alta las noticias del día: Les Petites Dalles today, marejada ideal sudoeste-nordeste, olas entre un metro cincuenta y un metro ochenta, la mejor jornada del año; tras lo cual recalca, solemne: vamos a papear, yes, ¡a cebarnos como *kings*! –el inglés incrustado en su francés, constantemente, para todo y para nada, el inglés como si vivieran en una canción pop o en una serie americana, como si fueran héroes, extranjeros, el inglés que aligera las palabras enormes, «vida» y «amor» se convierten en *life* y *love*, y también el inglés como un pudor– y John y Sky han movido la cabeza en señal de asentimiento infinito, yeah, unos *big wave riders*, unos *kings*.

Es la hora. Inicio del día donde lo informe cobra forma: se organizan los elementos, el cielo se separa del mar, se avista el horizonte. Los tres muchachos se preparan, metódicos, según un orden determinado que todavía es un ritual: enceran las tablas, revisan las correas del *leash*, se embuten la ropa interior de polipropileno antes de enfundarse los monos contorsionándose en el aparcamiento –el neopreno se adhiere a la piel, la raspa y a veces la quema–, coreografía de marionetas de goma que requiere ayuda mutua, necesita que se toquen, que se manipulen; tras lo cual las botas, la capucha, los guantes, y cierran la furgoneta. Ahora descienden hacia el mar, tablas bajo el brazo, ligeros, atraviesan la playa a grandes zancadas, la arena y los guijarros se hunden a su paso, y llegados a la orilla, cuando todo se precisa frente a ellos, confusión y alborozo, se enrollan el *leach* en la rodilla, se ciñen la capucha, reducen por completo el espacio desnudo en torno al cuello agarrando el cordón de la espalda y subiéndolo hasta los últimos dientes de la cremallera –tienen que asegurar la máxima impermeabilidad posible a sus jóvenes pieles, con frecuencia salpicadas de acné en lo alto de la espalda, cuando Simon Limbres exhibe un tatuaje maorí en el hombro–, y ese gesto, el brazo tendido al aire con un movimiento seco, significa que comienza la jornada, *let's go!* –ahora puede que los corazones se exciten, que se sacudan lentamente en sus cajas torácicas, tal vez aumenten su masa y su volumen y su pujanza se intensifique, dos secuencias diferentes en un mismo latido, dos

reacciones, siempre las mismas: el terror y el deseo.

Entran en el agua. No vocean al sumergir el cuerpo, ceñido en esa membrana flexible que conserva el calor de la carne y la explosividad del impulso, no emiten un grito, atraviesan entre muecas la muralla de guijarros que ruedan, y el mar cada vez más hondo, pues a cinco o seis metros de la orilla ya no hacen pie, oscilan hacia delante, se tumban boca abajo sobre la tabla, cortando briosamente el agua con los brazos, atraviesan la zona de resaca y avanzan hacia alta mar.

A doscientos metros de la orilla, las aguas ya no son más que una tensión ondulatoria, se ahondan y se abomban, alzándose como una sábana lanzada sobre un somier. Simon Limbres se funde con su movimiento, rema hacia el *line up*, esa zona de alta mar en la que el surfista aguarda el arranque de la ola, cerciorándose de la presencia de Chris y de John, situados a la izquierda, pequeños corchos negros apenas visibles aún. El agua, oscura, jaspeada, venosa, luce el color del estaño. Sigue sin vislumbrarse brillo ni fulgor alguno, sólo esas partículas blancas que espolvorean la superficie, azúcar, y el agua está helada, 9 o 10 °C como mucho, Simon no podrá cruzar más de tres o cuatro olas, lo sabe, el surf con el agua fría derrenga el organismo, en una hora se habrá ido todo al garete, tiene que seleccionar, elegir la ola con la mejor forma, la que tenga la cresta más alta sin ser demasiado picuda, aquella cuya voluta se abra con la suficiente amplitud para introducirse en ella, la que dure más, conservando al final de la carrera la fuerza necesaria para espumear en la playa.

Se vuelve hacia la costa como le gusta hacer antes de alejarse más: ahí está la tierra, estirada, corteza negra entre centelleos azulados, y es otro mundo, un mundo del que se ha desligado. El acantilado erguido en plano sagital le muestra los estratos del tiempo, pero donde está él el tiempo ha dejado de existir, ya no hay historia, sólo ese oleaje aleatorio que le arrastra y remolinea. Su mirada se detiene en el vehículo disfrazado de *van* californiana estacionado en el aparcamiento ante la playa, reconoce la carrocería repleta de stickers recogidos durante las jornadas de surf, se sabe los nombres pegados casi juntos, Rip Curl, Oxbow, Quiksilver, O'Neill, Billabong, el fresco psicodélico donde se mezclan en un mismo balanceo alucinado campeones de surf y estrellas de rock, todo ello combinado con un buen número de chicas esbeltas con bañadores liliputienses y cabellos de sirena, esa *van* que es su obra común y la antecámara de la ola, tras lo cual se aferra a los faros traseros de un coche que asciende por la llanura hasta hundirse en las tierras, el perfil de Juliette dormida se dibuja, está tumbada con las piernas encogidas bajo su colcha de niña, con esa cara terca que tiene incluso dormida, y de pronto Simon se vuelve, le da la espalda, se despega de tierra firme, un brinco, unas decenas de metros más, y deja de remar.

Brazos que reposan pero piernas que dirigen, manos pegadas a los rieles de la tabla y torso levemente alzado, barbilla erguida, Simon Limbres flota. Espera. Todo fluctúa a su alrededor, retazos enteros de mar y de cielo surgen y reaparecen en cada remolino de la superficie lenta, pesada, leñosa, una pasta basáltica. El alba abrasiva le quema el rostro y se le atiranta la piel, sus pestañas se endurecen como cables de

vinilo, los cristalinos se escarchan tras las pupilas como olvidados en el fondo de un congelador, y su corazón comienza a latir más lento, reaccionando al frío, cuando de súbito la ve llegar, ve acercarse, firme y homogénea, la ola, la promesa, e instintivamente se sitúa para hallar la entrada e infiltrarse, deslizarse en ella como un bandido se desliza en un arcón para otear el tesoro –mismo capuchón, misma precisión milimétrica del gesto–, para insertarse en su envés, mediante esa torsión de la materia en la que el interior se percibe más amplio y más hondo que el exterior, allí está, a treinta metros, se acerca a velocidad constante, y bruscamente, concentrando su energía en los antebrazos, Simon se lanza y rema con todas sus fuerzas, a fin de coger la ola en su velocidad justa, a fin de adentrarse en su curva, y ahora llega el *take off*, fase ultrarrápida en la que el mundo entero se condensa y se precipita, flash temporal en el que hay que inhalar con fuerza, cortar por completo la respiración y concentrar el cuerpo en una sola acción, infundirle el impulso vertical que lo hará erguirse sobre la tabla con los pies bien separados, el izquierdo hacia delante, *regular*, las piernas inclinadas y la espalda tesa casi paralela a la tabla, los brazos abiertos estabilizando el conjunto, y ese segundo es sin lugar a dudas el que prefiere Simon, el que le permite reunir en un todo la expansión de su existencia, y conciliarse los elementos, incorporarse a lo vivo, y, una vez encaramado en la tabla –en ese instante se estima que la cresta alcanza más de un metro cincuenta de altura–, estirar el espacio, alargar el tiempo, hasta el final de la carrera agotar la energía de cada átomo de mar. Convertirse en rompiente, convertirse en ola.

Coge ese primer *ride* lanzando un grito, y durante un lapso de tiempo alcanza un estado de gracia –es el vértigo horizontal, se halla a ras del mundo, y como procedente de él, incorporado a su fluir–, el espacio lo invade, lo aplasta a la par que lo libera, satura sus fibras musculares, sus bronquios, oxigena su sangre; la ola se despliega en una temporalidad turbia, lenta o rápida no se sabe, suspende uno a uno cada segundo hasta acabar pulverizada, amasijo orgánico ya sin sentido y, es increíble pero tras ser golpeado por los guijarros en el borboteo final, Simon Limbres se da media vuelta para volver a lanzarse directo, sin siquiera tocar suelo, sin demorarse siquiera con las figuras fugaces que se forman en la espuma cuando el mar topa con la tierra, superficie contra superficie, ha regresado mar adentro, remando todavía más fuerte, lanzándose hacia ese umbral donde todo comienza, donde todo se conmociona, se ha unido a sus dos compañeros que lanzarán enseguida ese mismo grito en el descenso, y el cúmulo de olas que los acomete desde el horizonte, cobrándose su cuerpo, no les da respiro.

Ningún otro surfista se sumó a ellos en el *spot*, nadie se acercó al pretil para verlos surfear, ni los vio salir del agua una hora después, exhaustos, achicharrados, las piernas flojas, cruzando la playa tambaleándose para volver al aparcamiento y abrir la furgoneta, nadie vio sus pies y sus manos igualmente azuladas, magulladas, violáceas bajo las uñas, ni las llagas que les laceraban ahora la cara, ni las grietas en las comisuras de los labios, los dientes que les castañeteaban, un temblor continuo de

las mandíbulas sumado al del cuerpo y que no podían calmar; nadie vio nada, y cuando se vistieron, calzoncillos de lana embutidos bajo los pantalones, capas de jerséis, guantes de cuero, nadie los vio frotarse mutuamente la espalda, incapaces de decirse otra cosa que puta mierda, me cago en la leche puta, cuando les habría gustado tanto hablar, describir las cabalgadas, inscribir la leyenda de la jornada, hasta que, entre temblores, se encerraron en la furgoneta, donde sin dilación Chris hizo acopio de fuerzas para encender el motor, arrancó y pusieron tierra por medio.

Conduce Chris, siempre conduce él; la *van* es de su padre, y ni Johan ni Simon tienen carné. Desde Les Petites Dalles, hay que calcular una hora más o menos hasta Le Havre tomando, desde Étretat, la carretera antigua que desciende hacia el estuario por Octeville-sur-Mer, el vallecillo de Ignaival y Sainte-Adresse.

Los chicos han dejado de temblar, la calefacción está a tope, la música también, y quizá el calor que hace ahora en el habitáculo es para ellos un nuevo impacto térmico, quizá se deja sentir el cansancio, pues bostezan cabeceando, procurando recostarse contra el respaldo de los asientos, arropados por las vibraciones del vehículo, la nariz hundida en sus bufandas, y quizá también se adormilan, pues a ratos se les cierran los párpados, y tal vez, pasado Étretat, Chris ha acelerado sin darse cuenta, los hombros vencidos, las manos grávidas sobre el volante, la carretera se ha vuelto rectilínea, sí, tal vez ha pensado vamos bien, está despejada, y el ansia de abreviar el regreso, para tumbarse en casa, atajar las secuelas de la jornada de surf, su violencia, ha acabado pesando sobre las marchas, por lo que se ha abandonado, hendiendo la llanura y los campos negros, roturados, los campos también soñolientos, y tal vez la perspectiva de la carretera nacional –una punta de flecha clavada en el parabrisas como en la pantalla de un videojuego– ha acabado hipnotizándolo como un espejismo, de modo que se ha mantenido pegado a ella sin dedicarle mayor atención, cuando todos recuerdan que había helado aquella noche y que el invierno cubría el paisaje como con papel sulfurizado, todos han visto las placas de hielo que se forman en el asfalto, invisibles bajo el cielo mate pero enmascarando los arcones de la carretera, y todos adivinan las capas de niebla que planean a intervalos regulares, compactas, el agua evaporándose del barro conforme clarea, bolsas peligrosas que filtran el exterior borrando todo punto de referencia, sí, vale, ¿y qué más, algo más? ¿Un animal que cruza la carretera? ¿Una vaca perdida, un perro que se ha arrastrado bajo un seto, un zorro de cola llameante o una silueta humana surgida fantasmalmente al borde de un talud y que el joven tendría que haber evitado, en el último instante, de un volantazo? ¿O un canto? Sí, tal vez las chicas en bikini que tapizaban la carrocería de la *van* se animaron de súbito, se arrastraron por el capó e invadieron el parabrisas, lascivas, sus cabelleras verdes desatando sus voces inhumanas, o demasiado humanas, y Chris perdió la cabeza, cayendo en su celada, atraído por ese canto que no era de este mundo, ese canto de sirenas, ese canto que mata. ¿O quizá Chris realizó un movimiento torpe, sí, eso es, un gesto torpe, como el del tenista que falla un golpe fácil, o el del esquiador que toma mal una curva, la típica cosa tonta, quizá no giró el volante cuando la carretera describía una curva, o bueno, tampoco debe descartarse otra hipótesis, quizá Chris se durmió al volante, se alejó del campo mortecino para entrar en el tubo de una ola, en la espiral maravillosa y súbitamente inteligible que corría delante de su tabla, asperjando el mundo con ella, el mundo y el azul del mundo.

Los primeros auxilios llegaron allí a eso de las 9.20 –SAMU, policía– e inmediatamente se instalaron unas señales delante y detrás del lugar del accidente para desviar el tráfico a carreteras secundarias y proteger de ese modo la zona de intervención. Lo primero era extraer los cuerpos de los tres muchachos, atrapados en el vehículo, entremezclados con los de las chicas sirenas que sonreían sobre el capó, o gesticulaban, deformadas, aplastadas unas contra otras, amasijo de muslos, nalgas, pechos.

La policía averiguó fácilmente que la furgoneta circulaba rápido, a una velocidad estimada en 92 kilómetros por hora, de modo que superaba en 22 kilómetros hora la velocidad autorizada en aquel tramo de carretera, y averiguó asimismo que, por motivos desconocidos, se había desviado hacia la izquierda sin enderezar el rumbo; que no frenó –no había rastros de neumáticos en el asfalto–, y que colisionó de frente con aquel poste; se comprobó la ausencia de airbags, el modelo de la furgoneta era demasiado antiguo, y que, de los tres viajeros sentados delante, sólo dos llevaban puesto el cinturón de seguridad y estaban sentados pegados a las portezuelas, en el lado del conductor y de los pasajeros; por último se comprobó que la tercera persona que ocupaba el centro del asiento salió propulsada hacia delante por la violencia del choque, golpeándose la cabeza con el parabrisas y siendo necesarios veinte minutos para extraerlo de las chapas, se hallaba inconsciente al llegar el SAMU, seguía latiéndole el corazón, y, tras encontrar su tarjeta de cantina en su cazadora, se comprobó que se llamaba Simon Limbres.

Pierre Révol ha iniciado su guardia esta mañana a las ocho. Ha introducido su tarjeta en la entrada del aparcamiento mientras la noche cobraba un tono ceniciento – cielo pálido, de un gris vagamente rosado, muy lejos en cualquier caso de las grandilocuentes coreografías que confirieron renombre pictórico a las nubes del estuario–, ha circulado lentamente a través del espacio hospitalario, serpenteando entre edificios más o menos entrelazados según un plan complejo, se ha deslizado hacia la plaza que tiene reservada, ha estacionado el coche de frente, un Laguna azul petróleo, un vehículo amortizado pero aún confortable, interior de cuero y buena sonoridad, o sea el modelo favorito de los señoritos del taxi, dice sonriendo, luego ha entrado en el hospital, ha atravesado la inmensa nave acristalada en dirección al vestíbulo norte y, caminando deprisa, ha accedido en la planta baja a la unidad de Reanimación MédicoQuirúrgica y Medicina Hiperbárica.

Cruza la entrada del servicio empujando con la palma de la mano la puerta, que sigue batiendo repetidas veces a su paso, y los que terminan de trabajar por la noche, hombres y mujeres con bata blanca o verde, igualmente exhaustos, despeinados, gestos bruscos y ojos brillantes, el mismo rictus febril en las caras tensas –pieles de tambor–, riendo demasiado alto y tosiendo con carraspera, afónicos, se lo topan en el pasillo, lo rozan o por el contrario lo ven llegar de lejos, entonces consultan el reloj y se muerden los labios, piensan bueno se acabó dentro de diez minutos nos abrimos, y enseguida se les relajan las facciones, mudan de color, ahora lívidos, y de repente se les acentúan las ojeras, cucharas de bronce bajo los ojos, que parpadean.

Zancadas pausadas a velocidad constante, Révol se encamina hacia su despacho sin desviarse de su trayectoria para contestar a esa señal que ya le hacen, a esos papeles que ya le presentan, a ese interno que ya se le acerca y lo solicita; extrae su llave ante una puerta anodina, entra y procede a ejecutar los gestos que lo instalan en su trabajo: cuelga su prenda en la percha clavada en la puerta –un trench-coat color gris claro–, se enfunda la bata, enciende la cafetera, el ordenador, golpetea maquinalmente los papeles que cubren el escritorio, repasa la clasificación por montones, se sienta, se conecta a Internet, escoge los mensajes de la bandeja de entrada, redacta un par de respuestas –ni saludos ni nada, las palabras vaciadas de sus vocales y sin puntuación–, a continuación se levanta e inspira profundamente. Está en forma, se encuentra bien.

Es un hombre alto, enjuto, tórax hundido y vientre redondo –la soledad–, brazos largos piernas largas, Repettos blancos con cordones, un punto etéreo e inseguro sumado a un porte juvenil, y la bata siempre abierta, de modo que al andar los faldones se hinchan, se abren como alas, descubriendo unos vaqueros y una camisa, también blanca, y arrugada.

El pequeño diodo rojea en la base de la cafetera mientras se expande el olor acre de la placa eléctrica que calienta en vacío, el fondo de café se entibia en el recipiente de vidrio. Aunque minúsculo –como mucho cinco o seis metros cuadrados–, ese espacio privado es un privilegio en el hospital y aun así sorprende descubrir su impersonalidad y desorden, y la dudosa limpieza: sillón que gira con buen nivel de confort pese al asiento alto, escritorio donde se hacinan formularios de toda suerte, papeles, cuadernos, blocs de notas y bolígrafos publicitarios ofrenda de los laboratorios en estuches de plástico con las correspondientes siglas, una botella desbravada de San Pellegrino y la foto enmarcada del Monte Aigoual, mientras que, rubricando el batiburrillo, dispuestos en triángulo isósceles, un sulfuro de color Venecia, una tortuga de piedra y un pote de lápices reflejan tal vez un toque personal; en la pared del fondo, un estante metálico alberga archivos numerados por años y dossiers heterogéneos, una buena capa de polvo, y escasos libros cuyos títulos pueden leerse si uno se acerca para ver mejor: los dos tomos de *El hombre ante la muerte* de Philippe Ariès, *Escultura de la vida* de Jean Claude Ameisen en Points Sciences, un libro de Margaret Lock con cubierta bicolor ilustrada con un cerebro, *Twice Dead. Organ Transplants and the Reinvention of Death*, un número de la *Revue neurologique* de 1959, y una novela policiaca de Mary Higgins Clark, *Pálida como la luna*, un libro que a Révol le encanta. A falta de ventana, neón duro, luminosidad de cocina a las tres de la mañana.

En el interior del hospital, la reanimación es un espacio aparte que acoge las vidas tangenciales, los comas opacos, las muertes anunciadas, alberga esos cuerpos situados exactamente entre la vida y la muerte. Un ámbito de pasillos, de habitaciones, de salas, regido por el suspense. Révol transita por allí, en el reverso del mundo diurno, el de la vida continua y estable, el de los días que penetran en la luz camino de proyectos futuros, brega en ese territorio como se trajina bajo una gran manta, en sus pliegues oscuros, en sus cavidades. Por todo ello le gustan las guardias, los domingos y las noches, le gustan desde que es interno –resulta fácil imaginar a Révol, longilíneo joven en prácticas seducido por la idea misma de la guardia, esa sensación de ser reclamado, de estar en su puesto, requerido para asumir la continuidad de la gesta médica en un espacio delimitado, investido de una vigilancia y en posesión de una responsabilidad. Le gusta esa intensidad alveolar de las guardias, su temporalidad específica, su cansancio como un excitante subrepticio que asciende gradualmente en el cuerpo, lo acelera y lo precisa, toda esa erótica turbadora; le gusta su silencio vibrátil, su luz de claroscuro –aparatos que parpadean en la penumbra, pantallas de ordenador azuladas o lámpara de escritorio como la llama de una vela en un cuadro de La Tour, *El recién nacido* por ejemplo–, y también esa física de las guardias, ese clima de enclave, esa hermeticidad, el servicio cual nave espacial lanzada hacia los agujeros negros, cual submarino sumergiéndose en lo

más profundo de las regiones abisales, en la fosa de las Marianas. Pero hace ya tiempo que Révol extrae de ello otra cosa: la conciencia desnuda de su existencia. No el sentimiento de poder, la exaltación megalómana, sino exactamente lo contrario: el impulso de lucidez que regula sus gestos y tamiza sus decisiones. Un chute de sangre fría.

Reunión de servicio: las transmisiones. Están ahí los equipos de relevo, hacen corro, permanecen de pie, se recuestan en las paredes, con un vaso en la mano. El jefe clínico, que ha dirigido la guardia anterior, es un tipo de unos treinta años, recio, cabello tupido, brazos musculosos. Aunque agotado, se le ve exultante. Detalla la situación de los pacientes presentes en el servicio –y por ejemplo la ausencia de evolución apreciable en ese hombre de ochenta años, que sigue inconsciente tras sesenta días de reanimación, cuando el estado neurológico de una joven ingresada hace dos meses por sobredosis, en cambio, se ha degradado–, para luego exponer largo y tendido el caso de los recién ingresados: una mujer de cincuenta y siete años, sin domicilio fijo, aquejada de cirrosis avanzada, ingresada tras haber sufrido convulsiones en el centro de acogida y cuyo estado hemodinámico se mantiene inestable; un hombre de unos cuarenta años, ingresado al anochecer tras sufrir un infarto masivo, con edema cerebral, practicante de jogging; corría frente al mar hacia el cabo de la Hève, zapatillas de lujo, la frente ceñida con una cinta naranja fluorescente, cuando se desplomó a la altura del café de l'Estacade, y, aunque envuelto en una manta térmica, tenía la tez violácea al llegar, empapado en sudor y con los rasgos hundidos. ¿Cuál es su situación en este momento? Révol interroga con tono impersonal, reclinado contra la ventana. Una enfermera toma la palabra, precisa que las constantes vitales (pulso, tensión, temperatura, saturación) son normales, la diuresis es débil, se le ha instalado la VVP (vía venosa periférica). Révol no conoce a la chica, se informa del análisis de sangre del paciente, la joven contesta que está en marcha. Révol consulta el reloj, bien, pues será cosa de ir para allá. Los asistentes se dispersan.

La enfermera que ha hablado se demora en la sala, se dirige a Révol y le tiende la mano: Cordélia Owl, soy nueva aquí, antes estaba en quirófano. Révol asiente, ah, pues bienvenida; si la mirase bien, se daría cuenta de que tiene un aspecto bastante raro, los ojos despiertos pero señales en el cuello, chupetones a primera vista, y la boca demasiado roja aunque sin pintar, los labios hinchados, nudos en el pelo, morados en las rodillas, se preguntaría tal vez a qué responde esa sonrisa indefinida, esa sonrisa de Gioconda que no la abandona ni cuando se inclina sobre los pacientes para limpiarles los ojos y la boca, cuando instala las sondas de intubación, comprueba los parámetros vitales, administra los tratamientos, y quizá acabaría adivinando que había vuelto a verse con su amante, que éste la había llamado tras semanas de silencio, el muy cerdo, y que ella acudió a la cita en ayunas y guapísima, hecha un pincel, párpados smoky, cabello lustroso, pechos ardientes, decidida a mantener una

distancia amistosa, pero, claro, comedianta más bien mezzo, susurrando distante ¿qué tal? me alegro de verte, cuando su cuerpo entero dejaba traslucir su turbación, alimentaba su emoción, una brasa, de modo que se tomaron una cerveza, y dos, intentaron entablar conversaciones que no prendían, entonces ella salió a fumar, repitiéndose tengo que decidirme de una vez estoy haciendo la gilipollas, pero él salió también, voy a tener que irme, no quiero acostarme tarde, puro cuento, tras lo cual sacó el mechero para encenderle el cigarrillo, ella protegió la llama con las manos inclinando la cabeza, se le deslizaron unos rizos de la cabeza, amenazando arder, él se los recolocó tras la oreja con gesto maquinal, rozándole la sien con la pulpa de los dedos, tan maquinal que ella se vino abajo, las rodillas flojas, además todo aquello estaba más visto que el tebeo, era más viejo que la tos..., y catapum, a los pocos segundos, ambos se descoyuntaban bajo un porche vecino, al amparo de la oscuridad y del olor a vinazo, se afanaban contra los cubos de basura, mostrando poco a poco zonas de piel lívida, los muslos surgidos de los vaqueros o de los pantis, los vientres emergidos al alzar las camisas y desabrochar el cinturón, las nalgas, todo ello a la vez ardiente y helado, y catapultaban su deseo mutuo y violento –sí, si Révol la mirara bien, descubriría que Cordélia Owl es una chica dotada de curiosos arrestos, que inicia su guardia con una noche en blanco a cuestas, una chica bastante más en forma que él, y con quien iba a poder contar.

Tenemos a alguien para usted. Una llamada a las diez y doce minutos. Van cayendo las palabras, impersonales, informativas. Hombre, metro ochenta y tres, setenta kilos, accidente de carretera, traumatismo craneal en coma –sabemos quién es el así descrito, conocemos su nombre: Simon Limbres–. Apenas concluye la llamada, se presenta en reanimación el equipo del SAMU, se abren las puertas de incendios, la camilla rueda, asciende por el eje central del servicio, la gente se hace a un lado a su paso. Aparece Révol –acaba de examinar a la paciente ingresada durante la noche presa de convulsiones y se muestra pesimista: la mujer no ha recibido un masaje cardiaco a tiempo, el escáner ha revelado que han muerto algunas células del hígado tras parársele el corazón, señal de que las del cerebro han quedado afectadas–, lo han avisado y, al ver llegar el carro en el otro extremo del pasillo, de repente piensa que ese domingo la guardia será dura.

El médico del SAMU sigue la camilla. Tiene un físico de escalador de alta montaña, calvo, cincuentena tranquila, y totalmente seco, madera, exhibe dientes puntiagudos cuando anuncia en voz alta: ¡Glasgow 3! A continuación detalla dirigiéndose a Révol: los exámenes neurológicos han mostrado una ausencia de reacción espontánea a los estímulos auditivos (las llamadas), visuales (la luz) o táctiles; además tenemos trastornos oculares (movimientos simétricos de los ojos) y trastornos vegetativos de orden respiratorio; se le ha intubado directamente. Cierra los ojos alisando el cráneo desde la frente hacia el occipucio: posible hemorragia cerebral a consecuencia del traumatismo craneano, coma arreactivo, Glasgow 3 – utiliza ese lenguaje que comparten, lenguaje que proscribire la prolijidad como pérdida de tiempo, proscribire la elocuencia y seducción de las palabras, abusa de los sintagmas nominales, de los códigos y de los acrónimos, lenguaje en el que hablar significa por encima de todo describir, dicho de otro modo, informar acerca de un cuerpo, ensamblar los parámetros de una situación con el fin de permitir que pueda emitirse un diagnóstico, puedan pedirse unas pruebas, tratar y salvar: poder de lo sucinto. Révol toma nota de cada informe, prevé un escaneado completo.

Cordélia Owl se hace cargo del joven, lo instala en su habitación, en su cama, tan pronto los del SAMU pueden abandonar el servicio, llevándose su material con ellos, camilla, respirador de transporte, botella de oxígeno. Ahora hay que colocar catéter arterial, electrodos en el tórax, sonda urinaria, y poner en marcha el aparato, donde aparecerán las constantes vitales de Simon –líneas de colores rectas o quebradas, derivaciones rayadas, ondulaciones rítmicas: morse de la medicina–. Cordélia trabaja con Révol, sus gestos son seguros, sus movimientos fluidos, sueltos, su cuerpo parece liberado del esplín viscoso que ayer aún entorpecía sus gestos.

Una hora después, la muerte se presenta, la muerte se anuncia, mancha movediza de contorno irregular que vela una forma más clara y más amplia, ahí está, es ella.

Visión seca como un garrotazo, pero Révol no pestañea, concentrado en los clichés del escáner que descubre en la pantalla de su ordenador, imágenes laberínticas comentadas al pie como mapas geográficos, que hace girar en todos los sentidos, amplía con el zoom, toma los parámetros de referencia, mide distancias, mientras que sobre su escritorio, al alcance de la mano, una carpeta con membrete del hospital contiene una copia en papel de las imágenes denominadas «pertinentes» facilitadas por el servicio de radiología que ha escaneado el cerebro de Simon Limbres; para construir esas imágenes, se ha sometido la cabeza del joven al barrido de un haz de rayos X, y según una técnica de análisis llamada tomográfica se han obtenido los datos por «secciones», «cortes» de un espesor milimétrico que pueden analizarse en todos los planos del espacio; plano coronal, axial, sagital u oblicuo. Révol sabe leer esas imágenes, lo que indican sobre el estado del paciente y lo que auguran sobre su evolución, reconoce esas formas, esas manchas, esos halos, interpreta esas aureolas lechosas, descripta esos impactos negros, descifra leyendas y códigos; compara, verifica, retoma, realiza su investigación hasta el final, pero ya está, se acabó, no cabe duda: el cerebro de Simon Limbres se halla en vías de destrucción, está anegado en sangre.

Lesiones difusas, importante hinchazón cerebral primaria y ni una sola señal que permita controlar la presión intracraneal, ya muy muy alta. Révol se recuesta en su sillón. Su mirada recorre el escritorio mientras la mano se hunde bajo la mandíbula, sobrevuela el desorden, las notas garrapateadas, las circulares administrativas, la fotocopia de un artículo que procede del *Espace étique /AP-HP* sobre las pruebas efectuadas «a corazón parado», planea sobre los objetos allí colocados, incluida esa tortuga de jade, regalo de una antigua paciente que padecía un asma severa, de repente se detiene en las pendientes malvas del monte Aigoual cubiertas de arroyadas y sin duda le viene a la memoria, en un flash, aquel día de septiembre en que lo iniciaron al peyote en su casa de Valleraugue. Marcel y Sally habían llegado al final de la tarde en un coche color esmeralda con las llantas llenas de barro seco, el vehículo frenó pesadamente en el patio de la aldehuela, y Sally agitó la mano por la ventanilla ¡hola somos nosotros!, su cabello de un blanco níveo alborotado en el interior del coche, descubriendo sus pendientes de madera, dúo de cerezas barnizadas de escarlata; más tarde, después de cenar, cuando cayó la noche en la meseta calcárea, una lluvia de brillantes estrellas, salieron al jardín y las manos de Marcel extrajeron del envoltorio de papel kraft unos pequeños cactus gris verdoso, redondos y sin pinchos que los tres amigos hicieron rodar en la mano, antes de respirar su olor amargo; aquellos frutos venían de lejos, Marcel y Sally habían ido a buscarlos a un desierto minero del norte de México, los habían introducido ilegalmente y transportado con precaución hasta las Cevenas, y Pierre, estudioso de las plantas alucinógenas, esperaba impaciente el momento de experimentarlas: la combinación de potentes alcaloides contenidos en el peyote, entre ellos un tercio de mezcalina, provocaba visiones surgidas de no se sabía dónde, sin ningún vínculo con los

recuerdos, visiones que desempeñaban un importante papel en el uso ritual de ese cactus que los indígenas consumían casi siempre durante sus ceremonias chamánicas; pero a Pierre le interesaba sobre todo la sinestesia que se manifestaba durante las alucinaciones: sabedor de que la vivacidad psicosensores aumentaba supuestamente en la primera fase de la ingestión, esperaba ver sabores y sonidos, sensaciones táctiles, y que la transmutación de los sentidos en imágenes le ayudara a comprender, incluso a desvelar, el misterio del dolor. Révol recuerda aquella noche deslumbrante, en que la bóveda celeste se había desgarrado por encima de las montañas, liberando espacios insospechados donde intentaron precipitarse, tumbados boca arriba en la hierba, y de pronto le viene a la mente la idea de un universo en expansión, en perpetuo devenir, en el que la muerte celular operase las metamorfosis, en el que la muerte concomiera lo vivo como el silencio concome el ruido, la oscuridad la luz o lo estático lo moviente, una intuición fugaz que persiste en su retina en el mismo instante en que sus ojos vuelven a la pantalla del ordenador, a ese rectángulo de dieciséis pulgadas irradiado de luz oscura donde se anuncia el cese de toda actividad mental en el cerebro de Simon Limbres. Le resulta imposible conectar el rostro del joven con la muerte, y se le hace un nudo en la garganta. Y eso que lleva unos treinta años transitando por ese escenario, treinta años vegetando por ese sector.

Pierre Révol nació en 1959. Guerra Fría, triunfo de la revolución cubana, primer voto de las suizas en el cantón de Vaud, rodaje de *Al final de la escapada* de Godard, aparición de *El almuerzo desnudo* de Burroughs y de la obra mítica de Miles Davis *Kind of Blue*, el más grande disco de jazz de todos los tiempos, según Révol, quien gusta de decir gansadas, alabando el año en que nació. ¿Algo más? Sí –adopta un tono de desapego para mitigar el efecto de sus palabras, se lo imagina uno evitando mirar a su interlocutor, haciendo algo distinto, hurgándose el bolsillo, marcando un número de teléfono–, fue el año en que se redefinió la muerte. Y en ese instante no le disgusta la amalgama de estupor y de terror que observa en los rostros de quienes lo rodean. Acto seguido añade, alzando la cabeza y esbozando una vaga sonrisa: lo cual, para un anestesista-reanimador, dista de ser baladí.

En realidad, en 1959, en vez de ser aquel lactante plácido con triple barbilla de senador de provincias embutido en un pelele de complicados botones, en vez de pasarse durmiendo las tres cuartas partes del tiempo en un moisés de enea clara forrada con tela de vichy, Révol se dice con frecuencia que le hubiera gustado hallarse en la sala durante la 23.ª Reunión Internacional de Neurología aquel día en que Maurice Goulon y Pierre Mollaret subieron a la tribuna para exponer sus trabajos; habría pagado lo que fuera por verlos presentarse ante la comunidad médica, dicho de otro modo ante el mundo entero, ellos, aquellos dos hombres, el neurólogo y el infectólogo, alrededor de cuarenta y sesenta años, terno oscuro y zapatos negros acharolados, una suerte de corbata de pajarita; le hubiera encantado observar lo que se desprendía de su relación, el respeto mutuo menoscabado por la diferencia de

edad, que instaure esa especie de jerarquía silenciosa que recorre los congresos científicos, estimado colega, estimado colega; pero ¿quién habló primero?, ¿a quién correspondió el privilegio de concluir? Sí, cuanto más lo piensa Révol, más se dice que le hubiera gustado estar frente a ellos, sentarse aquel día entre los pioneros de la reanimación, sobre todo unos hombres febriles y concentrados, ser uno de los suyos en aquel lugar, el hospital Claude-Bernard –un hospital precursor: allí creó Pierre Mollaret en 1954 la primera unidad moderna de reanimación en el mundo, formó a un equipo, transformó el pabellón Pasteur para que pudiera albergar cerca de setenta camas, hizo traer los famosos Engström 150, unos ventiladores eléctricos desarrollados para atajar las epidemias de poliomielitis que causaban estragos en el norte de Europa, y que sustituyeron los pulmones de «acero» en servicio desde los años treinta–; y cuanto más se concentra Révol, más despliega la escena, esa escena primitiva que él nunca vivió, oye a los dos cirujanos que intercambian palabras en voz baja, disponen sus cuartillas sobre la mesa y carraspean ante los micrófonos, que aguardan, impasibles, a que cese la algarabía y se haga el silencio, para abrir por fin su comunicado con esa limpidez fría propia de quienes, conscientes del alcance fundamental de lo que han ido a exponer, se abstienen de cargar las tintas y se limitan a describir, describir, describir, abatiendo sus conclusiones como se abaten los cuatro ases en el póquer; y la enormidad de su anuncio todavía lo llena de estupor, le explota en la cara. Porque lo que Goulon y Mollaret anunciaron allí cabe en una frase en forma de bomba de racimo: la parada de corazón ya no es la señal de la muerte, lo será en lo sucesivo la interrupción de las funciones cerebrales. En otras palabras: *si ya no pienso ya no existo*. Destronamiento del corazón y consagración del cerebro; un golpe de Estado simbólico, una revolución.

Así pues, los dos hombres se presentaron ante la asistencia, describieron las señales constatadas de lo que ahora denominan coma irreversible, enumeraron varios casos de pacientes que, colocados en ventilación, conservaban de manera mecánica sus funciones cardíaca y respiratoria sin presentar ya actividad cerebral –pacientes que de no ser por el perfeccionamiento de los aparatos y de las técnicas de reanimación que permiten irrigar el cerebro, habrían sufrido muerte cardíaca–; en consecuencia, determinaron que el desarrollo de la reanimación médica había cambiado las cosas, que los progresos de la disciplina permitían formular una nueva definición de la muerte, y concluyeron que ese hecho científico, de inconcebible alcance filosófico, conllevaría autorizar y permitir las extracciones de órganos y los trasplantes.

A la comunicación de Goulon y Mollaret siguió la publicación en la *Revue neurologique* de un artículo fundamental que exponía veintitrés casos de «coma irreversible». Y todos recuerdan unos cuantos libros colocados en el estante del despacho de Révol, entre ellos aquella revista de 1959, y adivinan que se trata precisamente de ese número, un documento que Révol había rastreado en eBay,

comprado sin regatear y recuperado en la estación Lozère-École Polytechnique, en la línea del RER B; había pateado el suelo en medio del frío esperando a su vendedor, aparecido bajo la forma de una señora pequeñita tocada con un turbante de color topacio, que trotaba por el andén y, al llegar a su altura, se embolsó el dinero, extrajo el archivo de un capazo escocés e intentó ladinamente estafarle.

Révol, enfrascado de nuevo en la pantalla del ordenador, toma nota de lo que aparece, cierra los párpados, los abre, y de pronto se incorpora como movido por un impulso; son las once cuarenta cuando llama a la recepción del servicio, se pone Cordélia Owl, Révol le pregunta si se ha avisado a la familia de Simon Limbres, y la joven contesta que sí, la policía ha llamado a la madre y está en camino.

Marianne Limbres accede al hospital por la entrada principal y se dirige directamente hacia la recepción; hay allí dos mujeres, sentadas ante unas pantallas de ordenador, dos mujeres con bata de color verde claro que hablan en voz baja. Una de ellas, con una coleta negra que le cae sobre el hombro, alza la cabeza hacia Marianne: ¡hola! Marianne tarda en contestar, no sabe hacia qué sector debe pedir que la orienten –urgencias, reanimación, cirugía traumatológica, neurobiología–, no acierta a descifrar la lista de servicios enumerados en un gran tablero colgado de la pared, como si las letras, las palabras, las líneas se superpusieran sin que lograra ordenarlas, darles un sentido; al final acaba articulando: Simon Limbres. ¿Perdón? La mujer frunce el ceño –sus cejas, frondosas y negras, forman una mata pilosa en el arranque de la nariz–. Marianne recobra el aplomo y consigue pronunciar una frase: busco a Simon Limbres, es mi hijo. Ah. Al otro lado del mostrador, la mujer se inclina sobre la pantalla y la punta de su trenza acaricia el teclado como un pincel chino: ¿Apellido? Limbres, l, i , m, b, r, e, s, Marianne deletrea y se vuelve hacia el vestíbulo, inmenso, altura de catedral y suelo de pista de patinaje –la acústica, el brillo y el aspecto–, pilares diseminados, silencioso, poca gente, un tipo con batín y chanclas camina con una muleta hacia un teléfono mural, un hombre tocado con sombrero flexible con una pluma naranja –Robin de los bosques neurasténico– pasea a una mujer en silla de ruedas, y a lo lejos, junto a la cafetería, ante las puertas alineadas en la penumbra, se han reagrupado tres mujeres de blanco, con un vaso de plástico en la mano, no lo veo, ¿cuándo lo ingresaron? La mujer clicca con el ratón sin despegar los ojos de la pantalla, esta mañana, Marianne ha susurrado la respuesta, la mujer alza la cabeza, ah, entonces habrá sido una urgencia, ¿no? Marianne asiente cerrando los párpados mientras la mujer se incorpora, se echa la coleta hacia atrás y con un ademán le señala los ascensores al fondo del vestíbulo y el camino que tiene que seguir para llegar al servicio de urgencias sin tener que salir fuera y verse obligada a dar la vuelta al edificio. Marianne le da las gracias y se dirige hacia donde le indica.

Marianne se había dormido cuando sonó el teléfono, sumergida en una urdimbre de sueños pálidos que tamizaban la luz del día y la estridencia de las voces sintéticas de un dibujo animado japonés en la televisión –más adelante vería en ello alguna señal, pero en vano: cuanto más avivaba el recuerdo, más se disolvía el ensueño, no extraía nada tangible de él, nada que pudiera conferir un sentido a esa conmoción que tenía lugar a treinta kilómetros de allí, en el mismo momento, en el lodo de los caminos–, y no cogió el teléfono ella sino su hija Lou, siete años, que entró corriendo en su habitación porque no quería perderse una imagen de lo que estaba mirando en el salón, y que se limitó a pegar el teléfono al oído de su madre para luego salir con la misma celeridad, por lo que la voz que salía del auricular se tejía con los sueños de

Marianne, subía de tono, insistente, y al final sólo al oír aquellas palabras por favor, contésteme: ¿es usted la madre de Simon Limbres? se incorporó Marianne en la cama, el cerebro activado de pronto por el miedo.

Debió de gritar muy fuerte, lo bastante desde luego para que la niña reapareciese, lenta y seria, los ojos como platos, y se quedase paralizada ante la habitación, la cabeza apoyada en el marco de la puerta, la mirada fija en su madre, que no la ve sino que jadea como un perro, gestos precipitados y rostro contraído, golpetea su móvil para llamar a Sean, que no se pone –ponte, ponte joder–, su madre que se viste aprisa y corriendo, botas altas, amplio abrigo, bufanda, y sale disparada hacia el cuarto de baño para rociarse la cara con agua fría, pero ninguna crema, nada, cuando, alzando la cabeza del lavabo, se cruza con su mirada en el espejo –iris gélidos bajo los párpados hinchados, como tumefactos por un golpe, ojos Signoret, ojos Rampling, el rayo verde a ras de las pestañas–, impresionada al no reconocerse, como si hubiera comenzado ya a desfigurarse, como si fuera ya otra mujer: un retazo de su vida, un retazo macizo, aún caliente, compacto, se despega del presente para bascular a un tiempo pasado, para caer, y desaparecer. Vislumbra desprendimientos, corrimientos de terreno, fallas que seccionan el suelo a sus pies: algo se cierra, algo se sitúa fuera ya de su alcance –un trozo de acantilado se separa de la meseta y se desploma en el mar, una península se arranca poco a poco del continente y deriva hacia mar adentro, solitaria, la abertura de una caverna maravillosa queda de repente obstruida por una roca–; el pasado se ha agrandado de golpe, ogro engullidor de vida, y el presente es un simple y delgadísimo umbral, una línea más allá de la cual no existe ya nada conocido. El timbre del teléfono ha quebrado la continuidad del tiempo, y ante el espejo donde se fija su imagen, las manos aferradas al lavabo, Marianne se queda paralizada de la impresión.

Cogiendo el bolso, se dio media vuelta y cayó ante la pequeña, que no se había movido, oh Lou, la niña se dejó abrazar sin entender, pero todo su ser interrogaba a su madre, que sorteó las preguntas, ponte las zapatillas, coge un jersey, ven, y, cerrando de un portazo la puerta en la escalera, Marianne pensó de pronto –una cuchillada helada– que la siguiente vez que introdujese la llave en la cerradura sabría exactamente lo de Simon. Una planta más abajo, Marianne llamó a la puerta de un piso, volvió a llamar –los domingos por la mañana la gente duerme–, al final salió a abrir una mujer, a quien Marianne murmuró hospital, accidente, Simon, es grave, y la mujer, abriendo ojos como platos, meneó la cabeza, susurró suavemente nos ocuparemos de Lou, y la niña en pijama entró en el piso, hizo una pequeña señal con la mano a su madre por la puerta entreabierta, pero de pronto mudó de parecer y se abalanzó al rellano, gritando: ¡mamá! Al oírla Marianne subió corriendo los escalones, se arrodilló a la altura de su hija, la estrechó contra su pecho y, mirándola al fondo de los ojos, le repitió la fría letanía, Simon, surf, accidente, ahora vuelvo, vuelvo enseguida, la niña no pestañeó, estampó un beso en la frente de su madre y entró en la casa de los vecinos.

Después tuvo que sacar el coche del garaje, puso marcha atrás en el sótano de un aparcamiento y, fuera de sí, tuvo que realizar dos intentos para salir de su plaza, maniobrar al milímetro hasta la rampa que daba a la calle. La puerta basculó y ella entornó los ojos, deslumbrada. La luz del día era blanca, albugínea, diluía la grisura, era un cielo de nieve sin nieve, una mierda, así que, haciendo acopio de fuerzas y de serenidad, se concentró en el trayecto que tenía que seguir, circulando derecho hacia el este por la zona alta de la ciudad, tomando arterias tan rectilíneas como sondas que penetraran en el espacio por la horizontal, enfiló la rue Félix-Faure, la rue du 329^e, y la rue Salvador-Allende, nombres que se sucedían en el mismo eje según se entraba en los suburbios de Le Havre, nombres tejidos en la novela municipal, casas opulentas que dominaban la cloaca de la ciudad baja, amplios jardines perfectamente ventilados, instituciones privadas y berlinas oscuras, todo ello transmutándose en inmuebles vetustos, pequeños chalés ensanchados con verandas o jardincillos, patinillos pavimentados donde se estancaban el agua de lluvia, las motocicletas y las cajas de cerveza, y ahora vehículos utilitarios y coches tuneados circulaban rozando las aceras demasiado estrechas para que dos personas pudieran caminar de frente; orilló el fuerte de Tournalville, las empresas de pompas fúnebres de delante del cementerio, los mármoles expuestos tras altos cristales, avistó una panadería iluminada a la altura de Graville y una iglesia abierta. Se santiguó.

La ciudad estaba inerte, percibía su superficie amenazadora, la aprensión del marino ante el mar liso como una balsa de aceite. Incluso le pareció que el espacio circundante se había bombeado levemente para contener la formidable energía oculta en la materia, ese poder interno que podía trocarse en inusitada fuerza destructiva si se desintegraban sus átomos; pero lo más extraño, caviló después Marianne, era que no se cruzó con nadie, ningún coche, ningún ser humano y ni el menor animal –perro, gato, rata, insecto–, el mundo estaba desierto, la ciudad despoblada como si sus habitantes hubiesen buscado cobijo en sus casas para guarecerse de una catástrofe, como si la guerra se hubiera perdido y permanecieran acurrucados tras sus ventanas para ver pasar la tropa enemiga, como si hubiesen rehuido vivamente una fatalidad contagiosa –la angustia produce rechazo, como es sabido–, las persianas metálicas estaban echadas ante los escaparates, los toldos bajados, sólo las gaviotas que se desperdigaban sobre el estuario saludaban el paso de Marianne, revoloteando por encima del coche que, visto desde el cielo, era el único ente animado del entorno, cápsula moviente que parecía retener la única vida que subsistiera en la Tierra, lanzado a ras de suelo como una bola de acero bajo el vidrio del flipper –irreductible, solitario, sacudido de espasmos–. El universo exterior se dilataba lentamente, incluso temblaba, y palidecía como tiembla y palidece el aire por encima de la tierra de los desiertos, por encima del asfalto de las carreteras caldeadas por el sol, avanzaba en un entorno huidizo, blanqueaba hasta borrarse, mientras en el habitáculo Marianne conducía con una mano y con la otra se restregaba todo lo que le corría por la cara, aquellas lágrimas, y miraba fijamente la carretera, esforzándose en conjurar la

intuición que sedimentaba en ella desde la llamada telefónica, esa intuición que la avergonzaba, que la atormentaba, hasta que llegó la bajada hacia Harfleur, la salida de Le Havre, los cruces de las autovías, donde extremó la prudencia, una selva inmóvil, cerrada, el hospital.

Apagó el motor en el aparcamiento, e intentó de nuevo telefonar. Crispada, escuchó el repiqueteo rápido y regular que produjo la llamada y visualizó su recorrido: el sonido salía disparado hacia el sur de la ciudad, transmitido por una de esas ondas radioeléctricas que formaban la materia invisible del aire, atravesaba el espacio de una antena repetidora a otra a caballo de una frecuencia hertziana siempre distinta de la siguiente, alcanzaba en la zona portuaria un perímetro del erial industrial situado hacia la Dársena del océano, serpenteaba a lo largo de los edificios en fase de restauración para alcanzar por fin aquel almacén gélido al que Marianne llevaba tiempo sin ir; observó la llamada que discurría entre los palets y los maderos, las tablas de aglomerado y las de contrachapado, se mezclaba con el rumor del viento que irrumpía por los vidrios agrietados, se amalgamaba con los torbellinos de serrín y de polvo que revoloteaban en los rincones, se mezclaba con los efluvios de cola de poliuretano, de resina o de barniz marino, traspasaba la fibra de las camisetas de trabajo amontonadas y la fibra espesa de los guantes de piel, se colaba en latas de conserva convertidas en pote para pinceles, en cenicero, en armario de cocina –un pimpampum de feria–, luchaba contra las vibraciones continuas de la sierra circular, contra las de la canción en el viejo ghetto-blaster –Rihanna, *Stay*–, contra todo cuanto trepidaba, palpitaba, silbaba, incluido el que trabajaba allí, Sean, inclinado en ese instante sobre una basada con un raíl de aluminio y de topes ajustados para cortar listones de la misma anchura, un hombre ágil, corpulento, manos mates, que se movía lentamente, estampando sus huellas en el suelo polvoriento; llevaba una máscara y un casco antirruido, y silbaba, como los pintores de fachadas silban en su escalera, una melodía estridente que ondulaba en el aire como el balduque bajo la hoja de la tijera; ella oía el sonido que brotó del bolsillo interior de una parka allí colgada y disparó un timbre en el cajetín de un teléfono –el sonido de la lluvia en la superficie del agua, un tono que él había instalado la semana anterior y que no oiría.

Cesó el repiqueteo y sonó un aviso de mensaje precedido de un horrible jingle. Marianne cerró los ojos, se le apareció el almacén, y de pronto, colocados sobre soportes metálicos fijados a lo largo de las paredes, espléndidos y dorados, aparecieron los *taonga*, los tesoros de Sean: los yoles del valle del Sena, el kayak de piel de foca construido por los tupik del noroeste de Alaska y todas las canoas que confeccionaba allí; el mayor de ellos presentaba una popa esculpida como las de los *waka*, esas piraguas maoríes con batanga utilizadas en la procesiones rituales; la más pequeña era flexible y ligera, el casco de corteza de abedul y el interior forrado de láminas de madera clara, la cuna de Moisés cuando lo depositaron en el Nilo para salvarle la vida, un nido. Soy Marianne, llámame cuanto antes.

Marianne se abalanza al vestíbulo. Se le hace largo, el recorrido es interminable, cada paso lastrado por la urgencia y el miedo; por fin entra en el ascensor demasiado ancho, desciende al sótano, rellano amplio, suelo de grandes baldosas blancas, no se cruza con nadie, pero oye voces de mujeres que hablan entre sí, el pasillo forma un recodo y aparece una multitud de personas que van y vienen, de pie, sentadas, echadas en camas móviles arrimadas a las paredes, una actividad difusa donde se entrecruzan lamentos y murmullos, la voz de un hombre que se impacienta, llevo una hora esperando, los gemidos de una anciana con velo negro, el llanto de un niño en los brazos de su madre.

Se ha abierto una puerta, es un despacho acristalado. De nuevo una mujer ante un ordenador que alza hacia ella una cara redonda, muy abierta, no más de veinticinco años, es una enfermera en prácticas, Marianne articula soy la madre de Simon Limbres, la joven frunce el ceño, desconcertada, y girando sobre la silla se dirige de repente a alguien que tiene detrás: Simon Limbres, un joven que fue ingresado esta mañana, ¿sabes quién te digo? El hombre se vuelve, menea la cabeza, no, y al ver a Marianne se dirige a la enfermera: tienes que llamar a reanimación. La joven descuelga el teléfono, se informa, cuelga, asiente, entonces el hombre sale del despacho, movimiento que provoca una descarga de adrenalina en algún punto del vientre de Marianne, que súbitamente tiene calor, se afloja la bufanda y abre el abrigo, se enjuga el sudor que le perla la frente, se ahoga uno aquí, el hombre le tiende la mano, es bajo y escuálido, pescuezo de pajarillo arrugado en una camisa rosa pálido de cuello demasiado ancho, la bata limpia y bien cerrada, el distintivo con el nombre bien a la vista en el pecho. Marianne le tiende la mano a su vez pero no puede evitar preguntarse si es la costumbre o si ese gesto, con ser banal, revela una intención, solicitud u otra cosa, motivada por el estado de Simon, cuando ella no quiere oír nada, saber nada, nada, aún no, no quiere escuchar ninguna información que pueda alterar esta afirmación «su hijo está vivo».

El médico la conduce al pasillo en dirección a los ascensores, Marianne se muerde los labios mientras él dice: no lo tenemos nosotros, pero efectivamente lo han ingresado directamente en reanimación –su voz nasal aplasta las «aes» y los «on», el tono es impersonal–, Marianne se detiene, ojos fijos, voz entrecortada: ¿está en reanimación? Sí. El médico se mueve sin ruido, a pasitos con sus zapatillas de suela de crepé, su bata demasiado holgada, su nariz macilenta brilla con la luz, y Marianne, que le pasa una cabeza, vislumbra la piel de su cráneo bajo el pelo fino. El médico cruza las manos en la espalda: yo no puedo decirle nada, ahora se lo explicarán todo, seguramente por su estado habrán tenido que ingresarlo en ese servicio. Marianne cierra los ojos y aprieta los dientes, de pronto todo en ella se encoge, si el hombre sigue hablando se pondrá a gritar, o se abalanzará sobre él para estamparle la mano en la boca estúpidamente prolija, que se calle te lo suplico dios mío, y entonces como por arte de magia él se interrumpe, desconcertado, y se planta delante de ella, la cabeza bamboleante sobre el cuello de camisa rosa, y tiesa, como cartón, su mano se

alza con la palma abierta hacia el techo, gesto vago que abarca la contingencia del mundo, la fragilidad de las vidas humanas, y cae a lo largo de su pierna: en reanimación están avisados de su llegada, enseguida la recibirán. Han llegado a la altura de los ascensores y termina la entrevista; el médico le indica el fondo del pasillo con un movimiento de barbilla, y concluye, con calma pero con firmeza, tengo que irme, es domingo, y las urgencias siempre van muy cargadas los domingos, la gente no da abasto, pulsa el botón, las puertas metálicas se abren lentamente, y de pronto, mientras se estrechan de nuevo la mano, sonrío a Marianne, una sonrisa que le sale de lo más hondo, adiós señora, ánimo, y se da media vuelta hacia los gritos.

Ánimo, le ha dicho, Marianne se repite la palabra mientras sube a la planta de arriba –se hace largo ese camino hacia Simon, estos hospitales como laberintos son un espanto–, el ascensor está cubierto de consignas y de panfletos sindicales, ánimo, me ha dicho ánimo, se le pegan los ojos, tiene las manos sudadas y los poros de la piel abiertos por efecto del calor, una dilatación cutánea que le difumina las facciones, mierda de ánimos, mierda de calefacción, ¿es que no corre aire aquí?

El servicio de reanimación ocupa toda el ala derecha de la planta baja. El acceso está restringido, cuelgan de las puertas unos avisos que limitan la entrada al personal del hospital, por lo que Marianne se ve obligada a aguardar en el rellano; acaba recostándose contra una pared, encogida, se deja resbalar, en cuclillas, moviendo la cabeza a derecha e izquierda sin despegarse de la pared, taladra la pared, la socava suavemente con el occipucio, el rostro alzado hacia los fluorescentes que recorren el techo, los ojos entornados, escucha, las mismas voces afanosas que se increpan o se informan de una punta a otra del pasillo, esos pies con suelas de goma, calzado de gimnasia o pequeñas zapatillas deportivas, esos tintineos metálicos, esos timbres de alarma, ese tránsito de sillas de ruedas, esos continuos roces y crujidos. Marianne consulta su teléfono: Sean no ha llamado. Se decide a moverse, vamos, se acerca a la puerta cortafuegos de doble batiente forrado de goma negra, se incorpora de puntillas para mirar a través del cristal. Está todo tranquilo. Empuja la puerta, y entra.

Enseguida supo que era ella –cara de loca, mirada convulsa, carrillos mordidos por dentro–, de modo que no le preguntó si era la madre de Simon Limbres, sino que le tendió la mano inclinando la cabeza: Pierre Révol, soy médico de este servicio, yo ingresé a su hijo esta mañana, acompáñeme. Instintivamente, Marianne camina cabizbaja por el linóleo, sin lanzar ninguna mirada lateral que pudiese toparse con su hijo al fondo de una habitación oscura, veinte metros uno al lado del otro por el pasillo azul lavanda hasta una puerta corriente y moliente sobre la que informa una etiqueta con formato de tarjeta de visita, y un nombre que Marianne no acierta a descifrar.

Ese domingo Révol ha desechado la sala de visita, que no es muy de su agrado, y recibe a Marianne en su despacho. Ella permanece plantada de pie, y acaba sentándose en el borde de la silla mientras él rodea el mueble para deslizarse en su sillón, el busto echado hacia delante y los codos separados. Cuanto más lo observa Marianne, más se le borran las caras con las que se ha cruzado desde su llegada al hospital –la mujer monoceja de la recepción, la joven enfermera en prácticas de urgencias, el médico de cuello rosa–, como si hubieran ido relevándose para conducirla a esa cara, superpuestas unas a otras para formar una sola, la del tipo sentado ante ella, a punto de hablar.

¿Tomará un café? Marianne se sobresalta, asiente, Révol se levanta, le da la espalda para coger la cafetera, en la que ella no había reparado, vierte café humeante en dos vasos de plástico blanco, sus gestos son amplios y silenciosos, ¿azúcar? Révol se toma tiempo, prepara lo que va a decir, ella lo sabe, acompaña ese tempo, experimenta esa tensión paradójica ya que el tiempo gotea como el café en la cafetera cuando sin embargo todo remite a la urgencia de la situación, a su carácter radical, acuciante, y ahora Marianne ha cerrado los ojos, bebe, concentrada en el ardor líquido en su garganta, a tal punto teme la primera palabra de la primera frase –la mandíbula que se mueve, los labios que se abren y se estiran, los dientes que aparecen, a veces la punta de la lengua–, esa frase cargada de fatalidad que sabe a punto de formarse, todo en ella retrocede y se inhibe, su columna vertebral se encoge contra el respaldo de la silla –que cojea–, echa hacia atrás la cabeza, le gustaría salir de allí, correr a la puerta y escabullirse, o desaparecer por una trampilla que se abriese de repente bajo las patas de la silla, ¡zas!, un agujero, una mazmorra –que la gente la olvidase en ese preciso lugar, que nadie pudiese encontrarla, y que lo único que supiese fuera que el corazón de Simon latía–, le gustaría abandonar aquella habitación tan cerrada, aquella luz lúgubre, y huir ante el anuncio que se le viene encima, no es valiente, no, se retuerce sobre sí misma y culebrea como una serpiente, daría cuanto posee por que la tranquilizasen y le mintiesen, le contasen una historia con suspense, sí, pero con un happy end agridulce, es extremadamente cobarde, pero

aguanta firme: cada segundo que transcurre es un botín de guerra, cada segundo que se abre frena el destino en marcha, y observando sus manos agitadas, sus piernas encogidas bajo la silla, sus párpados cerrados, hinchados, oscurecidos por el maquillaje de la víspera –un kohl carbonoso que se aplica en el párpado con la punta del dedo, con un solo gesto–, tocando la transparencia borrosa de los iris –un jade turbio y acuoso– y el temblor de sus pestañas abiertas por las puntas, Révol sabe que lo ha comprendido, sabe que lo sabe, y con infinita dulzura consiente en estirar el tiempo que precederá a lo que va a decir, coge el sulfuro, lo hace rodar en la palma de la mano: la bola de vidrio despide reflejos tornasolados bajo la luz fría del fluorescente, esmalta las paredes y el techo, pasa por el rostro de Marianne, que abre los ojos, y ésa es la señal para Révol de que puede hablar.

–Su hijo está grave.

Al oír esas primeras palabras –timbre claro, cadencia pausada–, Marianne fija sus ojos –secos– en los de Révol, que le devuelve la misma mirada, mientras la frase arranca, mientras se forma ya, límpida sin ser brutal –semántica de una precisión frontal, *largos* ligados a los silencios, lentitudes que casan con el despliegue del sentido–, lo bastante lento para que Marianne pueda repetirse interiormente cada una de las sílabas que oye, plasmarlas en su mente: a consecuencia del accidente, su hijo ha sufrido un traumatismo craneal, el escáner muestra una lesión importante a la altura del lóbulo frontal –se lleva una mano detrás de la frente acompañando sus palabras–, y esa conmoción violenta ha provocado una hemorragia cerebral, Simon estaba ya en coma al llegar al hospital.

El café se enfría en el vaso, Révol bebe lentamente cuando, frente a él, Marianne se ha convertido ya en una estatua de piedra. Suena el teléfono en la habitación, uno, dos, tres timbrazos, pero Révol no lo coge, Marianne no despega la mirada de su rostro, literalmente lo absorbe –tez de blancura sedosa, surcos malvas bajo grandes cercos de un gris transparente, párpados grávidos, arrugados como cáscaras de nuez, una cara alargada y movediza–, y el silencio se acrecienta, hasta que Révol prosigue: estoy preocupado –su voz la sorprende, inexplicablemente alta, como si su tonalidad se hubiese descompuesto–, estamos realizando pruebas cuyos primeros resultados no son buenos –su voz emite un sonido desconocido para Marianne, y al punto acelera su respiración, no es envolvente, no suena como esas voces asquerosas que pretenden reconfortar cuando nos empujan al pudridero, sino que designa un puesto a Marianne, un puesto y una línea.

–Se trata de un coma profundo.

Los segundos siguientes abren un espacio entre ellos, un espacio desnudo y silencioso, en cuyo borde permanecen largo rato. Marianne Limbres comienza a dar vueltas lentamente a la palabra coma mientras Révol asimila la parte negra de su trabajo, el sulfuro sigue rodando en la palma de su mano, sol turbio y solitario, y nada

ha sido nunca para él tan violento, tan complejo como sentarse al lado de esa mujer para ahondar juntos en esa zona frágil del lenguaje en que aparece la muerte, para avanzar en ella, a la par. Anuncia: Simon no reacciona ya a los estímulos dolorosos, han surgido trastornos oculares y vegetativos, sobre todo trastornos respiratorios, con un inicio de obstrucción pulmonar, y además los primeros escáneres no son buenos – habla lentamente, aspirando aire con frecuencia, para implicar en ello su cuerpo, involucrarlo en sus palabras, convertir el diagnóstico en empatía, habla como si cincelase una materia, y ahora se miran a los ojos, están frente a frente, es eso, eso nada más, un frente a frente total, y éste se realiza a la perfección, como si hablar y mirarse fuesen el anverso y el reverso de un mismo gesto, como si de lo que se tratase fuera tanto de hallarse frente a frente como de enfrentarse con lo que acontece en una de las habitaciones del hospital.

Quiero ver a Simon –la voz suena aterrada, la mirada desbarra, las manos se dispersan–. Quiero ver a Simon, es cuanto ha dicho, mientras su móvil vibraba por enésima vez en el fondo del bolsillo de su abrigo –la vecina que cuida de Lou, los padres de Chris, los de Johan, pero Sean sigue sin dar señales de vida, ¿dónde está? Manda un mensaje: llámame.

Révol ha alzado la cabeza: ¿ahora, quiere usted verlo ahora? –12.30–, y contesta, pausado, eso es imposible de momento, tendrá que esperar un poco, estamos haciéndole curas, pero en cuanto acabemos por supuesto que podrá ver a su hijo. Y, colocando ante él una hoja de papel amarillento, prosigue: si le parece, necesitaría que hablemos un poco de Simon. Hablar de Simon. Marianne se pone tensa. ¿Qué quiere decir con lo de «hablar de Simon»? ¿Informar de su cuerpo como para rellenar un formulario? ¿Hacer un recuento de las operaciones que se le han practicado? –vegetaciones, apendicitis, o en su caso nada–; ¿las fracturas que ha sufrido? –un radio roto al caerse de la bicicleta el verano de sus diez años, nada más–; ¿las alergias que complican la vida diaria? –no, ninguna–; ¿las infecciones que ha contraído? –aquel estafilococo dorado el verano de sus cinco años, que él pregonaba a todo el mundo, aureolado por la rareza que le otorgaba ese nombre fabuloso, la mononucleosis a los dieciséis, enfermedad del beso, enfermedad de los enamorados, y él sonreía de soslayo cuando le gastaban bromas, llevaba entonces un curioso pijama, mezcla de bermudas hawaiano y de sudadera enguatada–. ¿Enumerar las enfermedades infantiles? Hablar de Simon. Las imágenes acuden en tropel; Marianne se aterra: la roséola de un bebé vestido con ropita de punto bobo, la varicela de un niño de tres años, las costras oscuras en su cuero cabelludo, detrás de las orejas, y aquella fiebre que lo deshidrató y lo tuvo durante diez días con los blancos del ojo amarillos y el pelo pringoso. Marianne articula monosílabos mientras Révol toma algunas notas – fecha y lugar de nacimiento, peso, estatura–, y además parecen importarle un pepino las enfermedades infantiles desde que ha anotado en el papel que Simon no tiene antecedentes especiales, ni enfermedades graves, alergias raras o malformaciones que

su madre pueda conocer y revelar –de pronto Marianne se sofoca, un chispazo de memoria, una estancia en la nieve en Les Contamines-Montjoie, Simon tiene diez años y sufre un violento dolor en el vientre, el médico de la estación de esquí que le ausculta palpa el costado izquierdo e, imaginando un ataque de apendicitis, diagnostica una «anatomía invertida», dicho de otro modo, el corazón a la derecha y todo lo demás por el estilo, un diagnóstico que nadie puso en duda, y esa anomalía fantástica lo convirtió en un personaje muy especial hasta el final de la estancia.

Muchas gracias, y, alisando la hoja de papel con la palma de la mano, Révol vuelve a colocarla en la historia clínica de Simon, una carpeta verde pálido. Alza la cabeza hacia Marianne, podrá ver a su hijo cuando hayamos finalizado las pruebas. ¿Qué pruebas? La voz de Marianne erguida en el despacho y la idea vaga de que si hay pruebas pendientes nada es definitivo. El brillo en su mirada alerta a Révol, que se esfuerza en controlar la situación y en yugular la esperanza: el estado de Simon es evolutivo, y esa evolución no sigue el camino correcto. Marianne acusa el impacto, replica ah, ¿y hacia qué evoluciona el estado de Simon? Al decir eso sabe que se descubre, que se arriesga, y Révol respira hondo para contestar.

–Las lesiones de Simon son irreversibles.

La sensación penosa de asestar un golpe, la sensación de hacer estallar una bomba. Tras lo cual, Révol se levanta, la llamamos lo antes posible, y añade, un tono más alto: ¿se ha avisado al padre de Simon? Marianne lo aferra con la mirada, estará aquí a primera hora de la tarde–, pero Sean no llama, sigue sin decir nada, y a Marianne de repente la acomete el pánico, se dice que quizá ya no está en el almacén, ni siquiera en su casa, quizá ha ido a entregar una yola a Villequier, Duclair o Caudebec-en-Caux, o a algún club de remo a orillas del Sena, y puede que en ese momento esté probando la embarcación con el comprador, y que estén remando, sentados en bancos giratorios, observando su comportamiento, que comenta en voz baja, utilizando un vocabulario de expertos, y poco a poco Marianne vio cómo se estrechaba el curso del río entre altas paredes rocosas tapizadas de densos musgos, cubiertas de plantas crecidas en horizontal, esfagnos, gigantescos helechos y carnosos bejucos, hierbas de un verde pajizo, entremezcladas a lo largo de vertiginosas paredes o cayendo sobre el río en cascadas vegetales; luego la luminosidad disminuyó, el relieve no dejó por encima de la barca más que un delgado pasillo blanco como la leche, el agua se tornó espesa, plana y lenta, la superficie saturada de insectos –libélulas irisadas de turquesa, mosquitos transparentes– cobró el color del bronce, un tono mate de reflejos plateados, y de pronto Marianne, aterrada, imaginó que Sean había regresado a Nueva Zelanda, y que remontaba el río Whanganui, desde el estrecho de Cook, que había partido de otro estuario y de otra ciudad, y se internaba en las tierras, solo en su canoa, totalmente tranquilo, tranquilo como lo había conocido, la mirada sosegada; tenía el gesto pausado, atravesaba las aldeas maoríes a lo largo de las orillas, salvaba las cascadas a pie, la embarcación ligera a cuestras, e

iba avanzando hacia el norte, hacia la meseta central, el volcán Tongariro y las fuentes del río sagrado, rehaciendo el camino de la emigración a las nuevas tierras, Marianne vio a Sean en persona, e incluso oyó su respiración amplificadas como en una cámara de eco, reinaba una calma sofocante; Révol la mira, preocupado por su mirada aterrorizada, pero se ve obligado a dar por terminada la conversación, pues entonces la verá con él más adelante, Marianne asiente, de acuerdo.

Rechinar de sillas en el suelo, chirridos de puerta, caminan ahora hacia el extremo del pasillo, y una vez en el rellano, sin añadir una frase a su sucinto diálogo, Marianne se da media vuelta y se aleja lentamente sin saber adónde ir, pasa delante de la sala de espera, las sillas derechas y la mesa baja cubierta de revistas usadas donde sonríen mujeres maduras de dentadura sana, pelo lustroso y perineo firme, y enseguida está de regreso bajo la inmensa nave de vidrio y de hormigón, por las baldosas con millares de pisadas, pasa delante de la cafetería –abigarrados paquetes de patatas fritas, caramelos y chicles colocados en expositores, pizzas y hamburguesas anunciadas con colores primarios, sobre cartelitos alineados, botellas de agua y de soda tumbadas en refrigeradores acristalados–, frena en seco, se tambalea, Simon está tendido allí en algún sitio, ¿cómo puede dejarlo tras ella? Le gustaría dar media vuelta, pero echa a andar, tiene que salir de allí y ver a Sean, encontrarlo como sea.

Se dirige hacia la puerta principal, que se abre lentamente a lo lejos, cuatro siluetas cruzan el umbral y avanzan hacia ella, siluetas que enseguida emergen de la nebulosa donde los relegan sus ojos miopes: son los padres de los otros dos jóvenes, los de Christophe y los de Johan; alineados, y con los mismos abrigos de invierno que pesan sobre los hombros, las mismas bufandas enrolladas en forma de collarín para aguantar las cabezas que se caen, los mismos guantes. La reconocen, aminoran la marcha, y uno de los hombres aviva el paso para adelantar a los demás y al llegar ante Marianne la estrecha entre sus brazos; los demás la imitan uno tras otro. ¿Cómo está Simon? Ha hablado el padre de Chris; los cuatro la miran, Marianne se ha quedado paralizada. Murmura: está en coma, aún no se sabe nada. Se encoge de hombros y su boca se deforma: ¿y ustedes?, ¿los chicos? Toma la palabra la madre de Johan: Chris, fractura de la cadera izquierda y del peroné; Johan, fracturas de las dos muñecas y de la clavícula, caja torácica aplastada, pero ningún órgano perforado. Se muestra sobria, una sobriedad ultrajante, con el fin de dar a entender a Marianne que los cuatro son conscientes de la suerte que han tenido, de su monstruosa potra, pues lo de ellos no son más que roturas, su hijo iba sujeto, protegido del impacto, y esa mujer minimiza tanto su angustia, absteniéndose de todo tipo de comentario, para que Marianne vea que están al corriente de lo de Simon, que saben que es grave, incluso muy grave, un rumor que se habrá filtrado de reanimación al servicio de cirugía ortopédica y traumatológica donde están internados sus hijos, y que no cometerá la

indecencia de cargar las tintas, y, bueno, está además esa desazón que siente, esa culpabilidad que la refrena, porque lo de sus dos hijos había dependido del cinturón; Chris tenía que conducir por fuerza, de modo que Johan habría podido perfectamente sentarse en medio del asiento, y entonces ella se hallaría en el lugar de Marianne en ese instante, exactamente en su lugar, ante el mismo abismo de desdicha, igualmente descompuesta, y pensar eso le provoca vértigo, le flaquean las piernas y los ojos se le desorbitan, a tal punto que el marido, al notar que se viene abajo, desliza un brazo bajo el suyo para sostenerla, y Marianne, observando a esa mujer que flaquea, percibe también ese abismo que se abre entre ambas, entre ellos y ella, esa sima que ahora las separa, gracias, tengo que irme, ya hablaremos más adelante.

Advierte de pronto que no quiere volver a casa, todavía es pronto para ver a Lou, llamar a su madre, avisar a los abuelos de Simon, a los amigos, es pronto para oírlos sobrecogerse y sufrir, unos gritarán al teléfono, no, dios mío, mierda, coño no puede ser, algunos romperán a llorar cuando otros la acribillen a preguntas, nombrarán exámenes médicos que ella desconoce, le mencionarán el caso de una conocida que salió adelante cuanto todos la daban por perdida y sacarán a colación todas las recuperaciones espectaculares que se han producido en su entorno o fuera de él, pondrán en entredicho al hospital, el diagnóstico, el tratamiento e incluso preguntarán el nombre del médico con el que ha hablado, ah, pues no sé, no lo conozco, no, si seguro que es bueno, e insistirán para que mejor anote el número de ese gran especialista que no recibe a nadie hasta pasados dos años, se ofrecerán incluso para llamarlo ellos, llegado el caso, porque lo conocen o tienen un amigo que, e incluso puede que haya uno lo bastante estúpido, o incluso majara de solemnidad, que le diga que es posible, ojo, confundir el coma irreversible con otros estados similares, el coma etílico, por ejemplo, la sobredosis de tranquilizantes, la hipoglucemia, o también la hipotermia, y entonces, al recordar la sesión de surf en el agua helada la misma mañana, le entrarán ganas de vomitar y se sobrepondrá para recordar a su atormentador que ha sido un accidente en extremo violento, y por más que aguante mecha, que les repita a todos que Simon está en buenas manos, que hay que esperar, todos querrán mostrarle su afecto envolviéndolo en palabras, no, aún no ha llegado ese momento, lo que quiere es un sitio donde esperar, un sitio donde dejar pasar el tiempo, quiere un refugio, entra en el aparcamiento y de pronto echa a correr hacia su coche, se abalanza en el interior, y todo son puñetazos en el volante, su pelo agitándose sobre el salpicadero, gestos tan desordenados que apenas puede introducir la llave de contacto, y cuando por fin arranca, ajusta mal la velocidad, hace chirriar los neumáticos sobre el suelo del aparcamiento, después circula recto, hacia el oeste, hacia poniente, con un cielo cada vez más claro en esa ciudad, mientras que de regreso en su despacho Révol no se sienta sino que hace lo que dicta la ley cuando se declara una muerte encefálica en un servicio de reanimación: descuelga el teléfono, marca el número de coordinación de extracción de órganos y de tejidos, y coge el

teléfono Thomas Rémige.

Sin embargo ha estado a punto de no poder atender a la llamada, a punto de no oír, y sólo cuando ha recobrado el aliento al término de una larga y turbulenta frase – una polifonía vocal, un brusco vuelo de pájaros, Benjamin Britten, *A Ceremony of Carols* op. 28–, ha percibido el piar del aparato, twisteadó por el brillante y delicado piar de un jilguero enjaulado.

Esa mañana de domingo, en un estudio situado en una planta baja con jardín de la rue Commandant-Charcot, Thomas Rémige mueve las lamas de una persiana veneciana; está solo, desnudo, y canta. Se ha colocado en el centro de la estancia – siempre en el mismo sitio–, el peso del cuerpo repartido entre los dos pies, la espalda erguida, los hombros ligeramente echados hacia atrás, la caja torácica expandida para despejar el pecho y el cuello, una vez estabilizado ha efectuado lentos movimientos circulares con la cabeza para flexibilizar las cervicales, ha repetido esas mismas rotaciones con cada hombro y se ha esforzado en visualizar la columna de aire que lo conforma, desde la boca del estómago hasta la garganta, ese conducto interno que propulsa la respiración y hará vibrar sus cuerdas vocales, perfila su postura. Finalmente abre la boca, un horno –un poco curioso en ese instante, vagamente ridículo–, llena de aire los pulmones, contrae la cintura abdominal, luego espira como si abriera un pasaje, y prolonga la acción lo más posible, movilizándolo el diafragma y los cigomáticos –un sordo hubiera podido oírlo con sólo imponer las manos sobre él–. Observando la escena, cabría ver en ello un vínculo con la salutación al sol o la alabanza matutina de los monjes y monjas, ese lirismo del alba; cabría ver también un ritual corporal dedicado al cuidado y conservación del cuerpo –beber un vaso de agua fresca, cepillarse los dientes, desenrollar una alfombra de goma frente al televisor para hacer gimnasia–, cuando en el caso de Thomas Rémige se trata de algo totalmente distinto: una exploración de sí mismo –la voz como una sonda introducida en el cuerpo que refleja todo cuanto lo anima, la voz como un estetoscopio.

Tiene veinte años cuando abandona la granja familiar, una finca señorial que retomarán su hermana y su cuñado. Fin del autobús de transporte escolar y del barro del patio, del olor a heno mojado, del mugido aislado de una vaca lechera reclamando el ordeño y del cercado de chopos apretados sobre un talud herboso, ahora vive en un minúsculo estudio que sus padres le alquilan en el centro de Rouen, radiador eléctrico y canapé abatible, se desplaza en una Honda 500 de 1971, ha empezado a estudiar enfermería, le gustan las chicas, le gustan los chicos, no sabe, y durante un garbeo por París entra una noche en un karaoke de Belleville, está lleno de chinos, pelo color vinilo y mejillas lustrosas, asiduos que acuden a perfeccionar sus prestaciones, parejas sobre todo, que se admiran y se filman, imitando los gestos y las posturas de los programas de televisión, y de pronto, cediendo a la presión de sus acompañantes,

escoge una pieza, una cosa breve, una cosa sencilla –creo que era *It's a Heartache* de Bonnie Tyler–, llegado su turno sube al escenario, y al hacerlo se metamorfosea lentamente: su cuerpo abúlico se va situando, brota una voz de su boca, una voz que es la suya pero que desconoce, timbre, textura y tesitura increíbles, como si su cuerpo albergara otras versiones de sí mismo –una fiera listada, un acantilado vivo, una mujer de la vida–, cuando el pinchadiscos evidentemente no se ha equivocado, cuando el que canta es él, y entonces, adoptando su voz como su firma corporal, como la forma de su singularidad, decide conocerse y comienza a cantar.

Al descubrir el canto, descubre su cuerpo, sucede de ese modo. Como el aficionado al deporte tras una jornada intensa –carrera pedestre, ciclismo, gimnasia–, experimenta tensiones desconocidas hasta la fecha, nudos y corrientes, puntos y zonas, como si se revelasen, provenientes de su persona, potencialidades inexploradas de sí mismo. Entonces procede a explorar todo cuanto lo compone, a concebir su anatomía precisa, la forma de sus órganos, la variedad de los músculos, sus insospechados recursos; inspecciona su sistema respiratorio, y observa cómo la acción de cantar lo concentra y lo atrapa, lo erige en cuerpo humano y, lo que es más quizá, en cuerpo cantante. Es un renacer.

El tiempo y el dinero que dedica al canto crecen con el correr de los años, acaban afectando a una parte consecuente de su vida y a unos emolumentos acrecentados por las guardias de hospital: vocaliza cada mañana, estudia todas las noches, dos veces por semana recibe clases de una cantante lírica con físico en forma de bombilla –cuello de jirafa y brazos de rosal, busto potente y vientre plano, ancas en la misma proporción, voluminosas, todo ello cubierto por una cabellera ondulante que le llega a las rodillas, cayéndole a lo largo de las faldas de franela–, rastrea en la red recitales, óperas, nuevas grabaciones, lo descarga todo, piratea, copia, archiva, en verano atraviesa Francia para trasladarse aquí o allá, acudir a un festival de arte lírico, duerme en una tienda o comparte un bungaló con otros aficionados como él, encuentra a Ousmane, músico gnawa y barítono tornasolado, y de pronto el verano pasado el viaje a Argelia y la adquisición de un jilguero del valle de Collo por el cual se pule toda la herencia de su abuela, tres mil euros contantes y sonantes envueltos en un pañuelo de batista.

Sus primeros años como enfermero de reanimación lo hacen ir a toda pastilla: penetra en un ultramundo, un espacio subterráneo o paralelo, lindante con el otro y turbado por el afloramiento limítrofe y continuo entre ambos, ese mundo insuflado de mil sueños en el que no duerme nunca. Los primeros tiempos, surca el servicio como si trazara su propia cartografía interna, consciente de que se confluye allí en la otra mitad del tiempo, la noche cerebral, el corazón del reactor; su voz se afina, gana en matices, es el momento en que estudia su primer *lied*, una canción de cuna de Brahms precisamente, un canto de forma sencilla, y sin duda lo canta por primera vez a la

cabecera de un paciente agitado. La melodía como analgésico táctil. Horarios flexibles, quehaceres agobiantes, penuria total: el servicio delimita un espacio cerrado que responde a sus propias pautas, y a Thomas le da la impresión de que se desliga poco a poco del mundo exterior, de que vive en un lugar donde la división noche/día no le afecta a él en nada. A veces tiene la sensación de no pisar terreno firme. Para airearse, multiplica los cursillos, de los que sale desplumado pero dotado de una mirada cada vez más profunda y de una voz más rica, trabajando sin escatimar nunca una energía a la que comienzan a prestar atención en las reuniones del servicio, realizando intervenciones equilibradas en todos los estadios del adormecimiento, incluida la fase del despertar, manipulando con mesura los aparatos de vigilancia y de suplencia, interesándose en la atención al dolor. Siete años a ese ritmo hasta que le asalta el deseo de gravitar de otro modo en ese mismo ámbito. Pasa a ser uno de los trescientos enfermeros coordinadores en las extracciones de órgano y de tejidos del país, se incorpora al hospital de Le Havre, tiene veintinueve años, se halla en la plenitud. Cuando le preguntan por esa nueva orientación que conllevaba, manifiestamente, una formación suplementaria, Thomas contesta relaciones con los familiares, psicología, derecho, dimensión colectiva de los pasos que dar, todo cuanto tiene que ver con su profesión de enfermero, claro, claro, pero hay otra cosa, otra cosa más compleja, y si está confiado, se lo toma con calma, hablará de ese tanteo singular en el umbral de lo vivo, de un cuestionamiento sobre el cuerpo humano y sus usos, de un acercamiento a la muerte y sus representaciones, pues de eso se trata. Ignora a quienes lo rodean y se burlan –¿y si el encefalograma la hubiera pifiado, una avería, un fallo, un problema eléctrico, eh, y el tío no la hubiera palmado del todo, son cosas que pasan, ¿no? Huy, curras con la muerte, Tom, estás pirado, qué morbo, tío–, mastica la enésima cerilla sonriendo, paga la ronda la noche en que obtiene en la Sorbona un máster con nota en filosofía; especialista grandioso del cambalache de guardias entre compañeros, consiguió que lo sustituyesen para las cinco medias jornadas de seminario dispensadas en la rue SaintJacques, una calle por la que le encantaba bajar hasta el Sena, escuchando el rumor de la ciudad, cantando a ratos.

Imposible hacer planes hoy, hoy Thomas Rémige está de guardia localizada, lo pueden llamar de reanimación en cualquier momento durante veinticuatro horas, es el principio. Como cada vez, debe componérselas con esas horas a la vez vacantes pero no disponibles –esas horas paradójicas que vienen a ser el otro nombre del tedio–, organizar las posibilidades; y además muchas veces vegeta, incapaz de descansar ni de aprovechar ese tiempo libre, estancado en la expectativa, paralizado por las dilaciones, se dispone a salir y finalmente se queda; empieza un pastel, una película, un archivo de sonidos numéricos –los cantos del jilguero–, al final renuncia, rebobina, abandona y aplaza, ya veremos más tarde, pero el más tarde nunca se produce, el más tarde es un flujo de tiempo pleno mezclado con horarios aleatorios. Por eso, al ver el número del hospital en la pantalla del teléfono, Thomas siente un

punto de decepción y un alivio.

La coordinación hospitalaria que dirige funciona como una célula independiente del hospital aunque situada entre sus paredes, pero Révol y Rémige se conocen, y el joven sabe exactamente lo que va a anunciarle Révol, incluso podría pronunciar por él esa frase que uniformiza el drama para mayor eficiencia: un paciente del servicio se halla en estado de muerte encefálica. Constatación que suena como una sentencia conclusiva, cuando para Thomas posee otro sentido, pues designa por el contrario el inicio de un movimiento, el desencadenamiento de un proceso.

–Un paciente del servicio se halla en estado de muerte encefálica.

La voz de Révol enuncia con exactitud la fórmula esperada. De acuerdo parece contestar Rémige, que no abre la boca pero asiente, repasando instantáneamente la andadura hipercalibrada que se dispone a poner en marcha dentro de un marco jurídico a la par denso y estricto, movimiento de alta precisión desplegado según una temporalidad precisa, buena prueba es que consulta el reloj, un gesto que se repetirá en horas sucesivas, un gesto que todos hacen y repiten sin cesar, hasta el final.

Se instaura un diálogo rápido, alternancia de frases enunciadas a ras del cuerpo de Simon Limbres. Rémige sondea a Révol acerca de tres puntos: el contexto del diagnóstico de muerte cerebral –¿en qué fase estamos?–, la evaluación médica del paciente –causa del deceso, antecedentes, factibilidad del trasplante–, y por último información a los familiares: ¿la brutalidad del caso permite hablar con la familia? ¿Se halla ésta presente? A esta última pregunta Révol responde con una negativa y precisa, acabo de estar con la madre. Vale, me preparo, Rémige se estremece, tiene frío; está desnudo, ¿hace falta recordarlo?

Instantes después, con casco, guantes, botas, la cazadora cerrada hasta arriba y el turbante añil arrollado en el cuello, Thomas Rémige sube a la moto, arranca en dirección al hospital; antes de ponerse el casco, habrá oído los ecos de sus pasos en la calle silenciosa, atento a esa impresión de cañón, de desfiladero angosto. Un solo movimiento de muñeca basta para poner en marcha su máquina; tras lo cual sale disparado hacia el este siguiendo la vía rectilínea que escinde la ciudad baja –vía paralela a la que había tomado Marianne antes que él–, precipitándose en la rue RenéCoty, la rue du Maréchal-Joffre, la rue Aristide-Briand –nombres de perilla y de mostacho, nombres de tripita y reloj de bolsillo, nombres de sombrero flexible–, la rue de Verdun y así sucesivamente hasta los cruces de autovías, a la salida de la ciudad. El casco integral le impide cantar, y sin embargo algunos días, presa de esa suerte de desbordamiento mezcla de miedo y euforia, circula a toda pastilla por los corredores urbanos, con la visera alzada, y hace vibrar el espacio con sus cuerdas vocales.

Más tarde, en el hospital. Thomas se sabe de memoria ese vestíbulo de dimensiones oceánicas, ese vacío que tiene que atravesar de un tirón trazando una diagonal hasta el final del recorrido para alcanzar la escalera que conduce a su despacho, la Célula de Coordinación de Extracciones de Órganos y Tejidos, en la primera planta. Pero esa mañana entra como un extraño, tan cauteloso como si fuera ajeno al entorno, está ahí como cuando va a otros hospitales del sector, establecimientos no habilitados para realizar extracciones. Acelera al pasar delante del mostrador donde esperan, silenciosos, dos hombres de ojos enrojecidos, vestidos con vaqueros y gruesos anoraks negros, saluda a la mujer monoceja con un ademán, y ésta, al verlo irrumpir, sabedora de que está de guardia localizada, adivina que algún paciente de reanimación acaba de convertirse en donante en potencia y se limita a contestar a su saludo con una mirada –la llegada del enfermero coordinador al hospital es siempre una secuencia delicada: los familiares del paciente, ajenos a lo que se prepara, podrían oírle anunciar a un tercero los motivos de su presencia, y relacionarlo con el estado de su hijo, su hermano o su amante, y enterarse de sopetón de esa noticia, lo que no auguraría nada bueno para posteriores conversaciones.

En su cubil, Révol, de pie tras su escritorio, alarga a Thomas la historia clínica de Simon Limbres al tiempo que enarca las cejas: sus ojos se agrandan, su frente se arruga, y se dirige a él como si prosiguiera la conversación telefónica entre ambos: un crío de diecinueve años, examen neurológico arreactivo, sin respuesta al dolor, sin ningún reflejo de los nervios craneales, pupilas fijas, estado hemodinámico estable, he hablado con la madre, el padre llegará dentro de unas dos horas. El enfermero echa una ojeada a su reloj, ¿dos horas? El mismo flopflop de la cafetera en un vaso que cruje. Révol prosigue: acabo de pedir el primer EEG (electroencefalograma), está en marcha, palabras que son como el pistoletazo del juez de salida al arrancar la carrera, pues, al pedir esa prueba, Révol notifica que ha iniciado el trámite legal destinado a confirmar la muerte del joven. Dispone para ello de dos tipos de protocolos, la angiografía por escáner, según la cual, en caso de muerte encefálica, la radiografía confirmará la ausencia de penetración del líquido en la caja craneal, o la realización de dos EEG de treinta minutos, realizados con un intervalo de cuatro horas, que mostrarán ese electro plano que señala la desaparición de toda actividad cerebral. Thomas capta el mensaje y declara: entonces podremos proceder a una evaluación completa de los órganos. Révol asiente, *I know*.

Se separan en el pasillo. Révol sube hacia la sala de reanimación para ver a los pacientes ingresados durante la mañana, mientras que Rémige regresa a su despacho donde, sin más dilación, abre el dossier verde. Se enfrasca en él, volviendo las páginas de los documentos con atención: las informaciones facilitadas por Marianne, el informe del SAMU, los análisis y escáneres de ese día, memoriza cifras y compara los datos. Poco a poco, se forma una idea precisa del estado del cuerpo de Simon. Le

invade una especie de aprensión: conoce las etapas y los pormenores del caso del que va a hacerse cargo, sabe también hasta qué punto difiere de un pequeño mecanismo bien engrasado, engranaje de frases hechas y de tachaduras transversales en una *checklist*. Es una *terra incognita*.

Tras lo cual, se aclara la voz y llama a la Agencia de Biomedicina de Saint-Denis. Ésta es la situación.

También la calle está silenciosa, silenciosa y monocroma como el resto del mundo. La catástrofe se ha propagado a los elementos, a los lugares, a las cosas, una plaga, como si todo se ajustase a lo sucedido esta mañana al otro lado de los acantilados, la furgoneta pintarrajeada empotrada a toda velocidad contra el poste y el joven propulsado de cabeza contra el parabrisas, como si el exterior hubiera absorbido el impacto del accidente, se hubiera tragado las réplicas, hubiera ahogado las últimas vibraciones, como si la onda del impacto hubiese perdido amplitud, estirada, atenuada, hasta convertirse en una línea plana, esa línea simple que escapaba en el espacio para reunirse con todas las demás, se incorporaba a los miles y miles de millones de otras líneas que formaban la violencia del mundo, esa madeja de tristeza y de ruinas, y hasta donde alcanzaba la vista, nada, ni una chispa de luz, ni un fulgor de color vivo, amarillo oro, rojo carmín, ni una canción brotada de una ventana abierta –pieza de rock saltarín o melodía cuyo canto repita uno riendo, feliz y vagamente avergonzado de saberse de memoria una letra tan sentimental–, ni olor de café, perfume de flores o especias, ni un niño de mofletes rubicundos corriendo tras una pelota o acuclillado la barbilla sobre las rodillas, siguiendo con la vista una canica china rodando por la acera, ni un grito, ni voces humanas hablándose o murmurando palabras de amor, ningún llanto de recién nacido, ni un solo ser vivo atrapado en la continuidad de los días, dedicado a los actos sencillos, insignificantes, de una mañana de invierno: nada viene a alterar la pesadumbre de Marianne, que camina como una autómatas, pasos mecánicos y porte desvaído. En este día funesto, yo te ruego dios mío. Se repite esas palabras por lo bajo, no sabe de dónde salen, las pronuncia mirándose la punta de las botas como si acompañasen su golpeteo afelpado, un sonido regular que le evita pensar que por el momento sólo tiene que hacer una cosa: un paso, otro paso, otro y sentarse a beber algo. Se dirige lentamente hacia ese café que sabe que abre los domingos, un refugio adonde llega agotada. En este día funesto, te ruego dios mío. Musita esas palabras en círculo, recalcando las sílabas como cuentas de un rosario, ¿cuánto tiempo hace que no dice una plegaria en voz alta? Le gustaría no parar nunca de andar.

Ha empujado la puerta. El interior está oscuro, rastros de derivas nocturnas, emanaciones de ceniza fría. Alain Bashung, *Voleur d'amphores au fond des criques*. Se acerca a la barra, se inclina por encima, tiene sed, no quiere esperar, ¿hay alguien? Surge un tipo de la cocina, un tipo enorme, embutido en un jersey de algodón sin nada debajo, y vaqueros blandos, greñas alborotadas de acabar de levantarse de la cama, sí, sí que hay alguien y, ya frente a ella, añade solemne bueno chica ¿qué va a ser? Una ginebra –voz de Marianne apenas audible, un jadeo–. El hombre se alisa el pelo hacia atrás con sus dos manos anilladas, tras lo cual friega un vaso sin despegar los ojos de esa mujer a la que tiene vista de allí: ¿todo bien? Marianne desvía la mirada, voy a sentarme. El gran espejo picado al fondo del local le devuelve una cara

que no reconoce, gira la cabeza.

No cerrar los ojos, escuchar la canción, contar las botellas al otro lado de la barra, observar la forma de los vasos, descifrar los anuncios, *Où subsiste encore ton écho*. Inventarse ardidés, ahuyentar la violencia, obstruir las imágenes de Simon que se forman a toda velocidad y se abalanzan sobre ella en oleadas sucesivas, como razzias, alejarlas, a patadas a ser posible, cuando ya se plasman en forma de recuerdos, diecinueve años de secuencias mnemónicas, mantenerlas a distancia. Los efluvios de memoria sobrevenidos cuando evocaba a Simon en el cuchitril de Révol han alojado en su pecho un dolor que es incapaz de controlar, de mitigar, para ello tendría que situar la memoria en el cerebro, inyectarle un fluido paralizante, la aguja de la jeringa conducida por un ordenador de alta precisión, pero ahí sólo encontraría el motor de la acción, la capacidad de recordar, ya que la memoria, en sí, dimana de todo el cuerpo, cosa que Marianne ignora. *J'ai fait la saison dans cette boîte crânienne*.

Tiene que meditar, tiene que concentrar y ordenar, poder formular una frase clara a Sean cuando llegue, ajeno a lo sucedido. Hilvanar las frases de modo inteligible. Primero: Simon ha tenido un accidente. Segundo: está en coma –trago de ginebra–. *Dresseur de loulous, dynamiteur d'aqueducs*. Tercero: la situación es irreversible –traga saliva pensando en esa palabra que tendrá que articular, irreversible, cinco sílabas que vitrifican el estado de cosas y que no pronuncia nunca, abogando por el movimiento continuo de la vida, el posible vuelco de toda situación, nada es irreversible, nada, suele clamar cada dos por tres: al hacerlo adopta un tono desenvuelto, deja caer la frase como se regaña suavemente a las personas que se desaniman, nada es irreversible salvo la muerte, la invalidez, y a veces puede que al decirlo se ponga a dar vueltas, a girar sobre sí misma, o incluso a bailar. Pero lo de Simon no. Lo de Simon es irreversible.

La imagen de Sean de fondo de pantalla –sus ojos rasgados bajo los párpados indios– se ilumina en el teléfono. Marianne, me has llamado. Al punto Marianne prorrumpe en sollozos –química del dolor–, incapaz de articular palabra mientras él repite: ¿Marianne? ¿Marianne? Probablemente debe de creer que el ruido del mar al estrecharse en la dársena le impide oír, confunde la fritura en las ondas, y la baba, los mocos, las lágrimas mientras ella se muerde la mano, paralizada por el horror que le inspiraba bruscamente aquella voz tan amada, tan familiar como sólo una voz sabe serlo pero de pronto ajena, espantosamente ajena, porque surge de un espacio-tiempo en el que el accidente de Simon no se había producido; un mundo intacto situado a años luz de ese café vacío; y esa voz ahora desentonaba, desorquestaba el mundo, le desgarraba el cerebro: era la voz de la vida de antes, Marianne oye la voz de ese hombre que la llama, y llora, recorrida por la emoción que se siente a veces ante lo que, en el tiempo, ha sobrevivido indemne, y desencadena el dolor de las imposibles vueltas atrás –algún día tendrá que saber en qué sentido discurre el tiempo, si es

lineal o describe las vueltas de un hula-hoop, si forma círculos, se enrosca como la nervadura de una concha, si puede adoptar la forma de ese tubo que repliega la ola, aspira el mar y el universo entero en su reverso oscuro, sí, tendría que comprender de qué está hecho el tiempo que pasa—. Marianne aprieta el teléfono en la mano: miedo a hablar, miedo a destruir la voz de Sean, miedo a que él no pueda volverla a oír tal como es, a que no vuelva a experimentar ese tiempo desaparecido en el que Simon no se hallaba en una situación irreversible, pero es consciente de que debe poner fin al anacronismo de esa voz para reimplantarla allí, en el presente del drama, sabe que debe hacerlo, y cuando acierta por fin a expresarse, no se muestra ni concreta ni precisa, sino incoherente, a tal extremo que perdiendo la calma, alcanzado también por el terror —algo había ocurrido, algo grave—, Sean comienza a interrogarla, hastiado, ¿es por Simon?, ¿qué le pasa a Simon?, ¿qué pasa con el surf?, ¿un accidente dónde? En la textura sonora se recorta su cara, tan precisa como en la foto del fondo de pantalla. Marianne se imagina que Sean podría deducir que se ha ahogado, rectifica, los monosílabos se convierten en frases que poco a poco se organizan y cobran sentido, al poco deja caer ordenadamente cuanto sabe, cerrando los ojos y pegándose el aparato al esternón al llegarle el grito de Sean. Luego, le precisa a toda velocidad que sí, que el pronóstico vital de Simon ya se sabe, que está en coma pero está vivo, y Sean, descompuesto a su vez, descompuesto como ella, contesta ahora voy, estoy ahí en dos minutos, ¿dónde estás?, y su voz es tráfuga ahora, se ha unido a Marianne, ha traspasado la membrana frágil que separa a los felices de los condenados: espérame.

Marianne ha reunido fuerzas para indicarle el nombre del café, enésimo Balto de ciudad portuaria cuyas señas le precisa; llovía a cántaros el día en que entró allí por primera vez, corría octubre, cuatro meses atrás, trabajaba en un artículo, un encargo de la agencia del Patrimonio, había insistido en volver a ver la iglesia Saint-Joseph, el Volcán de Oscar Niemeyer, el piso piloto de una casa Perret, todo aquel hormigón cuyo movimiento y radicalidad plástica le gustaban, pero su agenda empezaba a empaparse y, una vez en el bar, chorreante, se había soplado un whisky solo: Sean había empezado a dormir en el almacén, se había ido de casa sin llevarse nada.

Vislumbra su silueta en el espejo del fondo, y su propia cara, la que él volverá a ver después de todo ese tiempo, después de ese cúmulo de silencio, había pensado tantas veces en ese instante, prometiéndose estar muy guapa, guapa como todavía podía estarlo, y que él se quedara deslumbrado, si no emocionado, pero las lágrimas secas han tensado la piel, seca como si la recubriese una máscara de arcilla, y sus párpados hinchados apenas refrescan ese verde demasiado pálido que a él le gusta escrutar.

Apura de un trago la copa de ginebra, y él ya está allí, de pie ante ella, macilento y estragado, minúsculas partículas de madera le salpican el pelo, incrustan los

pliegues de su ropa, los puntos de su jersey. Ella se levanta, con un movimiento brusco, su silla se desploma hacia atrás con estrépito, pero no se vuelve, se queda de pie ante él, con una mano abierta sobre la mesa buscando un apoyo a su cuerpo tambaleante, la otra colgando a lo largo del costado, se miran una fracción de segundo, dan un paso y se abrazan, un abrazo demencialmente fuerte, como si se aplastasen el uno en el otro, las cabezas comprimidas como para henderse el cráneo, los hombros triturados bajo la masa del tórax, los brazos doloridos a fuerza de oprimirse, se amalgaman en las bufandas, las chaquetas y los abrigos, la clase de abrazo que uno se da para ser una roca ante el ciclón, para ser una piedra antes de saltar al vacío, una cosa de fin del mundo en cualquier caso, cuando al mismo tiempo, exactamente al mismo tiempo, es también un gesto que los reconecta –sus labios se tocan–, acentúa y elimina su distancia, y cuando se liberan, cuando se desasen por fin, sorprendidos, extenuados, son como náufragos.

Una vez sentados, Sean olfatea la copa de Marianne. ¿Ginebra? Marianne sonrío –un remedo–, le presenta la carta y comienza a leerle todo lo que puede pedir para comer ese domingo, por ejemplo croque-monsieur, croque-madame,^[1] ensalada perigordina, abadejo con patatas, tortilla, tartine provençale,^[2] salchichas fritas, flan, natillas, tarta de manzana, y si pudiese leería la carta entera y volvería a hacerlo, con el fin de retrasar el momento de enfundarse su plumaje de ave de mal agüero, ese plumaje de tinieblas y de lágrimas. Él la deja seguir mirándola sin chistar, hasta que, cediendo a la impaciencia, le ase la muñeca, inmovilizando la fina extremidad y comprimiendo la arteria, para ya por favor. Él también pide una ginebra.

Entonces Marianne se arma de valor –se arma, sí, ésa es la palabra exacta; la embarga esa agresividad desnuda que no deja de crecer desde el abrazo y con la que se acoraza, como quien se protege blandiendo ante sí la hoja del puñal–, y, tiesa en la banqueta, formula las tres frases que tenía preparadas, la mirada fija. Cuando oye la última –«irreversible»–, Sean sacude la cabeza y su rostro se agita, convulso, no, no, no, luego se levanta pesadamente, sacude la mesa, la ginebra vuela por encima de la copa, se encamina hacia la puerta, los brazos a lo largo del cuerpo y los puños cerrados como si acarreará peso, los andares de un hombre que sale a partirle la cara a alguien que ya lo busca, y, una vez fuera en el umbral de la puerta, se da media vuelta bruscamente, regresa a la mesa que ocupaban, avanzando en medio del rayo de luz estampado en el suelo, y su figura a contraluz se yergue aureolada de una película grisácea: el serrín que lo recubre se vaporiza en el espacio. Le echa humo el cuerpo: se abalanza como si fuera a cargar. Al llegar a la mesa, coge la copa de ginebra y la apura de un trago a su vez; acto seguido le espeta a Marianne, que ya se anuda la bufanda, ven.

La habitación está hundida en la penumbra, el sol refleja el cielo lechoso entre las cortinas, y es preciso acomodar la vista para distinguir las máquinas, los muebles y los cuerpos que la habitan. Simon Limbres está ahí, acostado boca arriba en una cama, cubierto hasta el pecho con una doble sábana blanca. Lo han conectado a un respirador. La sábana se alza levemente a cada inspiración, un movimiento débil pero perceptible, se diría que duerme. El rumor del servicio llega allí ahogado, y las vibraciones constantes de los aparatos eléctricos acentúan el silencio que taladran en bajos continuos. Podría ser la habitación de un enfermo, sí, cabría pensarlo de no ser por esa penumbra tamizada, esa impresión de aislamiento, como si el lugar se hallase situado fuera del hospital, alvéolo despresurizado sin rastro de actividad.

No se han dicho nada en el coche, nada, aún no había nada que decir. Sean había dejado su coche aparcado ante el bar –un break ya en las últimas en el que se hacinaban las yolas que confeccionaba y las tablas que Simon rescataba, pedía prestadas aquí y allá, *shortboards* o *fishes*–; ha subido al de Marianne, por primera vez, y ella ha conducido con los brazos bien paralelos y tiesos como cerillas, en tanto que Sean mantenía la cara vuelta hacia el cristal, emitiendo de vez en cuando un comentario sobre el tráfico, fluido –un flujo que era su aliado, los conducía con premura a la cabecera de su hijo, pero un flujo que, desde los primeros timbrazos de teléfono, los precipitaba también hacia el desastre sin escapatoria posible: nada podría obstaculizar o retrasar su marcha hacia el hospital–. Por supuesto, la idea de un giro imprevisto les ha cruzado a ambos por la mente –una inversión en las imágenes del escáner, una mala atribución de las radiografías, un error de interpretación, un fallo al teclear los resultados, un bug en los ordenadores, podía ocurrir, sí, como a veces ocurría que se intercambiaran dos bebés en una maternidad, o que el paciente conducido al quirófano no fuera el que había de ser operado, el hospital no era un lugar infalible– sin que acaben de creérselo, sobre todo sin que se vean capaces de decírselo el uno al otro, y entretanto las dependencias de superficies lisas, acristaladas, se agigantaban a sus ojos hasta invadir el parabrisas, y ahora se mueven a tientas por esa habitación.

Marianne se aproxima a Simon, lo más cerca posible de ese cuerpo que nunca le había parecido tan largo, y que no había visto de tan cerca desde hacía tantísimo tiempo –pudor de Simon encerrado en el cuarto de baño, exigiendo fuera de sí que en lo sucesivo llamen a la puerta de su cuarto, o atravesando el piso envuelto en toallas como un joven bonzo–. Marianne se inclina sobre la boca de su hijo para percibir su aliento, pega una mejilla a su pecho para oír su corazón. Respira, lo siente; le late el corazón, lo oye. ¿Piensa entonces en los primeros latidos cardiacos percibidos en el centro de ecografía del Odéon una tarde de otoño, la cabalgada primitiva bien nítida

cuando se plasmaban en la pantalla unas manchas luminiscentes? Se incorpora. El cráneo de Simon está envuelto en una venda, el rostro está intacto, eso sí, pero ¿sigue ahí su cara? Le asalta la pregunta cuando examina la frente de su hijo, el borde de la arcada ciliar, el trazado de las cejas, la forma de los ojos bajo los párpados –el pequeño espacio de piel en la comisura interior del ojo, lisa y cóncava–, mientras reconoce la nariz recia, los labios perfilados, carnosos, la cavidad de las mejillas, la barbilla cubierta de una fina barba, sí, todo eso está ahí, pero el rostro de Simon, todo cuanto vive y piensa en él, todo cuanto lo anima, ¿reaparecerá todo eso? Se tambalea, con las piernas flojas, se aferra a la cama de ruedas, el gotero se mueve, el espacio se bambolea a su alrededor. La silueta de Sean se difumina como tras un cristal azotado por la lluvia. Se ha acercado al otro lado de la cama, a la misma altura que Marianne, y ahora toma la mano de su hijo, mientras desde la boca helada de su estómago hasta el borde de sus labios apenas entreabiertos se forma a duras penas su nombre: estamos aquí, estamos contigo, me oyes, Simon, *my boy*, estamos aquí. Pega la frente a la del joven echado, su piel está todavía caliente y sí, es su olor, un olor a lana, a algodón, a mar, y sin duda comienza a susurrar palabras para ellos solos que nadie puede oír y que nunca sabremos, jerga arcaica de las islas de Polinesia, o palabras-mana que habrán atravesado todas las capas del lenguaje sin alterarlo, piedras incandescentes de un fuego intacto, esa materia lenta y densa, inagotable, esa sabiduría, eso dura dos, tres minutos, y Sean se incorpora, sus ojos se cruzan con los de Marianne, y sus manos se rozan por encima del busto del hijo, un gesto que hace resbalar la sábana sobre el torso del joven, descubriendo ese tatuaje maorí que nunca han tocado, grafismo vegetal que arranca del hombro y se propaga por el hueco de la clavícula y por los omóplatos; Simon se había tatuado el verano de sus quince años, durante una colonia de surf en la costa del País Vasco, modo de afirmar yo mando en mi cuerpo, y aunque Sean, tranquilo, tatuado él también en toda la superficie de la espalda, le había preguntado sobre el sentido, la elección y el lugar de tal dibujo, intentando saber lo que subsistía de mestizaje en sus párpados, Marianne había encajado mal el golpe, Simon era tan joven, le había dicho, nerviosa, ¿sabes que ese tatuaje es ya para toda la vida? Y le vuelve a la mente esa palabra como un boomerang: irreversible.

Révol acaba de entrar en la habitación. Sean se vuelve y se dirige a él: le oigo latir el corazón –el zumbido de las máquinas parece amplificarse en ese instante–, e insiste: le late el corazón, ¿verdad? Sí, insiste Révol, le late el corazón, gracias a las máquinas. Al rato, cuando se dispone a salir de la habitación, Sean lo intercepta de nuevo: ¿por qué no lo han operado nada más ingresarlo? El médico detecta la tensión agresiva, la desesperación que se torna ira; además el padre ha bebido, le nota olor a alcohol en el aliento, por lo que le informa con precaución: verá usted, no ha sido posible operarlo, la hemorragia era demasiado importante, se había extendido demasiado, el escáner que pedimos apenas ingresaron a Simon lo muestra claramente,

era demasiado tarde. Tal vez irritado por esa certeza ostensible en medio del cataclismo, por esa calma imperturbable que roza la arrogancia cuando la angustia va a más, Sean de repente alza la voz, estalla: ¡no han intentado hacer nada! Révol esgrime una mueca sin chistar, le gustaría replicar algo pero sabe que sólo le queda callarse, además llaman a la puerta, y sin esperar respuesta entra Cordélia Owl en la habitación.

La joven se ha pasado agua por la cara, ha tomado café, está guapa como lo están algunas chicas tras pasar una noche en blanco. Saluda a Marianne y a Sean con una sonrisa furtiva y, concentrada, se acerca a la cama. Voy a tomarte la temperatura. Se dirige a Simon. Révol se queda petrificado. Marianne y Sean abren unos ojos como platos, estupefactos. La joven les vuelve la espalda, murmura, ahí, muy bien, acto seguido comprueba la tensión en la pantalla y declara le echaremos una mirada a tu sonda urinaria, a ver si has hecho pipí, habla con una dulzura casi insoportable. Révol sorprende la mirada atónita que intercambian Marianne y Sean Limbres, duda si interrumpir a la enfermera, ordenarle que salga, finalmente opta por el movimiento: será mejor que hablemos en mi despacho, acompáñenme, háganme el favor. Sobresalto de Marianne que se resiste, no quiere abandonar la habitación, me quedo con Simon –le caen mechones de cabello sobre la cara, acompañan los vaivenes de su cabeza, que se estremece en el vacío–, y Sean comienza a golpear el suelo con los pies al tiempo que ella, mientras Révol insiste, vengan, ahora tienen que atender a su hijo, podrán verlo luego.

De nuevo el dédalo, los pasillos que se suceden, de nuevo las siluetas trajinando, la ecografía, la espera, los goteros revisados, los tratamientos administrados, las tensiones tomadas, los cuidados prodigados –aseos, escaras–, las habitaciones ventiladas, las sábanas cambiadas, los suelos fregados, y de nuevo Révol y sus zancadas desgarradas, de nuevo los faldones de su bata blanca planeando en su espalda, el minúsculo despacho, y las sillas gélidas, de nuevo el sillón giratorio y el sulfuro removido en el hueco de la mano en el instante preciso en que Thomas Rémige llama a la puerta y sin esperar entra en la habitación, se presenta a los padres de Simon Limbres, expone su profesión –soy enfermero, trabajo en el servicio–, y se coloca junto a Révol, empujando un taburete hasta el escritorio. Ahora están los cuatro sentados en ese cubículo, y Révol advierte que debe apresurarse porque el ambiente se ha hecho asfixiante. Así que mira uno tras otro a ese hombre y a esa mujer, los padres de Simon Limbres –de nuevo, la mirada como empeño de palabra–, mientras afirma: el cerebro de Simon no manifiesta ninguna actividad, el electroencefalograma de treinta minutos que acaba de realizarse presenta un trazado plano, Simon está en una situación de coma irreversible.

Pierre Révol se rehace, yergue la espalda y saca el cuello, una contracción de los músculos como si pasara a la marcha superior, como si se exhortase a sí mismo en

ese instante, bueno, basta ya de sutilezas, acabemos con esto, y sin duda esa decisión le permite ignorar los temblores de Marianne y la exclamación de Sean, que reconocen a un tiempo el término «irreversible» y comprenden que se acerca el desenlace, cuyo anuncio inminente les resulta insoportable. Sean cierra los párpados, inclina la cabeza, se pellizca con el pulgar y el índice la comisura interior de los ojos, murmura me gustaría tener la seguridad de que se ha hecho todo lo que se ha podido y Révol le asegura con dulzura: el impacto ha sido demasiado violento, el estado de Simon era ya desesperado cuando lo han ingresado esta mañana, hemos enviado el escáner a neurocirujanos expertos que por desgracia han confirmado que una intervención quirúrgica no cambiaría nada, tienen ustedes mi palabra. Ha dicho «estado desesperado», y los padres miran hacia el suelo. El mundo se resquebraja y se desmorona para ellos cuando bruscamente, como para retrasar la fase final, interviene Marianne: sí, pero ha habido gente que se ha despertado del coma, ha pasado alguna vez, incluso años después, se han dado bastantes casos, ¿no? Su rostro se transfigura al pensarlo, un destello de luz, y se le agrandan los ojos, sí, con el coma no hay nada definitivo, lo sabe, las historias de los que se despiertan después de años abundan, corren en los blogs, en los foros, son milagros. Révol detiene la mirada en la suya y replica, con firmeza: no –la sílaba que mata–. Prosigue: las funciones de la vida de relación, dicho de otro modo, la consciencia, la sensibilidad, la movilidad de su hijo, han desaparecido, y también sus funciones vegetativas; su respiración y la circulación de su sangre tan sólo las garantizan ya unas máquinas; Révol despliega más y más datos, como si procediera por acumulación de pruebas, enumera, marca un tiempo tras cada información, acentúa la entonación para señalar que las malas noticias se amontonan, se aglomeran en el cuerpo de Simon, hasta que la palabra se extingue, al final se detiene, mostrando de pronto el vacío que se extiende ante ella, como una disolución del espacio.

–Simon se halla en estado de muerte cerebral. Ha fallecido. Está muerto.

Naturalmente, tras haber soltado semejante cosa, hay que recobrar el aliento, marcar una pausa, estabilizar las oscilaciones del oído interno para no desplomarse en el suelo. Las miradas se despegan. Révol ignora el bip que se dispara en su cinturón, abre la mano, escruta el sulfuro anaranjado que se calienta en su mano. Está exangüe. Ha anunciado la muerte de su hijo a ese hombre y esa mujer, no ha carraspeado, no ha bajado la voz, ha pronunciado las palabras, la palabra «fallecido», y, lo que es más, la palabra «muerto», esas palabras que petrifican un estado del cuerpo. Pero el cuerpo de Simon Limbres no estaba petrificado, ése era el problema, y contravenía por su aspecto la idea que uno se hacía de un cadáver porque, en fin, estaba caliente, tenía la tez sonrosada, y se movía en vez de estar frío, azul e inmóvil.

Révol observa de soslayo a Marianne y a Sean –ella se quema los ojos sin despegarlos del fluorescente fijado en el techo, cuando él apoya los antebrazos en los muslos e inclina el rostro hacia el suelo, la cabeza hundida entre los hombros–: ¿qué

han podido ver en la habitación de su hijo? ¿Qué han podido imaginar con sus ojos ignorantes cuando no podían establecer relación alguna entre el interior destruido de Simon y su exterior apacible? El cuerpo de su hijo no ofrecía ninguna visibilidad, no presentaba ninguna señal física que permitiera emitir el diagnóstico como una lectura del cuerpo –nos trae al pensamiento el genial «signo de Babinski», apto para rastrear patologías del cerebro a partir de la simple estimulación de la planta del pie–, yacía para ellos inaprensible, mudo, impenetrable. Suena el móvil de Rémige, disculpen, pega un brinco y desconecta de inmediato el aparato, vuelve a sentarse, Marianne se estremece, en tanto que Sean no alza la cabeza, inmóvil, la espalda dilatada, abombada, negra.

Révol los mantiene en su campo visual, los recorre, la mirada como un objetivo que pasea sobre su presencia, los dos son un poco más jóvenes que él, niños de finales de los sesenta, viven en un rincón del globo donde la esperanza de vida, alta, no deja de alargarse, donde la muerte se sustrae a las miradas, borrada de los espacios cotidianos, evacuada al hospital, donde se cuidan de ella unos profesionales. ¿Han visto alguna vez un cadáver? ¿Velado a una abuela, recogido a un ahogado, acompañado a un amigo en las últimas? ¿Han visto algún muerto aparte de los que aparecen en las series americanas *El cuerpo del delito*, *CSI*, *A dos metros bajo tierra*? A Révol de cuando en cuando le gusta pendonear por esas morgues televisivas donde deambulan médicos de urgencias, médicos forenses, enterradores, tanatopractores, y sabuesos de la policía científica, entre ellos un buen número de chicas sexys y con tacones altos –las más de las veces una criatura gótica exhibiendo cada dos por tres un piercing lingual o una rubia con clase pero bipolar, siempre sedienta de amor–, le gusta oír a todo ese pequeño mundo pegar la hebra en torno a un fiambre tumbado cuan largo es a través de la imagen azulada, intercambiar confidencias, ligar entre ellos sin pudor, incluso trabajar formulando hipótesis con un pelo enarbolado en la punta de una pinza, un botón escrutado con lupa, una muestra de mucosa bucal analizada bajo la lente de un microscopio, porque siempre las horas tienen que pasar y la noche tiene que transcurrir, porque siempre urge dilucidar las huellas grabadas en la epidermis, intentar descifrar la carne que permitiría saber si la víctima frecuentaba los clubs nocturnos, chupaba cachundes, abusaba de la carne roja, bebía whisky, tenía miedo de la oscuridad, se teñía el pelo, manipulaba productos químicos, multiplicaba las relaciones sexuales con distintas parejas; sí, a Révol le gusta a veces visionar esos episodios, cuando sin embargo, según él, esas series no dicen nada de la muerte, por más que el cadáver acapare el objetivo, asfixie la pantalla, observado, fraccionado, repasado, es un simulacro, y todo transcurre como si, mientras no revelara todos sus secretos, mientras siguiera siendo una potencialidad –narrativa, dramática–, mantuviera la muerte a distancia.

Sean y Marianne siguen sin hacer un movimiento. Postración, valor, dignidad, Révol no lo sabe, lo mismo habría cabido esperar que explotasen, saltasen al otro lado de la mesa, mandasen a hacer gárgaras sus papeluchos, arremetieran con sus

bazofias decorativas, incluso lo golpeasen e insultasen –cabrón, saco de mierda–, había motivos sobrados para volverse loco, darse cabezazos contra las paredes, gritar de rabia, y sin embargo daba la impresión de que aquellos dos se desligaban lentamente del resto de la humanidad, emigraban hasta los confines de la corteza terrestre, abandonaban un tiempo y un territorio para emprender una deriva sideral.

¿Cómo podían ni imaginar la muerte de su hijo cuando lo que era un puro absoluto –la muerte, el absoluto más puro precisamente– se ha transformado, se ha recompuesto en distintos estados del cuerpo? Cuando ya no era ese ritmo que late en el pecho lo que atestiguaba la vida –un soldado se quita el casco y se inclina para pegar el oído al tórax de su compañero tumbado en el barro en el fondo de la trinchera–, no era ya el aliento exhalado por la boca lo que designaba lo vivo –un socorrista chorreando agua efectúa un boca a boca a una muchacha de piel verdosa–, sino un cerebro electrificado, activado con ondas cerebrales, ondas beta preferentemente. ¿Cómo podían siquiera plantearse la muerte de Simon, cuando su piel sigue siendo sonrosada, y flexible, cuando baña su nuca el fresco berro azul y yace con los pies entre gladiolos? Révol rememora las representaciones de cadáveres que conoce, y son siempre imágenes de Cristo, cristos crucificados de cuerpos lívidos, las frentes arañadas por la corona de espinas, clavados de pies y manos en maderas negras y relucientes, o cristos echados con la cabeza hacia atrás y los párpados entornados, lívidos, descarnados, las caderas ceñidas con un escueto sudario estilo Mantegna, es *El cuerpo de Cristo muerto en la tumba* de Holbein el Joven –un cuadro tan realista que Dostoievski puso en guardia a los creyentes: mirándolo se exponían a perder la fe–, son esos reyes, esos prelados, esos dictadores incensados, esos cowboys de cine desplomados en la arena y filmados en primer plano, recuerda entonces esa foto del Che, crístico precisamente, y también él con los ojos abiertos, exhibido en una puesta en escena mórbida por la junta boliviana, pero Révol no ve ningún rasgo análogo en Simon, en ese cuerpo intacto, ese cuerpo que no sangra, plácidamente atlético, cual joven dios en reposo, que parece dormir, que parece vivir.

¿Cuánto tiempo han permanecido sentados tras recibir el anuncio, derrumbados en el borde de sus sillas, atrapados en una experiencia mental de la que su cuerpo no tenía la más mínima idea hasta entonces? ¿Cuánto tiempo necesitarán para situarse bajo el régimen de la muerte? Por el momento, lo que sienten no es transmisible, pues los fulmina con un lenguaje que no puede compartirse, anterior a las palabras y a la gramática, que acaso sea el otro nombre del dolor; no pueden sustraerse a él, no pueden sustituirlo por una descripción, no pueden reconstruir ninguna imagen suya, se han quedado a la vez cercenados de sí mismos y del mundo que los rodea.

Thomas Rémige ha permanecido en silencio sentado en el taburete de hierro junto a Révol, con las piernas cruzadas, y quizá pensaba las mismas cosas que él, se plasmaban en su mente las mismas visiones. Ha guardado la caja de cerillas, y

aguarda con ellos, el tiempo transcurre, amasijo de pensamientos y gritos mudos, hasta que Révol se levanta, inmenso y lívido, su largo semblante cuajado de amargura señala que tiene que abandonar la habitación, me están esperando, y Thomas Rémige se queda a solas con los Limbres, que no se levantaban sino que permanecían con los hombros pegados, llorando en silencio. Rémige ha esperado un rato y luego les ha preguntado con voz muy atenta si querían volver a la habitación de Simon. Se han levantado sin contestar, el enfermero pisándoles los talones, pero una vez en el pasillo Sean ha sacudido la cabeza, no quiero ir, ahora mismo no puedo, respiraba hondo, hinchando los pulmones e irguiendo el pecho, una mano en la boca, Marianne se ha deslizado bajo su hombro –para sostenerlo, para protegerse con él– y los tres se han detenido. Thomas se ha acercado a ellos y les ha precisado: estoy aquí para acompañarlos, para estar con ustedes; si tienen preguntas, pueden hacérmelas. Sean se ha quedado sin respiración, y –¿de dónde ha sacado fuerzas para articular?– ha soltado de un tirón: ¿qué pasará ahora? El enfermero ha tragado saliva mientras Sean seguía lanzado, la voz descompuesta por la rebeldía y la pena: ¿por qué lo mantienen en reanimación si ya no hay esperanza? ¿Qué esperan? No lo entiendo. Marianne, el cabello caído sobre la cara, la mirada fija, atónita, no ha parecido oír mientras Thomas buscaba una salida, poder formular una respuesta: la pregunta de Sean venía a romper la temporalidad del protocolo, pensada para contrarrestar la precipitación del drama y la brutalidad del anuncio, favorecer un despliegue del tiempo, que puedan tomarse tiempo. Es un grito al que debe enfrentarse. Decide hablar con ellos ya.

Cordélia Owl coloca la almohada en torno a la cabeza de Simon, alisa la sábana a la altura de su pecho, corre las cortinas, cierra tras ella la puerta de la habitación y se dirige a la recepción del servicio trazando arabescos en el pasillo –maldita sea esa blusa estrecha, ceñida, le hubiera gustado que fuera más ancha de cintura en este instante, oír el crujir de los pliegues, sentir su roce en sus rodillas protuberantes que sabía que eran flexibles y hábiles–. En el camino, sumerge la mano en el bolsillo, coge el móvil: ningún mensaje. Niet. Nada de nada. Las catorce cuarenta. Estará durmiendo, seguro. Tumbado de espaldas en algún sitio, desnudo de cintura para arriba. Sonríe. No llamar.

Una vez puestos y vueltos a abrochar los pantalones, reajustadas las hebillas de los cinturones, se habían quedado frente a frente en la acera, well, well, me tengo que ir, uf qué tarde, eh, es pronto, ¿no?, sí, bye, bye, besito en la mejilla, sonrisa amable, y se habían separado según el adagio apropiado –balancé suave, dégage hacia atrás, tour piqué–, se habían alejado el uno al lado del otro, antes de fundirse abrazados en la oscuridad. Al principio Cordélia había caminado lentamente, taconeando con fuerza como una estrella de los años cincuenta embutida en un vestido lápiz, el cuello del abrigo apretado con la mano pegada a la garganta, no se había vuelto, sobre todo no hacerlo, pero una vez pasada la esquina de la calle había rotado sobre sí misma, cabeza inclinada hacia el cielo y viento en la boca, brazos abiertos en horizontal como un derviche danzante, y luego había apretado a correr entre los bloques, atreviéndose de vez en cuando a saltar un arroyo como si tuviera que cruzar un río, y sus brazos ondeaban como cintas, el frío de la noche le azotaba la cara, el aire gélido se le filtraba por los faldones del abrigo, ahora desabrochado, y era agradable, se sentía guapa, ágil, como si midiera unos veinte centímetros más desde que se habían dado contra los contenedores de basura, desde que sus bragas se habían deslizado hasta el suelo y él había cogido su sexo en la mano ahuecando la palma lo justo para poder incorporarla a lo largo de la pared, desde que ella se había puesto de puntillas con un pie, había doblado la rodilla de la otra pierna a la altura de su pecho, atrayéndolo, su sexo dentro de ella, las lenguas acaparando las bocas, como el fuego el horno, los dientes acabando por morder, se reía mientras corría, chaud-froid^[3] de muchacha descocada sobreactuando a ojos del mundo cual heroína solitaria, amazona urbanita que asume su deseo y controla sus actos, subía por los bulevares ventosos, las calles petrificadas a las cinco de la mañana, corría, indiferente al coche que aminoraba la velocidad a su altura, a los cristales que se bajaban para espetarle un insulto sexual, ¿subes, zorra?, devoraba el espacio, una combustión, tanto es así que estuvo a punto de cruzar la rue d'Étretat cuando la *van* de Chris salía a su izquierda por el Carrefour des Quatre-Chemins, se paró bruscamente al borde de la acera, el fresco de la carrocería se desplegó ante sus ojos –le pareció que las surfistas californianas en bikini triángulo la miraban cómplices y le sonreían como a una

posible hermana—, y unas zancadas después estaba en su casa, sepultada bajo el edredón de plumas, los ojos cerrados sin poder conciliar el sueño, no había preguntado nada al tipo que la atormentaba desde hacía lustros, no había hecho ninguna pregunta —brave girl.

Entra en el despacho acristalado como un acuario, una silla, se desploma en ella. Bajón. Unos peces payaso surcan la pantalla del ordenador. Consulta de nuevo el móvil. Nada. Of course, nada. Una consigna tácita que no infringiría. Ni por todo el oro del mundo. La idea de que, incluso pronunciada con voz rápida y con tono reposado, la menor palabra no podría ser sino viscosa, falsa, pesada, y la menor frase revelaría su doble fondo angustiado, sentimental cretino. No muevas una oreja, tómate el café, unos frutos secos, una ampolla de jalea real, déjate de gilipollices, corta ese teléfono. Joder estoy para el arrastre.

Entra Pierre Révol mientras ella se mira las marcas violáceas en el cuello, contorsionada ante la ventana de la aplicación Photo Booth, y viendo aparecer su rostro en la imagen, inclinado por encima de su hombro, como esos lectores indiscretos que se aprovechan del periódico de su vecino en el metro, la joven lanza un grito. ¿Hace poco que trabaja en el servicio, me ha dicho? Révol permanece inmóvil tras ella, que se da media vuelta, un velo negro ante los ojos, tengo que comer algo, se alisa los mechones de pelo detrás de las orejas para despejar su cara inestable, sí, empecé hace dos días, y con mano firme se recompone el cuello de la bata. Tengo que comentarle una cosa importante, una cosa con la que tendrá que vérselas aquí. Cordélia asiente, de acuerdo, ¿ahora? Seré breve, es sobre lo que acaba de pasar en la habitación, pero en ese mismo instante, bzzz, bzzz, el móvil de Cordélia vibra en el fondo de su bolsillo y la joven se tensa como bajo el efecto de una descarga eléctrica, ¡oh no, no, no puede ser, joder!, Révol se ha reclinado contra el borde de un mueble y empieza a hablar, la cabeza inclinada hacia el suelo, los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas lo mismo sobre los talones, el chico al que ha visto usted se halla en estado de muerte encefálica, bzzz, bzzz, Révol se expresa con claridad pero sus palabras le suenan a Cordélia como un ejercicio de fonética en una lengua extranjera, por más que canaliza toda la atención de que es capaz hacia ese rostro y a mantener su cerebro en el eje de esa voz, le parece estar nadando a contracorriente, contra esa onda cálida que aflora a lo largo de su cadera, a intervalos regulares, bzzz, bzzz, fluyendo por el pliegue de su muslo, Cordélia lucha, le gustaría retornar hacia ese hombre que parece alejarse de ella como arrastrado por unos rápidos, y se torna inaudible conforme Révol le explica la situación: verá, ese joven está muerto; pero, claro, a unos padres les cuesta hacerse a la realidad de la muerte, el aspecto del cuerpo rebate esa afirmación, ¿me entiende? Cordélia se esfuerza en escuchar, articula un sí como quien revienta una burbuja, ya veo, pero no ve nada, la locuela, incluso su cerebro corre en desbandada, bzzz, bzzz, las sacudidas infinitesimales del teléfono acarrearán ahora su parcela de imágenes sexuales,

fotogramas provenientes de la película de la noche anterior –ahí están esa boca tan dulce abierta en su nuca, y ese hálito caliente cuando son su mejilla, su vientre, sus pechos los que ahora arañan la pared, enrojecidos a fuerza de raspar el mortero granuloso y las piedrecillas salientes mientras él se mueve detrás de ella, y ella le ha aferrado las nalgas para atraerlo más cerca todavía, más adentro y más fuerte–, bzzz, última palpitación, se acabó, ya no pestañea, traga saliva antes de contestar con voz firme sí, lo entiendo perfectamente, a tal punto que Révol le lanza una mirada benevolente: veré, durante los cuidados no puede usted hablar como lo ha hecho con un paciente en estado de muerte encefálica, estaban sus padres en la habitación y para ellos se trata de una señal contradictoria en una situación extrema, esas palabras pronunciadas dentro de una óptica de cuidados enturbian el mensaje que les estamos dirigiendo, bastante violenta es ya la situación, ¿estamos de acuerdo? Sí, voz de Cordélia, que no puede con su alma, que lo único que espera es que Révol se pise, vamos piérdete, piérdete de una vez, vale te he entendido, y que de repente, contra todo lo previsible, se subleva, alza la cabeza: usted no me ha puesto al tanto del estado de ese paciente, únicamente ha hablado con los padres, ya no se trabaja así. Révol la mira, sorprendido: ah, ¿y cómo se trabaja? Cordélia da un paso hacia delante y formula su respuesta: trabajan en equipo. Un silencio que se estira, se miran y el médico se yergue: está usted paliducha, ¿le han enseñado la cocina? Encontraré galletas, ándese con ojo, doce horas en reanimación son una carrera de fondo jovencita, hay que mantener la distancia. Sí, sí, de acuerdo. Révol acepta por fin retirarse, Cordélia hunde la mano en el bolsillo. Cierra los ojos, piensa en su abuela de Bristol, con quien habla todos los domingos por la noche, no, ella a esta hora imposible se dice para convencerse, se arriesgaría gustosa a formular un ritual conjuratorio antes de reabrir los párpados y leer los números aparecidos en la pantalla táctil, apostaría gustosa como en la ruleta a un número de habitación que se enciende en el cuadro, intenta un lanzamiento de bola de papel a una papelera, o sencillamente jugarlo a cara o cruz con una moneda –no hagas gansadas, ¿se puede saber qué te ha dado?

Cordélia Owl se ha colocado en medio de la habitación, ha levantado la cabeza y ha echado los hombros hacia atrás, ha abierto lentamente los dedos, descubriendo falange tras falange el número que la había llamado. Desconocido. Sonríe, aliviada. Al final no está tan segura de querer que aparezca, tan ansiosa de querer verlo. De repente es cruel, cuando piensa en él, se muestra lúcida y burlona. Tiene veinticinco años. Se anticipa asqueada a ese cansancio de la tensión amorosa, esa montaña de fatiga –exaltación, ansiedad, chaladura, impulsividad crasa–, se pregunta de nuevo por qué dicha intensidad sigue siendo la parte más deseable de su vida, pero entonces hace una pirueta, soslaya ese interrogante, como quien aparta in extremis la punta del pie del estanque cenagoso donde iba a plantarse, a hundirse, sin conocer descanso alguno, lo que debe hacer es prolongar la noche anterior, mantenerla como una fiesta.

Conservar la gracilidad y la ironía de las muchachas. Al llegar a la pequeña cocina, cogió de la alacena un paquete de galletas de frambuesa, desprendió el papel que crujía como seda bajo sus dedillos voraces, in extenso y lentamente se lo zampó.

Révol vuelve pasillo arriba, ignora a los que se dirigen a él, le tienden fichas y trotan a su paso, tres minutos, quiero tres minutos coño, farfulla entre dientes, dedos pulgar, índice y corazón estirados mientras que la voz acentúa «tres» autoritariamente, y los del servicio conocen ese gesto, saben que una vez solo en su despacho el anestesista gravitará sobre esa butaca que se bambolea y rueda, consultará el reloj, iniciará una cuenta atrás –tres minutos, un huevo pasado por agua, la medida ideal–, y, aprovechando ese lapso de tiempo como si fuera un cedazo, apoyará la mejilla contra el codo replegado de plano sobre el escritorio, exactamente como los párvulos se echan la siesta en las aulas, después de la cantina –y se sumergirá en esa anfractuosidad de sueño para yugular lo que acaba de suceder, tal vez dormir–. Exhausto, apoya la cabeza sobre los brazos cruzados, y se duerme. Se entiende que aproveche esos tres minutos: al cabo de tantos años –veintisiete– durmiendo a los demás, era obligado perfeccionar una técnica de microsiesta de alta eficacia, pese a tener una duración a ojos vistas inferior a la preconizada habitualmente para recargar el cuerpo humano. Como es sabido, hace tiempo que Révol perdió el otro sueño, el nocturno, el horizontal, el profundo. En el piso que ocupa, en la rue de Paris, no existe más habitación propiamente hablando que una gran estancia donde una cama de dos plazas hace las veces de mesa baja; en ella dispone su colección de vinilos –integral de Bob Dylan y de Neil Young–, papeluchos, y largos recipientes que albergan sus experiencias botánicas en torno a las plantas psicotrópicas –en un plano profesional, es lo que les dice a aquellos, pocos, que se dejan caer por allí, sorprendidos de ver crecer plantas de cannabis bien a la vista, pero también adormidera, lavanda, amapola y *Salvia divinorum*, «salvia de los adivinos», una hierba alucinógena cuyas virtudes curativas describe en artículos publicados en revistas de farmacología.

La noche anterior, solo en su piso de la rue de Paris, vio por primera vez la película de Paul Newman *El efecto de los rayos gamma sobre las margaritas*; el título predecía precisamente una fantasía botánica cuando era un cine de muy distinto calibre, que trazaba un camino entre alucinación y ciencia, cosa que cautivó de inmediato a Révol. Emocionado, conquistado, concibió la idea, por qué no, de reproducir en su salón la experiencia de Matilda, la joven protagonista de la película, que proyectaba distintas dosis de radio sobre unas margaritas con el fin de observar su crecimiento, su forma, que se modificaba al correr de los días bajo la influencia de los rayos. Algunas se tornaban enormes, otras raquílicas y arrugadas, otras sencillamente bonitas, y la muchacha solitaria iba percibiendo paulatinamente algo en la infinita variedad de la vida, y a la par ocupaba su propio lugar en el mundo; afirmaba en la fiesta de la escuela, en el escenario del teatro, que algún día podría operarse una maravillosa mutación en la especie humana que la transformaría y la mejoraría. Después de eso, pensativo, se hizo unos huevos al plato, cuya yema

brillaba precisamente como el corazón de las margaritas, se abrió una cerveza que cogió en la puerta de la nevera, lo engulló todo lentamente y se envolvió en un edredón de plumón de oca, con los ojos abiertos.

Révol duerme. Tiene un cuaderno al alcance de la mano donde describirá, cuando se despierte, las imágenes entrevistas, los hechos, su encadenamiento, los rostros, y puede que en él se inscriba el de Simon –los mechones negros tiesos en la sangre coagulada, la piel mate, tumefacta, las cúpulas blancas de los párpados, la frente y la sien derecha invadidas por una aureola de color remolacha, la mácula mortal– o bien el de Joanne Woodward, alias Beatrice Hunsdorfer, la madre borderline de Matilda, surgiendo en la sala de teatro al acabar la fiesta, con un vestido de noche, lentejuelas y plumas negras, tambaleante, borracha, los ojos vidriosos, y declarando con voz pastosa y la mano posada en el pecho: *my heart is full, my heart is full*.

Se han cogido de la mano para seguir a Thomas Rémige y en realidad, si lo han acompañado, si han obedecido a esa otra deambulación por el laberinto de pasillos y de compuertas, si han consentido cruzar todas las esclusas, abrir y aguantar con el hombro todas las puertas, pese al meteorito negro que acaba de embestirlos de frente, pese a su manifiesto agotamiento, ha sido sin duda porque Thomas Rémige les ha dirigido una mirada cabal –esa mirada que los mantenía en el lado de los vivos, esa mirada que ya no tenía precio–. Y así, en el camino, han entrelazado ambos los dedos, han movido las pulpas mordisqueadas, las uñas comidas ribeteadas de pieles muertas, han rozado las palmas secas, los anillos y las piedras, y lo han hecho sin darse cuenta.

Es un rincón más del hospital, un refugio amueblado como el salón de un piso piloto: la estancia es clara, el mobiliario flamante aunque ordinario –un canapé verde manzana de tejido sintético y tacto aterciopelado y dos sillas bermellón de asientos confortables–, las paredes desnudas salvo el cartel abigarrado de una exposición de Kandinsky –Beaubourg, 1985– y, puestos sobre el tablero de la mesa baja, una planta de interior de largas hojas delgadas, cuatro vasos limpios, una botella de agua mineral y una copita llena de un popurrí con fragancias de naranja y de canela.

La ventana está abierta por la falleba, las cortinas se mueven suavemente, se oye el ruido de los coches, contados, que van y vienen por el aparcamiento del hospital y, cual arañazos sonoros sobre la totalidad, la estridencia de las gaviotas. Hace frío.

Sean y Marianne se han acomodado el uno al lado del otro en el canapé, intrigados aunque conmocionados, y Thomas Rémige se ha sentado en una de las sillas bermellón, con la historia clínica de Simon Limbres entre las manos. Sin embargo, por más que esos tres seres compartan el mismo espacio, participen del mismo tiempo, nada tan alejado en este planeta como esas dos personas sumidas en el dolor y ese joven que se ha colocado ante ellos con el objetivo –sí, con el objetivo– de obtener su consentimiento para la extracción de los órganos de su hijo. Allí están

un hombre y una mujer atrapados en una onda de choque, a un tiempo proyectados fuera del suelo y arrollados en una temporalidad dislocada –una continuidad quebrada por la muerte de Simon pero una continuidad que, cual pato sin cabeza corriendo por el corral de una granja, continuaba, una locura–, una temporalidad cuyo dolor tejía la materia, un hombre y una mujer que concentraban sobre sus cabezas la tragedia plena del mundo, y ahí está ese joven con bata blanca, involucrado y cauto, preparado para sostener esa entrevista sin quemar etapas, pero que ha abierto una cuenta atrás en un rincón de su cerebro, consciente de que un cuerpo en estado de muerte encefálica se degrada, y de que hay que actuar con rapidez: atrapado en esa torsión.

Thomas sirve agua en los vasos, se levanta para cerrar la ventana, atraviesa la habitación, y al hacerlo observa a la pareja, no despega los ojos de ese hombre y esa mujer, los padres de Simon Limbres, y a buen seguro en ese instante se acalora mentalmente, consciente de que se dispone a maltraerlos, a insertar en su pena un interrogante que todavía ignoran, a pedirles que mediten y formulen respuestas, cuando son unos zombis golpeados por el dolor, satelizados, y sin duda se prepara a hablar como se prepara a cantar, relaja los músculos, disciplina la respiración, sabedor de que la puntuación es la anatomía del lenguaje, la estructura del sentido, tanto es así que visualiza la frase de arranque, su línea sonora, y vislumbra la primera frase que pronunciará, la que va a hender el silencio, precisa, rápida como un corte, un tajo más que una resquebrajadura en la cáscara del huevo, más que la grieta que trepa por la pared cuando la tierra tiembla. Arranca lentamente, recordando con método el contexto de la situación: creo que habrán entendido que el cerebro de Simon está en trance de destrucción; no obstante sus órganos siguen funcionando: es una situación excepcional. Sean y Marianne parpadean, a modo de asentimiento. Thomas, alentado, prosigue: soy consciente del dolor que sienten ustedes, pero he de plantearles un tema delicado –su rostro se orla de una luz diáfana y su voz sube imperceptiblemente un grado, totalmente límpida cuando declara:

–Nos hallamos en un contexto en el que cabría la posibilidad de que Simon donase sus órganos.

Pam. De golpe, Thomas ha colocado la voz en la frecuencia adecuada y la habitación parece resonar como un micrófono gigante, una ejecución de alta precisión –ruedas del Rafale en la cubierta de vuelo del portaaviones, pincel del calígrafo japonés, dejada del tenista–. Sean alza la cabeza, Marianne se sobresalta, ambos miran con zozobra a Thomas, comienzan a entrever aterrados lo que pintan allí, frente a ese guapo joven con perfil de medalla, ese guapo joven que prosigue con calma. Me gustaría que me dijeran si su hijo tuvo ocasión de manifestarse al respecto, si lo habló en alguna ocasión con ustedes.

Las paredes se tambalean, rueda el suelo, Marianne y Sean se han quedado anonadados. Boquiabiertos, miradas que flotan a ras de la mesa baja, manos que se

retuercen, y ese silencio que discurre, espeso, negro, vertiginoso, mezcla de espanto y confusión. Se ha abierto un vacío ante ellos, un vacío que no pueden imaginar de otro modo que como «algo» ya que «nada» resulta impensable. Se debaten ante ese agujero de aire, los dos, aunque no los agitan ni los mismos interrogantes ni las mismas emociones –Sean fue volviéndose con el correr de los años solitario y callado, combinando el descreimiento más límpido con una espiritualidad lírica, surgida de los mitos oceánicos, mientras que Marianne fue una comulgante con vestido de flores y calcetines cortos, la frente ceñida con una corona de flores y la hostia pegada al fondo del paladar, rezó durante mucho tiempo por las noches en la cama superpuesta que compartía con su hermana, arrodillada en la litera, declamando sus preces en alta voz enfundada en aquel pijama que le rascaba, y aún hoy entra en las iglesias, explora el silencio como textura de un misterio, busca la lucecilla roja tras el altar, inhala el olor denso a cera e incienso, observa los rayos abigarrados que filtra el rosetón, las estatuas de madera de ojos pintados, pero recuerda la intensa sensación que la recorrió en el instante en que desprendió de su cuello el roncal de la fe–; hacen gravitar visiones de la muerte, imágenes del más allá, espacios post mórtem inmersos en la eternidad: es un abismo sepultado en un pliegue del cosmos, es un lago negro y arrugado, es el reino de los creyentes, un jardín donde alientan por obra de Dios los seres de carnes resucitadas, es un valle perdido en la jungla donde aletean las almas solitarias, es un desierto de ceniza, un sueño, una derivación, un dantesco agujero en el fondo del mar, es también una costa inconcebible a la que se arriba en una piragua de madera delicadamente labrada. Se han inclinado hacia delante, los brazos cruzados sobre el vientre para encajar el impacto, y sus pensamientos han convergido en un embudo de interrogantes que no pueden formular.

Thomas prosigue –toma otro derrotero–: ¿está inscrito su hijo en el registro nacional de rechazo a las donaciones de órganos? ¿O saben ustedes si ha mostrado alguna oposición a esa idea, si está en contra? Frase complicada, el rostro de ambos se deforma. Marianne sacude la cabeza, no lo sé, no lo creo, balbucea, en cambio Sean despierta de repente, su cabeza mate y cuadrada se vuelve hacia Thomas, y replica, hendiendo el espacio con voz sorda: diecinueve años –su torso se inclina y se ensambla con estas palabras mal articuladas, emitidas sin acabar de despegar los labios–: ¿hay chicos de diecinueve años que adopten disposiciones al respecto, existe eso? –«adopten disposiciones»: fuerza la voz, metralleta de los dientes, un fuego helado–. Puede suceder, Thomas contesta con dulzura, ha habido casos. Sean bebe un sorbo de agua, deposita el vaso con gesto cansino: puede ser, pero Simon no. Entonces, escurriéndose en lo que identifica como una brecha en el diálogo, Thomas pregunta alzando un punto la voz, ¿por qué Simon no? Sean lo mira de arriba abajo, masculla: por lo mucho que ama la vida. Y Thomas asiente, entiendo, pero insiste:

que ame la vida no quiere decir que no se haya planteado la muerte, podría haberlo hecho con gente próxima. Filamentos de silencio que convergen ensamblados hasta que Marianne reacciona, brumosa y acelerada: gente próxima, sí, su hermana, sí, quiere mucho a su hermanita, Lou, tiene siete años, son como perro y gato pero no pueden estar el uno sin el otro, y sus amigos, sí, pero su gente próxima, no sé su gente próxima quiénes son, bueno sí su abuela, su primo que vive en Estados Unidos, y también Juliette, su primer amor, sí, pero su gente próxima somos nosotros.

Hablan de su hijo en presente, no es buena señal. Thomas prosigue: les formulo estas preguntas porque si la persona fallecida, en este caso su hijo Simon, no ha dado a conocer su rechazo en vida, si no ha manifestado su oposición, debemos preguntarnos lo que habría deseado; «la persona fallecida, en este caso su hijo Simon», Thomas ha alzado la voz y pronuncia claramente cada palabra, clava un clavo en la cruz. ¿Consentimiento de qué? Ha hablado Marianne, alzando la cabeza, pero lo sabe, quiere que la crucifiquen. Thomas declara: consentimiento de la donación de sus órganos, con el fin de permitir trasplantes; hay que resignarse a la brutalidad de esas frases desplegadas como eslóganes escritos en banderolas, hay que resignarse a su carga masiva, su materia contundente, las conversaciones donde se eterniza la ambigüedad son trampas de sufrimiento. Thomas lo sabe.

Ha subido de pronto la tensión en ese punto de la corteza terrestre, da la impresión de que las hojas de la planta se estremecen y de que el agua se riza en la superficie de los vasos, también de que la luz se intensifica hasta hacerles parpadear, y de que el aire comienza a vibrar como si se accionara lentamente el motor de una centrifugadora por encima de sus cabezas. Thomas es el único que parece permanecer absolutamente inmóvil, no destila ninguna emoción, mantiene la mirada fija en sus rostros contraídos por el sufrimiento, hace caso omiso a la sísmica de las mandíbulas y al temblor de los hombros, progresa sin esquivar, retoma: el objeto de esta conversación es buscar y formular la expresión de una voluntad, la de Simon; no se trata de meditar sobre lo que harían ustedes, sino de preguntarnos lo que habría decidido su hijo. Thomas contiene la respiración, sopesa la violencia encubierta tras esas últimas palabras, unas palabras que deslindan claramente los cuerpos de ellos del de su hijo, inscriben una distancia, pero que, al propio tiempo, permiten pensar. Tanto es así que Marianne inquiere con voz débil, cansina: ¿cómo saberlo?

Está pidiendo un método, Sean la mira, y Thomas reacciona sin esperar –en ese instante se dice quizá Marianne es, según la expresión que adquirió durante un seminario de formación, la «persona fuente», dicho de otro modo la que puede crear un efecto de estela–: estamos aquí para pensar en Simon, en la persona que era; el paso de la extracción va siempre ligado a un individuo singular, a la lectura que podemos hacer de su existencia; tenemos que meditar juntos; por ejemplo podemos preguntarnos si Simon era creyente; o si era generoso. ¿Generoso?, repite Marianne,

estupefacta. Sí, generoso, confirma Thomas, cómo se relacionaba con los demás, si era curioso, si viajaba, debemos formularnos esas preguntas.

Marianne lanza una mirada a Sean, su rostro está descompuesto, piel terrosa y labios negros, luego mira de soslayo la planta. No establece relación entre las preguntas y la donación de órganos, acaba murmurando: Sean, ¿era generoso Simon? Las comisuras de los ojos se cierran, no saben qué contestar, respiran fuerte, ella rodea con el brazo el cuello de ese hombre de pelo negro y frondoso como el de su hijo, lo atrae hacia sí, sus cabezas se tocan, y él baja la suya mientras se desliza un sí en su garganta hecha un nudo; un sí que, en realidad, poco tiene que ver con la generosidad de su hijo, porque, en el fondo, generoso, Simon no lo era mucho, más bien gato, egoísta y superficial –maldiciendo con la cabeza metida en la nevera joder ¿pero es que no hay Coca-Cola en este tugurio?– que joven dado a los gestos de desprendimiento, a las atenciones; pero un sí que se adueña de Simon por entero, lo yergue para hacerlo irradiar, joven púdico y directo devorado por la intensidad de la juventud.

De pronto suena la voz de Marianne apenas audible y su fraseo se aclara, aunque sincopado: una cosa, somos católicos, Simon está bautizado. Se para en seco. Thomas espera que prosiga pero la pausa se estira, de modo que pregunta –un capote–: ¿él era creyente? ¿Creía en la resurrección de la carne? Marianne mira a Sean, de quien sigue sin ver más que el perfil inclinado, se muerde los labios, no lo sé, no somos muy practicantes. Thomas se ha puesto tenso; el año pasado, unos padres se negaron a que se extrajeran órganos del cuerpo de su hija alegando que creían en la resurrección de la carne y que ello supondría una mutilación que imposibilitaría toda forma de existencia, y cuando Thomas les explicó la postura oficial de la Iglesia, favorable a las donaciones, contestaron: no, no queremos que muera por segunda vez. Marianne posa la cabeza en el hombro de Sean y sigue hablando, el año pasado leyó un libro sobre un chamán polinesio, el hombre-coral, no sé, proyectaba ir a verlo allá, ¿te acuerdas? Era un libro sobre la encarnación, Sean asiente con los ojos cerrados y añade casi inaudible: quemarse, eso era lo que le gustaba a Simon, sí, lo físico era lo que le importaba, él era así, vivía en su cuerpo, así lo veo yo, la naturaleza, vivir inmerso en la naturaleza, no le daba miedo. Marianne hace una pausa y luego pregunta, insegura: ¿eso es ser generoso? No lo sé, quizá –y ahora llora.

Hablan en imperfecto, el padre y la madre, han iniciado el relato. Para Thomas, eso supone un avance tangible, demuestra que la idea de la muerte de su hijo cristaliza lentamente. Deposita de nuevo la historia clínica sobre la mesa, coloca sus manos libres extendidas sobre los muslos, abre la boca para proseguir, pero de súbito, cuando nada permitía suponerlo, todo vuelve a tambalearse, un brusco giro, porque Sean se ha incorporado de un brinco, y ahora recorre la habitación de un lado a otro, agitado, y declara bruscamente: pura basura esa historia de la generosidad, no veo por

qué el hecho de que fuera generoso o de que viajara le autoriza a usted a pensar que quería donar sus órganos, es demasiado fácil, y sepa además que Simon era egoísta, lo que pone punto final a la conversación, ¿no? De pronto se acerca a Thomas para murmurarle al oído: tú sólo dinos si podemos decir que no, vamos suéltalo. Marianne se vuelve hacia él, sorprendida, ¡Sean!, pero no la oye, se ha incorporado, va y viene por la habitación, cada vez más deprisa, acaba apoyando la espalda en la ventana, oscuro y voluminoso a contraluz: vamos suéltalo, dinos la verdad, ¿podemos negarnos o no? Resopla como un buey. Thomas no pestañea, espalda erguida estable y manos húmedas pegadas a los vaqueros. Marianne se ha levantado para acercarse a Sean, tiende los brazos pero él se vuelve, tres pasos a lo largo de la pared, se vuelve en redondo, y asesta un puñetazo en la pared, un puñetazo en el que pone en juego toda su fuerza, el vidrio de la ventana se estremece por encima del cartel de Kandinsky, luego gime ¡joder, es que no me lo creo!, y se vuelve descompuesto hacia Thomas, que se ha levantado, blanco como la cera, totalmente paralizado, y declara con voz terminante: el cuerpo de Simon no es un almacén de órganos del que se pueda echar mano, el asunto se da por terminado si se pregunta a los familiares la voluntad del difunto y la respuesta es negativa.

Marianne toma por fin a Sean de la mano, pero, hombre, cómo se te ocurre murmura acariciándosela, lo lleva hasta el canapé, donde la pareja se sienta, se recompone, vuelve la calma, ambos apuran de un trago un vaso de agua, no porque tengan sed, pero de momento hay que dar largas, seguir moviéndose, buscar el tono adecuado.

En ese instante, Thomas piensa que se ha ido todo al garete. Demasiado duro. Demasiado complejo, demasiado violento. La madre quizá, pero no el padre. Demasiado precipitado, no se les ha dado tiempo. Apenas se han hecho cargo del drama que representa tener que decidir sobre la extracción. Se sienta a su vez. Recoge la historia clínica que reposa sobre la mesa baja. No puede insistir, influir, manipular, hacer de autoridad, no puede convertirse en agente de un chantaje mudo y por ello mayormente duro, de una presión tanto más fuerte sobre los familiares cuanto que los donantes jóvenes y sanos son infrecuentes. Les ahorrará, por ejemplo, que les recuerden la ley, que, en caso de no inscripción en el registro nacional de rechazos, elige adoptar el principio de consentimiento supuesto; les ahorrará preguntarse cómo un consentimiento supuesto podía ser la norma cuando el donante estaba muerto y precisamente por ello no podía hablar, no podía ya consentir, les ahorrará oír que el no haberse pronunciado en vida equivalía a decir que sí, es decir, otra versión de la dudosa máxima de que *quien calla otorga*, sí, callaría por último esos textos que habrían pulverizado tan fácilmente el sentido de ese diálogo, convertido entonces en simple formalidad, convención hipócrita, cuando la ley infería además otra cosa, una noción más compleja que respondía a la reciprocidad, al intercambio: al ser cada individuo un donante supuestamente potencial, ¿era tan ilógico, tan infundado, al fin

y al cabo, que se considerase a cada cual un supuesto donante después de su muerte? Ya tan sólo alude al marco legal para abrir una pista ante aquellos a quienes el asunto de la donación no sugiere nada, o para reconfortar a las familias por su gesto, en el que la ley los apoya in fine como la barandilla sostiene la mano.

Cierra la historia clínica de Simon y vuelve a colocársela sobre las rodillas señalando de ese modo a Sean y a Marianne que pueden suspender el diálogo si así lo desean y abandonar el despacho. Es una negativa, a veces sucede. Hay que saber aceptarla, la posibilidad de negativa es también la condición de la donación. Ahora sólo queda saludarse y estrecharse la mano. La entrevista ha sido un fracaso, y tiene que resignarse. Thomas ha asumido el principio de respetar por entero la opinión de los familiares, y conoce también el carácter indiscutible de lo que convierte el cuerpo del difunto en algo sagrado para sus deudos –un modo de allanar una decisión que, reforzada por la ley y por la penuria de órganos, puede abrirse paso a la fuerza–. Recorre con la mirada las paredes del despacho; los observa un pájaro detrás de la ventana. Un gorrión. Thomas se sobresalta al verlo, se pregunta si Ousmane pasará por su casa para dar de comer a Mahzar, el jilguero, suministrarle agua clara y semillas biológicas, esas semillas multicolores cultivadas en un balcón de Bab el-Oued. Cierra los ojos.

Bien, ¿qué se trasplanta? Sean ataca de nuevo cabeza baja mirada de soslayo, y Thomas, sorprendido por el cambio, frunce el ceño y se instala al punto en ese nuevo tiempo: se trata de extraer el corazón, los riñones, los pulmones, el hígado, si dan su consentimiento, se les informará de todo, y el cuerpo de su hijo será restaurado –ha enumerado los órganos sin flaquear, llevado por ese impulso que le conduce siempre a preferir la precisión escueta a la vaguedad de la evasiva.

¿El corazón?, inquiera Marianne. Sí, el corazón, repite Thomas. El corazón de Simon. Marianne está ofuscada. El corazón de Simon: focos de células sanguíneas confluyen en una bolsita para formar la red vascular inicial el decimoséptimo día, el bombeo se inicia el vigésimo primer día (movimientos contráctiles de debilísima amplitud pero audibles en aparatos altamente sensibles, parametrizados por la embriología cardiaca), la sangre discurre por los conductos en formación, inervando tejidos, venas, tubos y arterias, se forman las cuatro cavidades, todo ello bien alojado en su sitio el quincuagésimo día incluso inacabado. El corazón de Simon: una barriga abombada que se alza suavemente en el fondo de una cuna de viaje; el pájaro de los terrores nocturnos aterrado en un pecho de niño; el tambor staccato embutido en el destino de Anakin Skywalker; el rif bajo la piel cuando se alza la primera ola –toca mis pectorales le dijo una noche, músculos tensos, mueca de mono, tenía catorce años y en los ojos el fulgor nuevo de muchacho que se acomoda en su propio cuerpo, toca mis pectorales mami–; la parada diastólica cuando su mirada capta a Juliette en la parada de bus del boulevard Maritime, vestido camiseta a rayas, Doc Martens e impermeable rojo, el cartón de dibujo apretado bajo el brazo; la apnea en el plástico

de burbuja la noche de Navidad, la tabla de surf desempaquetada con aquella mezcla de meticulosidad y de entusiasmo, como se abre el sobre de un mensaje de amor. El corazón de entonces.

Pero los ojos no, los ojos no se los quitan, ¿no? Marianne ahoga un grito pegando la mano a la boca abierta. Sean se estremece, exclama a la vez, ¿cómo?, ¿los ojos?, no, eso nunca, los ojos no. Su gemido se pierde en la habitación. Thomas ha bajado los suyos, lo entiendo.

Sobreviene otra zona de turbulencia, y se estremece, la frente bañada en sudor, sabe que la carga simbólica varía de un órgano a otro. Por otro lado, Marianne sólo reaccionó cuando salió a relucir la extracción del corazón, como si extraer los riñones, el hígado o los pulmones importase menos, al igual que ha rechazado la extracción de las córneas, que, como la de los tejidos, la piel, es raramente aceptada por los familiares y comprende que debe transigir, apartarse de la norma, aceptar las restricciones, respetar a esa familia. Es la empatía. Porque los ojos de Simon no eran solamente su retina nerviosa, su iris de tafetán, su pupila de un negro puro sobre el cristalino, era su mirada; su piel no era únicamente la malla hilosa de su epidermis, sus cavidades porosas, era su luz y su tacto, los hechizos vivos de su cuerpo.

–El cuerpo de su hijo será restaurado.

Es una promesa y tal vez también el tañido fúnebre de ese diálogo, no se sabe. Restaurado. Thomas consulta el reloj, calcula –el segundo encefalograma de treinta minutos se practicará dentro de dos horas–: ¿desean ustedes pasar un rato a solas? Marianne y Sean se miran, hacen un gesto afirmativo. Thomas se levanta y añade: el que su hijo sea donante permitirá vivir a otras personas, otras personas a la espera de un órgano. Los padres recogen su abrigo, su bolso, sus gestos son lentos aunque están ansiosos por salir de allí. O sea que no habrá muerto por nada, ¿entienden? Sean se sube el cuello de la parka y lo mira fijamente a los ojos, lo sabemos, todo eso lo sabemos, los trasplantes salvan a la gente, la muerte de uno puede dar la vida a otro, pero, para nosotros, es Simon, es nuestro hijo, ¿lo comprende? Lo comprendo. En el instante de cruzar el umbral Marianne se vuelve, mira a Thomas a los ojos: vamos a tomar el aire, luego volvemos.

Al quedarse solo, Thomas se desploma en la silla, hunde los dedos en su pelo, en su cabeza, y exhala un largo resoplido. Seguro que se dice que aquello es duro, y quizá que también a él le gustaría hablar, soltar puñetazos en las paredes, patear las basuras, estrellar vasos. Tal vez sea un sí, más probablemente un no, porque suele pasar –una tercera parte de las entrevistas concluían con una negativa–, pero para Thomas Rémige una negativa límpida era preferible a un consentimiento arrancado en medio de la confusión, obtenido con fórceps, y deplorado a los quince días por personas atormentadas por el arrepentimiento, que perdían el sueño y se hundían en el dolor, hay que pensar en los vivos dice a veces, masticando la punta de una cerilla,

hay que pensar en los que se quedan –detrás de la puerta de su despacho, ha prendido la fotocopia de una página de *Platónov*, obra que nunca ha visto, pero ese fragmento de diálogo entre Voinitzev y Triletzki, que leyó en una revista que corría por la lavandería, le hizo estremecerse como se estremece el chiquillo al descubrir la fortuna, un Dracaufeu en un juego de cartas Pokémon, un ticket de oro en una tableta de chocolate. ¿Qué hacer, Nikolái? Enterrar a los muertos y reparar a los vivos.

Juliette está en su habitación. Desde su ventana, si se coloca ligeramente de perfil y se pone de puntillas, puede ver el tejado del edificio de los Limbres –la primera vez que Simon estuvo allí, en su cubil de chica, se pegó al cristal y de repente se volvió hacia ella, guió largo rato su mirada para que pudiese vislumbrar, entre el mosaico de superficies grises que se extendía a un nivel inferior, una porción de color zinc salpicada de chimeneas donde se posaban las gaviotas: allí. Juliette lanza hacia allí una tierna mirada.

Aquella noche se pelearon. Sin embargo estaban allí, desnudos, tumbados de lado frente a frente y pegados el uno al otro bajo la cálida colcha de pluma, tan cariñosos que seguían acariciándose después de haber hecho el amor, y se hablaban en la oscuridad, extrañamente locuaces, sus palabras siempre más límpidas en esos momentos, hasta que la llegada de un mensaje taladró la calma, y el eco del sónar no la hizo reír aquella vez, lo percibió como una intrusión hostil, se confirmaba la jornada de surf –a las seis delante de tu casa–. Juliette no esperó a que él leyera el mensaje para saber de qué iba la cosa, y comprender que estaba esperando esa llamada desde aquella noche, y algo se crispó entonces en su interior, de pronto saltó de la cama y se vistió con los labios contraídos, bragas, camiseta, ¿qué te pasa? preguntó él, erguido sobre un codo, el ceño fruncido –pero sabía lo que le pasaba, no te hagas el inocente hubiera debido contestarle mientras que se limitó a murmurar nada, nada, no me pasa nada, cuando su rostro se velaba de amargura–, después él se vistió también para reunirse con ella en la cocina, donde todo degeneró.

Hoy, en el silencio del piso vacío, inclinada sobre ese inicio de laberinto en tres dimensiones que construye en una caja de plexiglás, piensa en aquello, cómo pudo asumir de ese modo ese mal papel, el de la mujer que se queda cuando el hombre, en cambio, se va a disfrutar del mundo, esa postura conyugal, esa cosa de adulto, esa cosa de viejos a sus dieciocho años, y cómo pudo desbarrar de ese modo insistiendo, tan pronto cariñosa como violenta, quédate, quédate conmigo, adoptando tonos que no eran los suyos sino los de una actriz frágil y apasionada, un estereotipo, recordándole que estaba sola ese fin de semana y que podían pasar mucho tiempo juntos, pero Simon se obcecó, así es el surf, se decide siempre en el último momento, las sesiones funcionan así, también él haciendo de hombre, y allí se empantanaron descalzos en las baldosas, la mirada dura y la piel amoratada: él intentó abrazarla, un impulso, sus manos tocando su cintura fina bajo la camiseta, los huesos de las caderas un poco en punta, pero ella reaccionó con aquel gesto brutal, lo rechazó, muy bien, adelante, no te retengo, así que él se marchó, vale, me voy, incluso cerró de un portazo tras decirle, con una última mirada, te llamo mañana, le mandó un beso desde el umbral.

Construye su laberinto con regularidad, desde la vuelta a clase de Navidad, porque los alumnos matriculados en el último curso de bachillerato opción Artes Plásticas tenían que presentar un proyecto personal a final de año. Comenzó bosquejando el volumen de plexiglás, un metro cúbico cuyas dos caras no debían colocarse hasta el final –había estudiado largo y tendido las muestras de material antes de elegir–, y ahora construye el interior. Tiene prendidos con chinchetas sobre el escritorio esquemas a distintas escalas, los observa desde la pared, tras lo cual dispone sobre la superficie de trabajo una placa de cartón pluma blanco, prepara los lápices, dos reglas de metal, las gomas limpias, un sacapuntas y una pistola de pegamento caliente, va a lavarse las manos al cuarto de baño y se enfunda los guantes de plástico transparente que le ha facilitado la peluquera de la calle –estaban en el carrito del color bajo los recipientes del tinte, entre los bigudíes, los pinceles multicolores y las esponjitas.

Comienza, corta la placa blanca y recorta con el cúter láminas de formas variadas que numera a continuación siguiendo el patrón que ha marcado al milímetro y que, una vez terminada la maqueta, se supone que dejará aparecer esas resquebrajaduras en forma de rizoma, esa compleja lacería en la que cada camino se cruzará con otro, donde no existirá ni entrada, ni salida, ni centro, sino una infinidad de pistas, de conexiones, de ramificaciones, de puntos de fuga y de perspectivas. Tan absorta está en su labor que acaba percibiendo un leve zumbido, como si el silencio vibrase, y formase un estuche en torno de ella, situada entonces en el centro del mundo –le gusta diseñar, manipular, cortar, pegar, coser, siempre le ha gustado, sus padres recuerdan con frecuencia los pequeños bricolajes que realizaba ya antes de saber leer, esos papelitos que rasgaba y juntaba durante todo el día, esos mosaicos de materiales cosidos con gruesos hilos de lana, esos puzles, esos móviles cada vez más sofisticados que equilibraba con plastilina, evocan entonces a la niña creativa que era, minuciosa, apasionada, una cría extraordinaria.

La primera vez que mostró a Simon la caja transparente, y le presentó su proyecto, él le preguntó perplejo: ¿es un plano del cerebro? Ella lo miró, extrañada, y contestó, segura de sí misma, hablando deprisa: en cierto modo, sí, eso es, está lleno de memoria, de coincidencias, de preguntas, es una especie de azar y de encuentro. No supo decirle hasta qué punto lo experimentaba, hasta qué punto cada sesión de trabajo suscitaba en ella una suerte de desapego que la llevaba lejos, lejísimos, en cualquier caso de sus manos, que se agitaban bajo sus ojos, eclipsando su pensamiento conforme las láminas de cartón se hacinaban en la mesa y ocupaban su lugar en la caja, pegadas sobre la estructura con un gesto repetitivo –la presión del índice sobre el gatillo de la pistola dosificando exactamente la cantidad de esa sustancia blanca y caliente cuyo olor la colocaba suavemente–, derivando lentamente hacia la entrada del laberinto, a una zona mental donde se mezclaban la hiperprecisión del recuerdo y las espirales del deseo, la gran ensoñación, y

regresando siempre a Simon al final de la trayectoria, reencontrando el trazado de su tatuaje, las líneas y los puntos, las finas volutas, caligrafiadas con tinta verde, terminando invariablemente por encontrarlo al albur de una imagen, puesto que estaba enamorada.

La luz se estira en la habitación de Juliette y el laberinto blanco va abriendo paso a ese día de septiembre, ese primer día, estructurándose progresivamente la textura del aire mientras caminaban por fin juntos, como si unas partículas invisibles se fusionasen en torno a ellos bajo el efecto de una súbita aceleración, tras señalarse mutuamente sus cuerpos una vez salvada la verja del instituto con ese lenguaje áfono y arcaico que era ya el del deseo, y luego, dejando que sus compañeras se adelantasen, aminoró el paso para quedarse sola en la acera cuando Simon llegara a situarse a su altura, adivinándolo en su retrovisor mental erguido en su bici, el pie derecho sobre el pedal izquierdo, y deslizándose al suelo para escoltarla, empujando la bicicleta con una mano sobre el manillar, todo para hablar con ella, todo para que se hablasen, ¿vives lejos?, vivo arriba, ¿y tú?, aquí cerca, detrás de la curva; la luz es ahora limpidísima tras el aguacero y la acera está sembrada de hojas amarillas que la lluvia ha despegado de los árboles, Simon se aventura a mirar hacia un lado, la piel de Juliette está ahí muy próxima, finamente granulada bajo el colorete; su piel, su cabello, su boca están vivos como el lóbulo de su oreja taladrado por una baratija, ha dibujado un trazo de lápiz de ojos a ras de las pestañas, un *faon*, ¿has oído hablar de François Villon, conoces la *Balada de los ahorcados?*, él niega con la cabeza, creo que no, ese día ella luce un carmín color frambuesa, Hermanos humanos que vivís después de nosotros, No tengáis los corazones endurecidos contra nosotros, lo pillas o no lo pillas, sí, lo pillo, pero no pillas nada, está cegado, se han formado miles de espejos sobre las gotas de agua que vibran, ambos inclinan la frente hacia el suelo y zigzaguean sobre los charcos, la bicicleta tintinea al unísono con lo demás, cada palabra y cada gesto cargados de audacia y de pudor como el anverso y el reverso de un mismo acontecimiento, es una eclosión, los envuelve una luz de vidriera y suben por la avenida como príncipes, nerviosos pero caminando lo más lentamente posible, *pianissimo, pianissimo, pianissimo, allargando*, inmersos en el asombro de ser el uno para el otro, su delicadeza es inmensa, casi molecular, y lo que fluye entre ellos pulsa un tempo vertiginoso, hasta tal punto de que al pie del funicular se les corta el resuello, la sangre golpea las venas temporales y las manos húmedas, pues ahora todo está a punto de disgregarse, y en el instante en que el timbre señala la salida del tren, ella lo besa en los labios, un beso ultrarrápido, un parpadeo, salta al vagón, donde se vuelve y se pega al cristal, la frente adherida al vidrio mugriento, él la ve sonreír y besarlo, los ojos cerrados, las manos abiertas sobre la superficie de vidrio, las líneas moradas codificando las palmas bien visibles, luego se vuelve mientras él se queda paralizado, el corazón increíblemente dilatado, ¿qué ha sucedido?, el funicular se

aleja y ataca la pendiente, cansino, obcecado, y Simon decide hacer exactamente lo mismo pero en más bonito, se sube en la bici e inicia el ascenso de la cuesta, la gran curva estira la distancia pero pedalea a toda marcha, inclinado en postura de velocidad como un ciclista en la carrera, la mochila de clase formando un bulto en su espalda, entonces se oscurece el cielo, desaparecen las sombras del suelo, de nuevo lluvia, una lluvia marítima, densa, en escasos minutos el asfalto chorrea y la calzada resbala mientras Simon cambia de marcha y se yergue en bailón, giboso, cegado por las perlas líquidas en suspensión a lo largo de su arco ciliar, pero tan feliz que en ese instante podría también inclinar la cabeza hacia el cielo, abrir la boca y beber todo lo que le llega de arriba, los músculos de los muslos y de las pantorrillas tensos por el esfuerzo, tiene los antebrazos doloridos, escupe, resopla pero halla el impulso necesario para describir correctamente la última curva, colocado en un ángulo tan ceñido que gana en velocidad, alcanza el llano costero en rueda libre, sale disparado hacia la estación del funicular mientras los vagones de la máquina frenan chirriando estridentemente, derrapa ante las puertas, empapado, chorreando, se apea de la bicicleta, y se inclina hacia delante, las manos en las rodillas, la cabeza frente al suelo, mechones de pelo pegados en torno a la cara cual joven mariscal del Imperio, aparca la bicicleta contra un banco y recobra el aliento, abre la cazadora, los primeros botones de la camisa, el ritmo del corazón amaina lentamente bajo el tatuaje que aparece, es un corazón de nadador en alta mar, un corazón de deportista cuya frecuencia puede disminuir en reposo por debajo de los cuarenta latidos por minuto, bradicardia de extraterrestre, pero apenas Juliette cruza la puerta giratoria de la salida, todo se aviva de nuevo, una ola, una aceleración, manos en los bolsillos y cabeza hundida entre los hombros, se dirige directo hacia ella, que sonríe, se quita el impermeable y lo alza todo a lo alto, es un tejadillo, un paraguas, un dosel, una placa fotovoltaica capaz de captar todos los colores del arco iris, y una vez quedan cara a cara ella se pone de puntillas para cubrirlo, y ella con él, ambos envueltos en el olor dulzón del plástico, y sus rostros enrojecen bajo la tela encerada, sus pestañas se tornan azul marino, sus labios morados, su boca profunda y su lengua infinitamente curiosa, están bajo la lona como bajo un refugio donde todo resuena, la turbonada que descarga afuera formando un cuadro sonoro donde se injertan alientos y saliveos, están bajo la lona como bajo la superficie del mundo, inmersos en un espacio húmedo y rezumante donde cantan los sapos, donde trepan los caracoles, donde se hincha un mantillo de magnolios, hojas amarronadas, bolas de tilo y pinazas, donde se estancan los chicles y las colillas empapadas de agua, están allí como bajo una vidriera que recrea la luz terrestre, y el beso dura.

Juliette alza la cabeza, sin aliento, ha bajado la luminosidad, enciende la luz y se estremece: ante ella, el laberinto se ha agrandado. Echa una ojeada al reloj, casi las siete. Simon no tardará en dar señales de vida.

Una vez fuera, el cielo refractario los ha deslumbrado, lívido, visos de leche sucia, tanto que han bajado la cabeza, han fijado los ojos en la punta de sus zapatos, y han caminado juntos hasta el coche, las manos en los bolsillos, nariz, boca y barbilla hundidas en las bufandas, en los cuellos. Coche gélido, toma el volante Sean y salen lentamente del aparcamiento –¿cuántas veces han pasado por esta jodida barrera hoy?–. Enseguida toman calles pequeñas, no quieren alejarse del hospital, sustraerse del mundo, pasar bajo la línea de flotación de ese día impensable, esfumarse en un espacio indefinido, fibroso, en una infrageografía diáfana, a imagen de su abatimiento.

La ciudad se estira, se distiende, los últimos barrios deshilachan su contorno, las aceras desaparecen, deja de haber vallas, sólo altos enrejados, restos de viejas barriadas ennegrecidas por los anillos de los cruces de las autovías, después las formas del relieve terrestre conducen su trayectoria, guían su deriva como líneas de fuerza, circulan al pie de los acantilados, recorren esa ladera llena de cavernas por donde vegetan vagabundos solitarios y bandas de chiquillos –chocolate y aerosoles de pintura–, dejan atrás las barracas aglomeradas al pie de la cuesta, la refinería de Gonfrevillel’Orcher y por último tuercen hacia el río, como succionados por un súbito desgarrón del espacio, y llegan al estuario.

Circulan unos dos o tres kilómetros más, se termina el asfalto y apagan el motor: reina el vacío alrededor, una zona desafectada, un espacio mitad zona industrial y pastos, y no se sabe por qué se detienen allí bajo un cielo apergaminado de humos densos, rápidos, enroscados sobre las chimeneas de la refinería y dilatados en tétricas hilachas, destilando entonces polvaredas y monóxido de carbono, un cielo apocalíptico. Tan pronto aparcan en el arcén, Sean saca su paquete de Marlboro y comienza a fumar sin abrir siquiera la ventanilla. Pensaba que lo habías dejado, Marianne le coge suavemente el pitillo para aspirar una bocanada –fuma de modo especial, palma pegada a la boca, dedos apretados y cigarrillo encajado en la juntura de los metacarpianos–, exhala el humo sin tragárselo, y vuelve a colocarlo entre los dedos de Sean, que murmura no, es igual. Ella se remueve en el asiento: ¿sigues siendo el único tío que se cepilla los dientes con el pitillo en la boca? –verano de 1992, un vivaque en el desierto de Santa Fe, alba *tie and dye*, entre rojo coral y rosa palma de mono, un fuego azulado, una lonja de beicon crujiendo en la sartén, café en tazas de lata, miedo a los escorpiones agazapados en la sombra fría de las piedras, la canción de *Río Bravo*, *My Pony and Me*, cantada por ambos, y Sean, un cepillo de dientes encajado en la comisura de la boca mientras que en el otro extremo de la sonrisa arde un primer Marlboro–, asiente, yes; la tienda canadiense chorreaba de rocío, Marianne estaba desnuda bajo el poncho a franjas, el pelo largo hasta las nalgas, y leía impostando el tono declamatorio un libro de poemas de Richard

Brautigan hallado al fondo del autobús Greyhound que los había depositado en Taus.

No hubiera debido hacerle esa tabla de surf. Sean aplasta primero la colilla en el cenicero y bruscamente se inclina sobre el volante y le asesta un cabezazo, bum, su frente rebota violentamente contra la goma, ¡Sean!, Marianne grita, sorprendida, pero él sigue, acelera, bum, bum, bum, para, para ahora mismo, Marianne lo agarra del hombro para inmovilizarlo, para sujetarlo, pero él la rechaza de un codazo, sale lanzada contra la puerta golpeándola con el costado derecho, y mientras se reacomoda, él se aferra al volante con los dientes, muerde la goma, lanza un gemido ensordecedor, un gemido salvaje y desesperado, algo insoportable, un grito que ella no quiere oír, todo menos eso, quiere que se calle, lo coge de la nuca, hunde profundamente los dedos bajo su pelambreira, en la piel de su cráneo, aprieta los dientes, pero le espeta con voz de trueno: ¡para ya!, y tira de él hacia atrás hasta que su mandíbula se despega del volante, hasta arrimarle la espalda al respaldo del asiento, hasta que se da con la cabeza y ésta se estabiliza contra el reposacabezas, los ojos cerrados, la frente enrojecida por los golpes entre los ojos, hasta que el gemido muda en lamento, tras lo cual ella lo suelta, temblorosa, murmura no hagas eso, no hay que hacerse daño, fíjate en la mano, baja la cabeza, sus dedos están aferrados a sus rodillas como tenazas: Sean, no quiero que nos volvamos locos, y en ese instante es posible que se hable a sí misma, sopesando la locura que crece en ella, como única salida racional a esa pesadilla de magnitud desconocida.

Se derrumban juntos, se acurrucan en el interior del coche, pero lo que parece ser un retorno a la calma es un engaño, porque el lamento de Sean sigue taladrando los oídos de Marianne, que piensa de pronto en lo que podría haber sido ese domingo sin el accidente, sin la fatiga, sin el surf, sin esa puta pasión por el surf, y en el extremo de ese cordón de causalidades enrollado con mano débil está Sean, sí, Sean, exactamente, él, él impulsó esa inclinación, la hizo nacer y la alimentó, las canoas, los maoríes, los tatuajes, las tablas de madera, la emigración a nuevas tierras, la ósmosis con la naturaleza, todo ese revoltillo mítico que supo fascinar a su niño, todo ese imaginario en cinemascopio en el que creció –Marianne apretaba los dientes, de buena gana la hubiera emprendido a golpes con ese hombre que tenía al lado, ese hombre que gemía–; fueron aquellas entregas de yolas que salían a hacer juntos, Lou y ella se quedaban «entre mujeres», apartadas, era la Noche de los Deslizamientos, que no se perdían nunca, y más adelante Simon empezó a hacer cosas peligrosas, saliendo cada vez más a aguas demasiado frías y procelosas sin que su padre tuviera nunca nada que objetar, pues era un padre lacónico y solitario, un padre enigmático, que se había distanciado de ellos hasta el punto de que ella le dijo una noche vete, no quiero vivir más contigo, así no, un hombre que a pesar de todo le gustaba pero coño; sí el surf, menuda locura, una locura peligrosa, y ella, Marianne, cómo pudo permitir crecer hasta tal punto en su propia casa esa adicción a las sensaciones fuertes, dejar que su hijo cayera en esa espiral del vértigo, la espiral del tubo, esa gilipollez, sí, ella

tampoco había hecho nada, no había sabido decir nada cuando su hijo empezó a vivir pendiente del parte meteorológico, dejándolo todo tirado en cuanto oía anunciar que había marejada, los deberes y todo lo demás; a veces se levantaba a las cinco de la mañana para ir a buscar una ola a cien kilómetros, ella no hizo nada, enamorada de Sean, y sin duda fascinada ella también por ese imaginario nefasto, el hombre que construye barcos y hogueras bajo la nieve, conoce los nombres de cada estrella y de cada constelación del cielo, silba melodías complejas, maravillada de que su hijo pudiese vivir tan intensamente, orgullosa de que sobresaliese, ahí está, no habían hecho nada, no habían sabido proteger a su hijo.

El vaho que se ha formado en los vidrios comienza a escurrirse cuando Marianne declara: el surf es lo más hermoso que le has dado. Él musita, yo qué sé, y enmudecen. Lo más hermoso habían sido los gestos de la fabricación en sí, lo que habían cambiado en él, el uso de las espumas y las resinas en sustitución de las maderas flexibles traídas para construir las canoas. A comienzos de diciembre había bajado a las Landas a buscar placas de polietileno a la tienda de un *shaper* de la costa –el hombre, un cincuentón con cuerpo de faquir, la frente ceñida con un pañuelo rojo apache, lucía barba y cola de caballo grises, bermudas tahitiano, chaqueta polar y chancletas fluorescentes, un tipo acalorado, que hablaba poco y no le miraba, salía a surfear en cuanto había una sesión posible; la pantalla luminiscente de una estación meteorológica portátil transmitía continuamente las previsiones sobre los vientos y el oleaje–; se lo pensó antes de elegir aquellos materiales para él desconocidos, estudió su densidad, su resistencia, optó por la fibra de espuma de poliestireno extrudido en vez de por el poliuretano, escogió la resina epoxi antes que la resina poliéster aun siendo ésta más barata. Observó durante largo rato el trabajo del *shaper*, las velocidades del cepillo y el tacto de la pulidora, lo cargó todo en su break volando de noche por la autopista, cavilando sobre la fabricación de la tabla, trazando su forma mentalmente, obsesionándose con su solidez, actuó en secreto.

Han salido a caminar, ven afuera –ha hablado Marianne, abriendo ya la portezuela–. Han dejado el coche en el camino, pegado a unas matas de zarzas que entrecruzaban sus arcos espinosos en el suelo, han atajado campo a través, pasando bajo la valla de alambre de espinos, primero ella, luego él, un pie, el otro pie, separando cada uno los alambres por encima de la cabeza del otro, bajo el vientre, cuidado con el pelo, la nariz, los ojos, cuidado con la tela del abrigo.

Boscaje invernal. El fondo del prado es una sopa fría que chapotea bajo las suelas, la hierba es cortante y las bostas de vaca que la escarcha ha endurecido forman losas negras aquí y allá, los álamos lanzan sus garras al cielo, y en los bosquecillos se ven esos cuervos gordos como gallinas –es demasiado todo esto, piensa Marianne, demasiado, vamos a reventar.

Llegan por fin a la vista del río, amplio cielo delirante, están sorprendidos, jadean, con los pies empapados, pero avanzan hacia la orilla, se acercan casi hasta el borde como imantados, no frenan hasta que el prado comienza a verterse lentamente en el agua, aquí negra, plagada de ramas reblandecidas, de tocones en descomposición, de cadáveres de insectos que el invierno ha matado y podrido, un fango salobre, inmóvil, un estanque de cuento más allá del cual el estuario es lento, mata, la palidez de la salvia, el drapeado de una mortaja, cruzarlo parece fácil pero peligroso, ni un solo pontón de madera para soñar con hacerlo, ni la menor barca amarrada allí para arrostrar la amenaza, ni un solo chiquillo con los bolsillos llenos de guijarros planos para hacerlos cabrillear, trazar ese surco rebotante y ligero en la superficie del agua, hacer bailar a los genios acuáticos que pueblan la superficie, están atrapados allí ante las aguas hostiles, hundan las manos en los bolsillos y los pies en el lodo, inclinan la barbilla sobre el cuello –¿qué narices hacemos aquí?, piensa Marianne, a quien le gustaría gritar y abre la boca sin emitir sonido alguno, nada, una pura pesadilla–, pero está ese barco de casco oscuro que aparece a lo lejos a su izquierda, única embarcación visible río arriba y río abajo, un barco solitario que señala por sí solo la ausencia de todos los demás.

No quiero que le abran el cuerpo, que lo despedacen, no quiero que lo vacíen –pureza cromática de la voz de Sean, ahogada, que el frío agudiza como la ceniza en la hoja de cuchilla–. Marianne introduce la mano izquierda en el bolsillo derecho de la parka de Sean, el índice y el medio alcanzan el hueco negro de su puño, abriéndose suficiente paso para que el anular y el meñique penetren a su vez, todo ello sin que Sean vuelva la cabeza, el zumbido del carguero se acerca por la izquierda, se vislumbra el color del casco, un rojo aceitoso, el color exacto de la sangre seca, es un barco cargado de grano, desciende río abajo, desciende hacia el mar manteniendo el rumbo, cuando aquí todo se dilata, las aguas y las conciencias, todo confluye hacia alta mar, hacia lo informe y lo infinito de la desaparición, de repente se hace enorme, fuera de escala y tan próximo que les da la impresión de que pueden tocarlo alargando el dedo, pasa proyectando sobre ellos su sombra fría, todo se convulsiona, todo se arruga y se enturbia, Marianne y Sean lo siguen con los ojos, largo casco, ciento ochenta metros, treinta mil toneladas por lo menos, desfila, cortina roja deslizándose progresivamente sobre la realidad –y lo que piensan en ese segundo lo ignoro, sin duda piensan en Simon, dónde estaba antes de nacer, dónde está ahora, captados tan sólo por la visión de este mundo que se hurta gradualmente para volver a aparecer, tangible, absolutamente enigmático–, y la proa que hiende el agua afirma el presente fulgurante de su dolor.

La estela burbujea y se aplaca, se alisa, el carguero se aleja y con él su ruido y su movimiento, el río recobra su textura inicial, el estuario se inflama por entero, un resplandor. Marianne y Sean se han vuelto el uno hacia el otro, se han cogido de la mano, los brazos tendidos abiertos lejos del cuerpo y se han acariciado con la cara –

nada más tierno que ese roce, nada más suave que las aristas óseas de la masa facial que resbalan bajo la piel—, acaban equilibrándose frente contra frente, y las palabras de Marianne forman una impronta en el aire estático.

No le harán daño, no le harán ningún daño. La voz de Marianne traspasa un filtro textil, y Sean suelta sus manos para abrazarla, sus sollozos prolongan los hábitos de la naturaleza, asiente, de acuerdo, ahora tenemos que volver allí.

–Donará

Ha hablado Sean y Thomas Rémige se levanta bruscamente de la silla, tambaleante, colorado, el tórax en expansión bajo el efecto de una oleada de calor, como si se le acelerase la sangre, avanza hacia ellos, se detiene. Marianne y Sean bajan los ojos, se quedan plantados como postes en el umbral del despacho, desconcertados, ensucian el suelo con los zapatos, depositan barro y hierbas oscuras, rebasados ellos mismos por lo que acaban de hacer, por lo que acaban de anunciar, donará, donará, donará, abandonará, las palabras entrechocan en el fondo de sus tímpanos, los taladran. Suena el teléfono, es Révol, Thomas le anuncia rápidamente que todo bien, dos palabras rápidas en un lenguaje críptico que Sean y Marianne no captan, los acrónimos y la rapidez de elocución destinados a enturbiar la comprensión, y al poco abandonan el despacho de coordinación para regresar a la sala donde han conversado. Ahí los espera Révol, ahora son cuatro y el diálogo se reinicia al instante pues Marianne musita de entrada: ¿y ahora, qué hay que hacer ahora?

Son las cinco y media. La ventana está abierta como si hubiera habido que recargar la habitación con atmósfera virgen, por haberla agotado, dañado, el diálogo anterior –jadeos, lágrimas, sudores–. Fuera, una franja de césped a la altura del muro, una calzada de asfalto, y entre ambos un seto alto. Thomas Rémige y Pierre Révol se acomodan en las sillas bermellón mientras que Marianne y Sean retornan al canapé verde manzana, su angustia es palpable: mismos ojos abiertos de par en par que arrugan la frente y aumentan el blanco en torno a la pupila, mismos labios entreabiertos, dispuestos a gritar, y la atención de todo el cuerpo endurecida por la espera, por el miedo. No tienen frío, todavía no.

Vamos a proceder a una evaluación total de los órganos, y a transmitir esos elementos al médico de la Agencia de Biomedicina, que, en función de esas informaciones, puede proponer una o varias extracciones, tras lo cual organizaremos la intervención en el quirófano. Mañana por la mañana les será presentado el cuerpo de su hijo, acompañando cada altibajo de frase con un ademán, transcribiendo en la atmósfera las etapas de la siguiente secuencia. Hay mucha información en esa frase aunque se percibe un agujero en su mitad, una zona opaca que cataliza el miedo de ellos: la intervención en sí.

Sean toma de pronto la palabra: ¿qué van a hacerle, en concreto? Ha dicho «en concreto», no ha emitido ese balbuceo ahogado pero ha tensado su pregunta, valiente en este instante, soldado que se lanza al frente, el pecho ofrecido a la metralla, cuando Marianne aprieta los dientes sobre la manga de su abrigo. Lo que sucederá esa noche en el enclave del quirófano, la idea que se hacen de ello, ese desmembramiento del cuerpo de Simon, su dispersión, todo eso los aterra, pero

quieren saber. Rémige respira hondo antes de contestar: se abre, se extrae y se vuelve a cerrar. Verbos sencillos, verbos de acción, información atonal para contrarrestar la información ligada a la sacralización del cuerpo, a la transgresión que implica abrirlo.

¿Operará usted? Sean ha alzado la frente; la misma impresión de que va a atacar por abajo, como los boxeadores. Révol y Rémige, en ósmosis, perciben en esa pregunta la parte emergida de un continente de terror arcaico: ser declarado muerto, por parte de los propios médicos, cuando se está vivo –en su despacho, como sabemos, Révol conserva un ejemplar de la novela policiaca de Mary Higgins Clark *Pálida como la luna*, que evoca una práctica habitual en Inglaterra: se rodeaba con una anilla el dedo de la persona a quien se enterraba, una anilla sujeta a un cordel que permitía accionar una campanilla en la superficie por si se despertaba bajo tierra–; y la definición «a la medida» de los criterios de la muerte, elaborada con el fin de permitir las extracciones, se confunde con ese miedo inmemorial. El enfermero se dirige hacia Sean, y con el pulgar y el índice traza una señal solemne en el aire: los médicos que certifican la muerte del paciente no participan en la extracción, nunca; además –templa cada sonido y su voz se ahueca–: se efectúa siempre una doble actuación, dos médicos observan siempre un doble protocolo y se requieren dos firmas distintas en el atestado que da fe de la defunción: echar por tierra de inmediato el montaje del doctor criminal que declara a sabiendas la muerte de su paciente para despojarlo posteriormente, para acallar los rumores que asocian mafia médica y tráfico internacional de órganos, dispensarios invisibles ubicados en los oscuros suburbios de Pristina, Dacca o Bombay, y discretas clínicas protegidas por cámaras, a la sombra de palmeras, situadas en los barrios encopetados de las metrópolis occidentales. Rémige concluye, suavemente: los cirujanos que realizarán las extirpaciones procederán de los hospitales donde se hallan los pacientes a la espera de órganos.

Espacio de silencio, y de nuevo la voz de Marianne, sorda, como brotada de una bolsa membranosa: pero ¿entonces quién estará con Simon? –ese quién acentuado, desnudo como una piedra–. Yo, responde Thomas, estoy aquí, estaré aquí mientras dure la intervención. Marianne vierte lentamente la mirada en la suya –transparencia de vidrio triturado–, entonces les dirá usted que lo de los ojos no lo queremos, se lo dirá. Thomas asiente, se lo diré, sí. Se levanta pero Sean y Marianne aguardan sin moverse, algo muy fuerte pesa sobre sus hombros y los vence hacia el suelo, permanecen un rato así hasta que Marianne añade: no sabemos quién recibirá el corazón de Simon, ¿verdad?, es anónimo, nunca lo sabremos, ¿no?, y Thomas asiente a esas afirmaciones que interrogan, a esas preguntas que afirman, comprende la oscilación, pero precisa: podrán conocer el sexo y la edad del receptor. A continuación agrega: el corazón, si al final se efectúa el trasplante, se implantará en un paciente según criterios médicos, criterios de compatibilidad que nada tienen que ver con el sexo, pero, dada la edad de Simon, sus órganos deberían proponerse

prioritariamente a niños. Sean y Marianne escuchan y deliberan en voz baja. Toma la palabra Sean: ahora queremos volver junto a Simon.

Révol se levanta, solicitado por otros sectores del servicio, Thomas acompaña a Marianne y a Sean hasta la puerta de la habitación, caminan sin hablar, les dejo con Simon, luego los veo.

La noche que cae ha oscurecido la estancia, y a lo que parece se ha vuelto a espesar el silencio. Se acercan a la cama de pliegues inmóviles. Sin duda se habían imaginado que el anuncio de su muerte habría provocado una alteración en la apariencia de Simon, o al menos que se habría modificado algo en su aspecto desde la pasada vez, color de la piel, textura, brillo, temperatura. Pero no, nada, Simon sigue ahí, igual que antes, los micromovimientos de su cuerpo siguen alzando levemente la sábana, tanto es así que lo que han experimentado no corresponde a nada, no suscita réplica alguna, y la conmoción es tan violenta que les trastorna el ánimo, se agitan y balbucean, un cataclismo, hablan con Simon como si pudiese oírlos, se hablan de él como si ya no pudiera oírlos, parecen pugnar por mantenerse dentro de la lengua cuando las frases se desarticulan, las palabras entrechocan, se fragmentan y se cortocircuitan, cuando las caricias percuten, se tornan soplidos, sonidos y señas que se atenúan para acabar convirtiéndose en un zumbido continuo en las cajas torácicas, una vibración imperceptible como si hubieran quedado desterradas de todo lenguaje, y sus actos no encuentran ya ni tiempo ni lugar donde inscribirse, y perdidos en las grietas de la realidad, extraviados en sus fisuras, ellos mismos hendidos, quebrados, desunidos, Sean y Marianne hallan fuerzas para alzarse uno y otro sobre la cama a fin de acercarse lo más posible al cuerpo de su hijo; Marianne acaba echándose en el borde del lecho, sus cabellos en el vacío, mientras que Sean, una nalga apoyada en el colchón, se inclina y reposa la cabeza sobre su torso, la boca apoyada en el lugar mismo del tatuaje, y los padres cierran los ojos al unísono y callan, como si durmieran también, ha caído la noche y están en la oscuridad.

Dos plantas más abajo, Thomas Rémime se alegra de estar solo para concentrarse, hacer un balance de la situación y llamar a la Agencia de Biomedicina: están realizando una evaluación exhaustiva de los órganos –la mujer al otro lado de la línea es una pionera del organismo, Thomas reconoce su voz baja, rasposa, la visualiza en el centro de un aula, mesas colocadas en forma de U, los cordones de sus gafas de gruesos anillos de plástico de color ámbar que le ocultan el rostro– y se sienta ante el ordenador, siguiendo un camino laberíntico que implica entrar en muchos números de identificación y de contraseñas encriptadas, abre un software en la base informática, crea un nuevo documento donde descarga con cuidado la totalidad de los datos referentes al cuerpo de Simon Limbres: el dossier Cristal, archivo e instrumento de diálogo que comparten ahora con la Agencia de Biomedicina, garante de la trazabilidad del órgano y del anonimato del donante. Alza la cabeza: un pájaro da

saltitos en el antepecho de la ventana, siempre el mismo pájaro, mira fijamente con sus ojillos redondos.

El día en que Thomas adquirió el jilguero, el calor velaba Argel bajo una nube de vapor, y en el interior de su piso de postigos color añil Hocine se abanicaba, las piernas desnudas bajo una chilaba a rayas, tumbado en un sofá.

El hueco de la escalera estaba pintado de azul, olía a cardamomo y a cemento. Ousmane y Thomas subieron las tres plantas en la penumbra, unas placas de vidrio esmerilado colocadas en el tejado filtraban una luz amarilla y fluctuante que se abría paso a duras penas hasta la planta baja. El reencuentro de los primos –un fuerte abrazo y la rápida conversación en árabe remachada por el chasquido de los pistachos abiertos con los dientes– dejan a Thomas in albis. Le cuesta reconocer la cara de Ousmane, que se deforma de modo distinto cuando habla su lengua –mandíbula que se retrae, encías que asoman, ojos que se revuelven y sonidos surgidos del fondo de la garganta, procedentes de una zona complicada distante de las amígdalas, vocales desconocidas contenidas y chascadas bajo el paladar–: se convierte casi en otro, es casi un extraño, y Thomas se pone nervioso. La situación cobra un giro distinto cuando Ousmane anuncia en francés el motivo de la visita: a mi amigo le gustaría oír a los jilgueros. Ah, Hocine se vuelve hacia Thomas, ¿y quizá adoptar uno? pregunta, le guiña un ojo, estremando la picardía. A lo mejor. Thomas sonrío.

Llegado la víspera tras atravesar el Mediterráneo por vez primera, el joven queda subyugado por la bahía de Argel, con su perfecta curva, y por la ciudad que se escalona detrás, la juventud briosa, los blancos y los azules, el olor de las aceras regadas, los dragos que entrecruzan sus ramas en el Jardín de Pruebas, creando una bóveda de cuento fantástico. Una belleza poco voluptuosa pero limpia. Está embelesado. Le asaltan y le trastocan sensaciones inéditas, mezcla de excitación sensorial y de hiperconsciencia de cuanto le rodea: la vida está ahí sin filtro, y él también. Los billetes enrollados en el pañuelo forman un bulto a la altura del bolsillo que Thomas golpetea en señal de excitación eufórica.

Hocine se acerca al balcón, abre los postigos y se asoma a la calle, da palmadas, lanza órdenes. Ousmane clama en árabe, parece decir, no, por favor, no lo hagas, suplicante, pero enseguida suben con sopas y brochetas, platos de grano ligero como musgo, ensaladas de naranja con menta y pastelillos de miel. Tras la pitanza, Hocine instala las jaulas sobre las baldosas de cerámica que cubren el suelo, basándose en sus motivos melódicos para alinearlos debidamente. Los pájaros son minúsculos –doce o trece centímetros–, y todo garganta, el abdomen desproporcionado, el plumaje poco espectacular, patas como cerillas, y la misma mirada fija. Están posados en pequeños trapecios de madera que balancean levemente. Thomas y Ousmane se mantienen agachados a un metro de las jaulas; Hocine se ha hecho un ovillo en un puf al fondo de la habitación. Emite un grito comparable a los gorgoritos tiroleses y comienza el recital: los pájaros cantan, primero por separado y luego al unísono –un canon–. Los dos jóvenes no se atreven a mirarse, a tocarse.

Sin embargo, todo el mundo comentaba que el jilguero estaba en trance de desaparición. El del bosque de Bainem, el de Kaddous y de Dely Ibrahim, el de Souk Ahras. Ya no se veían. La caza intensiva amenazaba con la extinción a esas especies otrora tan numerosas. Ante las puertas de las viviendas de la Casba, las jaulas colgadas rechinaban, vacías; en cambio las de los comerciantes se llenaban ahora de canarios y de periquitos, pero ni un jilguero, salvo escondido en la oscuridad de la trastienda, y conservado como un tesoro, pues el valor del pájaro crecía con su escasez, ley del capitalismo. Con suerte podían comprarse quizá los viernes por la noche en El-Harrach, al este de la ciudad, pero sabían que los especímenes expuestos allí, al igual que los del mercado de Bab-el-Oued, no habían revoloteado nunca por los collados argelinos ni anidado en las ramas de los pinos y de los alcornoques que se alzaban allí, y no habían sido capturados al modo tradicional, con liga, las hembras no cantoras se soltaban para garantizar la reproducción: esos jilgueros no poseían el mismo canto. Procedían de la frontera marroquí, de la región de Maghnia, donde se cazaban a miles. La red ornitológica copaba sin distinción machos y hembras y los llevaba a la capital a través de redes donde trapicheaban tipos menores de veinte años, jóvenes en paro que abandonaban sus asuntos y se dedicaban a una feroz competición para introducirse en ese tráfico, seguros de obtener ganancias más jugosas, tipos que no sabían nada de pájaros –además, la mayoría de los especímenes, amarrados en las redes, morían de agotamiento durante el transporte.

Hacine criaba pájaros valiosos detrás de la place Des Trois-Horloges, jilgueros de Argel, auténticos. Disponía siempre de una decena y nunca se había dedicado a otra cosa, considerado un experto en todo Bab-el-Oued y fuera de allí. Reconocía cualquier especie, sus características y su metabolismo, podía citar de oído el origen del pájaro, incluso el nombre de su bosque natal; venía gente de lejos para solicitar sus servicios, para autenticar, valorar, distinguir los timos, los especímenes marroquíes vendidos por argelinos a veces diez veces más caros, las hembras vendidas como machos. Hocine no trabajaba con las redes, cazaba por su cuenta, con liga, salía de batida durante varios días, aseguraba tener «sus» sitios en los valles de Bejaia y de Collo, y al regresar se pasaba la mayor parte del tiempo mimando a sus presas. La superioridad de un jilguero sobre otro estribaba en la belleza de su canto, se esmeraba en enseñarles melodías –los de Souk Ahras tenían fama de memorizar cantidad de ellas–, utilizando para ello un viejo aparato de casete que difundía por la mañana su melodía repetidamente, sin suscribir en absoluto los métodos de los criadores más jóvenes, como cubrir la jaula, hacer incisiones o introducir auriculares MP3 que funcionaban toda la noche. Pero la emoción del jilguero sobrepasaba la musicalidad de su canto y respondía sobre todo a la geografía: su canto materializaba un territorio. Valle, ciudad, montaña, bosque, colina, arroyo. Hacía aparecer un paisaje, experimentar una topografía, atisbar un suelo y un clima. En su pico cobraba forma un fragmento del puzzle planetario, y al igual que la bruja del cuento escupía sapos y diamantes, o que el cuervo de la fábula suelta el queso, el jilguero

expectoraba una identidad sólida, fragante y colorida. Y así, los once de Hocine, una variedad, transmitían la cartografía sonora de una zona inmensa.

Sus clientes, hombres de negocios encorbatados con gafas de sol circundadas de metal dorado, con frecuencia embutidos en trajes gris claro o beis, se presentaban en su casa en plena tarde cual drogadictos con mono. Los pájaros cantaban, los compradores rememoraban sus carreras en sandalias por la pinaza, las brazadas de ciclámenes y los niscalos rosados, se desabrochaban la ropa, tomaban limonada y, comoquiera que el canto determinaba el valor de un pájaro sobre otro, los precios se escalonaban. Hocine vivía bien. Un día, el joven heredero de una empresa petrolífera intercambió su coche, un Peugeot 205 GTI, por el último jilguero de Bainem que hubiera tenido jamás en sus manos, proeza que forjó la leyenda del criador, por lo demás estoico: el pájaro valía eso de sobra, más fabuloso que el genio de los cuentos o el espíritu de la lámpara maravillosa, no era sólo un pájaro, sino un bosque amenazado, y el mar que lo bordea, y todo cuanto los puebla, la parte por el todo, la propia Creación, era la infancia.

Después del concierto, comenzaron las conversaciones. ¿Cuál te gusta?, preguntó Hocine a Thomas –le hablaba acercando mucho la cara–. Ousmane miraba a su amigo, divertido, disfrutaba de la situación. ¿Cuál te gusta? Dilo, no tengas miedo, ¡a mí me gustan todos! Thomas señaló una jaula, en el interior, el animalito dejó de balancearse. Hocine miró a Ousmane y meneó la cabeza. Intercambiaron unas palabras en árabe. Ousmane se echó a reír. Thomas se olió una estafa, y retrocedió un paso, detrás de las jaulas. El silencio envolvió la habitación, Thomas deslizó la mano en el bolsillo, sus dedos hurgaron el pañuelo. Vacilaba ostensiblemente, sin atreverse a decidirse. Hocine le anunció el precio del pájaro que había señalado. Ousmane precisó suavemente, es un pájaro de Collo, fresnos, olmos, eucaliptos, es joven, podrás criarlo, enseñarle, es un pájaro de mi pueblo. Thomas, de pronto maravillado, acarició el dorso del animalito a través de las barras de la jaula, meditó largo rato, y desenrolló el rollo de billetes –espero que te hayas llevado comisión, dijo a Ousmane mientras bajaban las escaleras.

Sean y Marianne salen de la habitación. Los espera Thomas en el umbral. Abren la boca pero permanecen mudos, parecen querer hablar, haber concertado algo, Thomas los anima a hacerlo, los escucho, para eso estoy aquí, y Sean, logrando apenas articular, formula la demanda que han acordado: el corazón de Simon, en el momento de, decirle a Simon, cuando le detengan ustedes el corazón, yo, para, tienen que decirle que estamos allí, con él, que pensamos en él, nuestro amor, y prosigue Marianne: y Lou, y Juliette también, y Mamé; luego habla de nuevo Sean: el ruido del mar, para que lo oiga, le alarga a Thomas unos auriculares y un walkman digital, pista 7, está listo, es para que oiga el mar –extraños loopings en su cerebro–, y Thomas acepta realizar esos ritos, en nombre de ellos, así se hará.

Van a alejarse pero Marianne se vuelve por última vez hacia la cama y lo que la deja paralizada es la soledad que emana de Simon, ahora solo como un objeto, como si se hubiera liberado de su parte humana, como si ya no estuviese ligado a una comunidad, insertado en una red de intenciones y emociones, sino que errase, metamorfoseado en una cosa absoluta, Simon está muerto, Marianne se pronuncia estas palabras por primera vez, de repente aterrada, busca a Sean y no lo ve, se abalanza al pasillo, lo descubre postrado acurrucado contra la pared, también él irradiado por la soledad de Simon, seguro ya también de su muerte. Se agacha ante él, intenta alzarle la cabeza juntando las manos en forma de copa bajo su mandíbula, ven, ven, vámonos de aquí; lo que querría decirle es: se acabó, ven, Simon ya no existe.

Suena el móvil, Thomas descifra la pantalla, aprieta el paso hacia su despacho, de pronto le gustaría salir corriendo sin más espera, y Sean y Marianne, que caminan a su lado, captan esa aceleración, comprenden instintivamente que deben dejar el campo libre y de repente tienen frío, esos mismos pasillos recalentados se han convertido en pasadizos helados donde vuelven a abrocharse la chaqueta y a subirse el cuello. El cuerpo de Simon va a serles hurtado, va a eclipsarse a un lugar secreto de accesos controlados, el quirófano, el teatro de operaciones; va a ser abierto, despojado de sus órganos, vuelto a coser y durante un lapso de tiempo –lo que dura una noche– ellos no van a tener peso alguno en el curso de los acontecimientos.

La situación deriva de pronto a otra urgencia, la presión repercute en los movimientos de ambos, en sus gestos, no acucia ya su conciencia, sino que huye fuera de allí, al local de coordinación hospitalaria donde Thomas Rémige dialoga con el médico de la Agencia de Biomedicina, huye a los gestos de los camilleros que se llevan el cuerpo de su hijo, huye a las miradas que analizan las imágenes aparecidas en las pantallas, huye lejos de allí, a otros hospitales y a otros servicios, a otras camas igual de blancas, a otras casas tan castigadas como la suya, ya no saben qué hacer, están desamparados, sí, podrían quedarse en el servicio, sentarse ante los periódicos

usados, ante las revistas dobladas de cantos sucios, esperar hasta las seis y cinco a que acabe el segundo electroencefalograma que dará fe legalmente de la muerte de Simon, o bajar a por cafés a la máquina expendedora, hacen lo que prefieren hacer, pero les avisan con suavidad de que organizar una extracción multiorgánica lleva varias horas, deben de saberlo, y luego la intervención dura lo suyo, tiene sus dificultades, de modo que les aconsejan que es mejor que vuelvan a casa, quizá deberían irse a descansar, van a necesitar muchos ánimos, nosotros nos ocupamos de él –y cuando cruzan de nuevo el portal automático de la gran nave del hospital, están solos en el mundo, se les viene encima el cansancio, es un maremoto.

Ha salido al amanecer de la estación de RER La PlaineStade de France y ha caminado en dirección exactamente inversa a la que toma ahora el gentío que afluye continuamente, cada vez más compacto conforme se acerca la hora del partido, y amalgamado en una febrilidad colectiva: excitación y conjeturas previas al partido, revisión de cantos e insultos, oráculos délficos. Ha dado la espalda al estadio enorme y desnudo, indiferente a su anclaje masivo, fuera de escala, tan disparatado e irrefutable como un platillo volante que aterrizara en la noche, ha avivado el paso en el corto túnel que pasa bajo la línea férrea, y, de nuevo al aire libre, ha subido por la avenue du Stade-de-France a lo largo de doscientos metros, ha recorrido las sedes de las sociedades de servicios, de los bancos, de las compañías de seguros y otros organismos, sus paredes, lisas, blancas, metálicas, transparentes, y al llegar ante el número 1 ha hurgado en el bolso durante un buen rato y ha acabado quitándose los guantes para buscar mejor, y vaciándolo todo en el suelo ante la entrada, arrodillada en la acera helada, ante la mirada indiferente del tipo que, en el interior, abría una botella de yogur líquido con infinita precaución, para evitar la menor mancha en su bonito uniforme azul marino, ella, como por milagro, ha palpado la tarjeta magnética en el fondo de un bolsillo, ha recogido sus cosas y ha entrado en el vestíbulo. Estoy de guardia, soy médico de la Agencia de Medicina, se ha dirigido a él sin mirarlo, altiva, ha cruzado el vestíbulo cuando su mirada experta ha vislumbrado el paquete de Marlboro Light colocado junto a la tableta digital en la que el hombre debía de haber pasado la noche viendo películas, fútbol y otros bodrios piensa, irritada; una vez en la primera planta, tras recorrer una veintena de metros por el pasillo a la izquierda, empuja la puerta del Centro Nacional de Distribución de Órganos.

Marthe Carrare es una mujercita de unos sesenta años, redonda y de piel mate, cabello caoba, senos voluminosos y abdomen abultado embutido en un cárdigan color gamuza sin nada debajo, posaderas esféricas en un pantalón holgado de lana marrón, piernas más bien finas y minúsculos pies abombados en unos mocasines planos; se alimenta de hamburguesas con queso y chicles de nicotina, y a esas horas tiene la oreja derecha roja e hinchada de tanto apoyar a lo largo del día distintos aparatos telefónicos –móvil profesional, celular personal, busca, teléfono fijo–, y más vale no importunarla por nada, más vale hacerse invisible y silencioso mientras ella habla con Thomas para informarse de la situación: bueno, ¿en qué punto estamos? Todo en marcha, contesta Thomas. Marthe está tranquila: vale, mándame su certificado de defunción para que pueda consultar el fichero, y se oye la voz de Thomas que confirma: acabo de mandártelo por fax, he completado también el dossier Cristal del donante.

Marthe cuelga, se dirige hacia el fax, frente ceñuda sobre la base de la nariz, gafas de montura gruesa y cordón en forma de cadena, carmín invadiendo las arruguillas,

perfume intenso y vapores de tabaco frío atrapados bajo el cuello, la hoja está ahí, en efecto –el documento que da fe del fallecimiento de Simon Limbres a las 18.36–, y Marthe se persona ahora en el despacho contiguo, que alberga el registro nacional de rechazos de donaciones de órganos, fichero altamente protegido que sólo una decena de personas están autorizadas a consultar, lo cual tan sólo pueden hacer una vez atestiguada la muerte de la persona mediante un documento legal.

De regreso en su despacho, Marthe Carrare notifica a Thomas que todo correcto, clava los ojos en la pantalla del ordenador, abre el dossier Cristal, clic en los distintos documentos que lo componen, ficha de informaciones generales, evaluación médica de cada órgano, escáneres, ecografías, análisis diversos, estudia el conjunto y localiza de inmediato el grupo sanguíneo relativamente raro de Simon Limbres (B negativo). El dossier está completado. Marthe lo valida y le asigna un número de identificación, número de registro que garantiza el anonimato del donante: en lo sucesivo el nombre de Simon Limbres no volverá a aparecer en los comunicados que se intercambien entre la Agencia y los distintos hospitales a los que consulte. Da principio el protocolo de distribución de los órganos. O sea un hígado, dos pulmones, dos riñones. Y un corazón.

Cae la noche. En el extremo de la avenida, está iluminado el estadio y su forma de anillo oblongo –de judía– estampa en el cielo un halo grisáceo que atraviesan los aviones de los domingos por la noche. Ha llegado el momento de prestar atención a los que esperan, dispersos en el territorio y a veces allende las fronteras del país, personas inscritas en listas según el órgano que se haya de trasplantar, personas que cada mañana se preguntan al despertarse si se ha movido su turno, si han ganado puestos en la lista, personas que no pueden plantearse futuro alguno y que han restringido su vida, pendientes del estado de su órgano. Tener una espada de Damocles que se cierne por encima de tu cabeza, asusta imaginárselo.

Las historias clínicas están centralizadas en el ordenador que Marthe Carrare consulta mientras chupa un comprimido de nicotina, pensando tras consultar el reloj que ha olvidado excusar su asistencia a esa cena prevista para dentro de dos horas en casa de su hija y de su yerno, no le gusta ir a su casa, se lo formula claramente en este instante, no me gusta ir, allí hace frío; sin embargo no sabría decir si son las paredes del piso revestidas de una hermosa pintura blanca de caseína las que le dan escalofríos o la ausencia de ceniceros y de balcón, de carne, de tensión, de desorden, o también los taburetes malíes y la tumbona de diseño, las sopas vegetarianas servidas en copas moras, las velas perfumadas Heno, Fuego de Leña, Menta Silvestre, la saciedad estilosa de los que se acuestan con las gallinas bajo edredones de terciopelo indio, la tierna atonía destilada por todo su reino, o quizá lo que la asusta es esa pareja, esa pareja que devoró en menos de dos años a su hija única, la desintegró en un maridaje seguro, emoliente, un bálsamo tras años de nomadismo

solitario: su hija fogosa y políglota ahora irreconocible.

En un software especialmente programado, Marthe Carrare introduce la totalidad de los datos médicos referentes al corazón, los pulmones, el hígado y los riñones de Simon Limbres, luego lanza el motor de búsqueda con el fin de que escoja entre las listas de espera a los pacientes aptos para recibir esos órganos –los resultados de emparejamientos más precisos si se trata del hígado y de los riñones–. Una vez identificados los receptores compatibles, el trasplante se combina con una realidad geográfica, lugares de extracciones y lugares de injertos dibujando una cartografía sometida a tensión que conlleva distancias que cubrir en un tiempo limitado, el de la viabilidad de los órganos, y que induce a pensar en logística, evaluar kilómetros y tiempos, localizar aeropuertos y autopistas, estaciones, pilotos y aviones, vehículos especializados y chóferes experimentados, a tal punto que la dimensión territorial de la empresa suma un nuevo parámetro a la identificación de un puñado de pacientes.

La primera compatibilidad entre donante y receptor es la de las sangres, la compatibilidad ABO. Al requerir el trasplante cardiaco el isogrupo y el isorhesus, y ser la sangre de Simon Limbres B negativo, se realiza un primer cribado que reduce de entrada la lista inicial, que contaba con más de trescientos pacientes a la espera de trasplante; Marthe Carrare acelera la velocidad de su tecleo, y se advierte que corre en busca del receptor, tal vez excitada por ese instante, olvidando todo lo demás. A continuación examina la compatibilidad tisular con el sistema HLA, igualmente fundamental: el código HLA (*Human Leukocyte Antigen*) es el carnet de identidad biológico del paciente, interviene en su defensa inmunitaria y, si bien resulta prácticamente imposible encontrar entre los donantes un paciente cuya identidad HLA sea rigurosamente idéntica a la del receptor, estos códigos han de acercarse lo máximo posible para que el trasplante del órgano se realice en las mejores condiciones, y disminuyan los riesgos de rechazo.

Marthe Carrare ha introducido en el software la edad de Simon, lo que le permitirá consultar prioritariamente la lista de receptores pediátricos. Acto seguido comprueba si existe un paciente compatible en estado de superurgencia (SU), es decir un paciente cuya vida peligra, que podría morir de un instante a otro y por lo tanto ocupa un lugar prioritario en esa lista; ella también aplica con atención un protocolo complejo en el que cada etapa enlaza con la precedente y determina la siguiente. En el corazón, amén de la compatibilidad de la sangre y de los sistemas inmunitarios, la conformación física del órgano, su morfología y envergadura, entran en juego criterios de estatura y de peso que reducen todavía más la selección anterior –el corazón de un adulto alto y fuerte no puede injertarse en el cuerpo de un niño, por ejemplo, y a la inversa– cuando la geografía del trasplante, en cambio, está parametrizada por un dato intangible: entre el instante en que el corazón se detiene en

el cuerpo del donante y el momento en que arranca de nuevo en el corazón del receptor, el órgano se conserva cuatro horas.

La búsqueda cristaliza y Marthe acerca la cara a la pantalla, sus ojos enormes y deformados tras los cristales de las gafas. Bruscamente, sus dedos amarillentos en el interior de la tercera falange inmovilizan el ratón: en lo que respecta al corazón, aparece una urgencia, una mujer, cincuenta y un años, grupo sanguíneo B, 1,73 m, 65 kilos, atendida en la Pitié-Salpêtrière, servicio del doctor Harfang. Lee y relea a fondo los datos que aparecen, sabe que la llamada que se dispone a efectuar va a provocar una aceleración general meteórica en el otro extremo de la línea, un impulso eléctrico en los cerebros, una inyección de energía en los cuerpos, dicho de otro modo esperanza.

Oiga, aquí la Agencia de Biomedicina –intensificación de la diligencia y la atención por parte de la secretaría del servicio–, se aceleran las llamadas de las centrales a las extensiones de línea hasta el quirófano, luego suena una voz muy directa, Harfang le escucho, y Marthe Carrare arranca, espitosa y terminante, doctora Carrare, Agencia de Biomedicina, tengo un corazón –es demencial, lo dice en esos términos, cuerdas vocales patinadas por cuarenta años de cigarrillos y bolas de nicotina bailoteando a golpes de lengua en su cavidad palatina–, tengo un corazón para una paciente de su servicio a la espera de trasplante, un corazón compatible. Reacción inmediata –ni el menor destello de silencio–: bien, mándeme la historia clínica. Y Carrare concluye: ya lo he hecho, tienen veinte minutos.

Tras lo cual, Marthe Carrare baja una línea en la lista de receptores que aparece en la pantalla y llama al CHU de Nantes, otro servicio de cirugía cardíaca, donde tiene lugar el mismo diálogo referente a un niño de siete años a la espera desde hace cerca de cuarenta días. Marthe Carrare precisa, esperamos la respuesta de la Pitié, y de nuevo: tienen veinte minutos. A continuación contacta con un tercer servicio en el hospital de la Timone, de Marsella.

Comienza la espera, acompañada por las llamadas telefónicas que prosiguen entre el médico de Saint-Denis y el coordinador de Le Havre, con el fin de sincronizar la reflexión y el montaje de la operación, de anticipar la organización del quirófano, y de informar al mínimo detalle sobre el estado hemodinámico del donante, por el momento aceptablemente estable. Marthe Carrare conoce bien a Thomas Rémige, ha coincidido con él en varias ocasiones en ciclos de formación organizados por la Agencia, seminarios en los que ella intervenía a un tiempo como médico anestesista y como pionera de la organización del organismo, y se alegra de que hoy sea su interlocutor, confía en él, sabe que es hombre seguro, técnico y delicado, un tipo que no se sale de su camino, y seguramente lo que más valora es que su concentración refrena su entusiasmo, sin dejar aflorar nunca más que una intensidad ponderada, y que desdeña los parajes espectaculares de la histeria cuando en numerosas ocasiones resultaría fácil abusar de la tragedia humana que actúa como detonador en cada

episodio de trasplante: un tipo así es una suerte para el mundo entero.

Las respuestas referentes al hígado, los riñones y los pulmones van llegando unas tras otras después de esas mismas diligencias: Estrasburgo se queda con el hígado (una niña de seis años), Lyon con los pulmones (una adolescente de diecisiete años), Rouen con los riñones (un chiquillo de nueve años), mientras allá, en las gradas del estadio, los hinchas abren las cremalleras de sus cazadoras con un gesto seco como se inicia un plano, pfuitt –son perfectos de cuero, bombers caquis con forro naranja–, y se cubren la cara con las bufandas como hacen los bandidos al atacar la diligencia, o los estudiantes en las manis para protegerse de los lacrimógenos; y cientos de manos expertas sacan los fumígenos camuflados bajo los jerséis, embutidos en el cinturón por la espalda, metidos en los pantalones –pero ¿cómo han podido pasar los controles esos objetos?–. Tiran de las primeras anillas mientras se anuncian los buses de los jugadores en la Porte de la Chapelle, humos rojos, humos verdes, humos blancos, se intensifica el clamor en las gradas mientras alguien despliega una larga banderola, «¡Dirigentes, jugadores, entrenadores, fuera todos!», la tribuna ultra impresionada, compacta, apretada, un bloque de potencia y agresividad, una masa hostil, hasta tal extremo que los que se unen a ella aprietan el paso, fascinados, mientras la frente de los seguratas se cubre de arrugas y empiezan a trotar, agarrotados en sus uniformes, las chaquetas desabrochadas y las corbatas remolineando en las barrigas, berrean los walkie-talkies, el gol norte se irrita, la cosa no tiene que salirse de madre, llueven andanadas de insultos, los autocares de vidrios tintados acaban de abandonar la autopista, unos vehículos confortables y maravillosamente silenciosos circulando ya por los circuitos VIP que conectan con el campo para detenerse en las entradas reservadas a los jugadores. Marthe se ha levantado y ha abierto la ventana: desfilan siluetas ante el edificio de la Agencia y suben por la avenida en dirección al estadio, jóvenes del barrio que conocen la zona, ella envía un mensaje a su hija –una urgencia en el trabajo, te llamo mañana, mamá–, tras lo cual tamborilea la caja de chicles contra la barandilla del balcón, ahueca una mano bajo la boquilla, descubre la caja vacía y se muerde los labios: sabe que ha repartido cigarrillos por el despacho, inventando escondites que ya no está segura de encontrar, pero por el momento opta por seguir mascando.

Imagina a los miles de personas congregadas en círculo, allí, en torno al césped de un verde tan resplandeciente que parece lustrado con un pincel, cada brizna de hierba coloreada con una sustancia mezcla de resina y de esencia de trementina o de espliego que, al evaporarse el disolvente, habría formado esa película sólida y transparente como un reflejo plateado, como un apresto sobre una tela de algodón nueva, un velo de cera, y piensa que en el momento de emparejar los órganos vivos de Simon Limbres, en el momento de repartirlos en cuerpos enfermos, miles de pulmones se hinchan allí a la vez, miles de hígados se saturan de cerveza, miles de riñones filtran al unísono las sustancias del cuerpo, miles de corazones bombean en la

atmósfera, y de súbito la sobrecoge la fragmentación del mundo, la discontinuidad absoluta de la realidad en ese perímetro, la humanidad pulverizada en una infinita divergencia de trayectorias, una sensación de angustia que ya la asaltara, aquel día de marzo de 1984, mientras estaba sentada en el autobús 69 y se dirigía a una clínica del distrito 19 para abortar, menos de seis meses después de que naciera su hija, a la que criaba ella sola, la lluvia chorreaba en los cristales, miró uno por uno los rostros de aquellos pasajeros que la rodeaban, rostros que se cruzan uno en los autobuses parisinos a media mañana, rostros con los ojos perdidos en la lejanía o fijos en un aviso de seguridad contenido en un pictograma, clavados en el botón de llamada, extraviados en el interior del pabellón de un oído humano, ojos que se evitaban entre sí, ancianas con capazos, jóvenes madres de familia con el niño colgado del pecho, jubilados camino de la biblioteca municipal para leer su diario, parados a perpetuidad con traje y corbata mugrientos, enfrascados en su periódico sin acertar a leer, sin que surgiera de la hoja la menor chispa de sentido, pero aferrados al papel como para mantenerse en un mundo donde no ocupaban ya lugar alguno, donde pronto no tendrían ya nada para subsistir, personas situadas en ocasiones a menos de veinte centímetros de ella, y que ignoraban todas ellas lo que ella se disponía a hacer, aquella decisión que había tomado y que pasadas dos horas sería irreversible, gente que vivía su vida y con la que ella no compartía nada, nada, salvo aquel bus tomado en un aguacero, aquellos asientos gastados y aquellas asas de plástico pringosas que pendían del techo como sogas preparadas para colgarse, nada, cada cual su vida, cada cual la suya, y nada más, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, apretó más fuerte la barra metálica para no caerse, y sin duda experimentó en aquel instante la soledad.

Las primeras sirenas de las furgonetas de la policía sonaron a eso de las siete y media. Cierra la ventana —el frío—, falta todavía una hora para el saque de centro, contener la excitación de los hinchas va a resultar difícil, todos esos corazones juntos son demasiado, ¿quién juega esta noche? Pasa el tiempo. Marthe Carrare examina de nuevo esa primera historia clínica, extrañamente satisfecha de su coincidencia con la del donante, mejor imposible, ¿qué demonios hacen en la Pitié? En ese instante suena el teléfono, es Harfang: aceptado.

Marthe Carrare cuelga y llama de inmediato a Le Havre, avisa a Thomas de que un equipo de la Pitié-Salpêtrière va a llamarlo para organizar con él su llegada, el receptor es una paciente del servicio de Harfang, ¿lo conoces? De nombre. Marthe sonríe. Añade: el equipo de allí es muy bueno, saben lo que hacen. Thomas comprueba la hora en su reloj, afirma: muy bien, vamos a preparar el trasplante, calculamos entrar en quirófano hacia las tres, nos llamamos. Cuelgan el teléfono. Harfang. Marthe pronuncia ese nombre en voz alta. Harfang. También ella lo conoce. Lo conocía antes de conocerlo, ese hermoso apellido, ese apellido extraño que

circulaba por los pasillos de los hospitales parisinos desde hacía más de un siglo, tanto es así que se decía sencillamente es un Harfang para finiquitar un cambio de impresiones que había dado lustre a un cirujano, o se hablaba de «dinastía Harfang» para describir a la familia que había dado a la facultad cirujanos y médicos por decenas, los CharlesHenri y los Louis, luego los Jules, los Robert y los Bernard, actualmente los Mathieu, Gilles y Vincent, médicos todos los cuales habían trabajado, trabajaban en establecimientos públicos: somos servidores del Estado, gustan de pensar mientras corren la maratón de Nueva York, esquían los inviernos en Courchevel o practican regatas en el golfo de Morbihan en monocascos de fibra de carbono, distinguiéndose así de la codiciosa plebe médica cuando muchos de ellos, entre los más jóvenes, completaban su consulta hospitalaria abriendo consultas privadas en barrios tranquilos y conservadores, asociándose a veces entre Harfangs con el fin de cubrir todo el espectro de patologías del cuerpo humano y proponer chequeos rápidos a hombres de negocios con sobrepeso, tipos acelerados preocupados por el exceso de colesterol, la desertificación capilar y el declive de la libido, entre ellos cinco generaciones de neumólogos engarzadas según una filiación patrilineal que privilegió la primogenitura del varón llegado el momento de transmitir cátedras y de dirigir servicios; entre ellos una muchacha, Brigitte, que obtuvo el número uno entre los aspirantes a internos de París en 1952, pero que abandonó los estudios a los dos años, convencida de estar enamorada de un pupilo de su padre cuando en realidad cedió a una presión subrepticia que la conminaba a ceder el puesto, a acrecentar el espacio vital de los jóvenes varones del clan; uno de ellos, Emmanuel Harfang, el cirujano.

Marthe recuerda haber vegetado algún tiempo como interna con una camarilla comandada por un dúo de primos Harfang. Uno de ellos trabajaba en cardiología pediátrica, el otro en ginecología. Lucían la «pluma Harfang», el mismo mechón de cabello blanco caído en forma de espiga en medio de la frente, que se echaban hacia atrás en su cabellera oscura, sello familiar y seña de identidad, un surco de leyenda, sumaos a mi penacho blanco, y faroleo ad hoc con el fin de ablandar el recelo de las chicas; vestían vaqueros 501 y camisas de oxford, impermeables beis con forro escocés cuyo cuello llevaban alzado; no salían con zapatillas de deporte sino que se calzaban unas Church's aunque despreciaban los mocasines con borlas; eran de estatura mediana, nervudos, piel pálida y ojos dorados, labios finos, nueces tan prominentes que, al verlas deslizarse bajo la piel, Marthe comenzaba de inmediato a tragar saliva; se parecían entre ellos, y se parecían también a ese Emmanuel Harfang diez años más joven que repara y trasplanta corazones en la Pitié-Salpêtrière.

Éste, durante los simposios, bajaba las escaleras del auditorio a la hora exacta, mirando derecho ante él, y acababa saltando el último escalón para dejarse llevar por el impulso y poder acceder al atril de un atlético salto, con un papel en la mano que no leería, iniciando su comunicación sin siquiera saludar a la asistencia, dando primacía a los arranques secos, los ataques abruptos, un modo de ir directo al meollo

sin atenerse a las normas, como dando por descontado que cualquiera de los presentes en la sala sabía quién era, a saber, Harfang, hijo de Harfang, nieto de Harfang, y un modo también, sin duda, de espabilar a un auditorio que tendía a aletargarse a primera hora de la tarde, un tanto amodorrado después de esas famosas comidas celebradas en restaurantes próximos reservados para la ocasión, cantinas improvisadas donde las jarras de vino tinto se alineaban sobre los manteles de papel, siempre ese vino de Corbières modesto y con cuerpo que maridaba con las carnes poco hechas, y no bien empezaba a hablar Harfang, la sala salía de su embotamiento digestivo; todos recordaban, al verlo tan fino y tan atlético, que era el pilar de una formación ciclista de primer orden, una cuadra que ostentaba los colores del hospital en diversas competiciones, tipos capaces de recorrer doscientos kilómetros los domingos por la mañana por poco que ello pudiera compaginarse con la vida del servicio, tipos dispuestos a madrugar para hacerlo, por más que les desesperase no poder dormir más, no poder acariciar a su mujer, hacer el amor, jugar con sus hijos o sencillamente vegetar escuchando la radio, el cuarto de baño siempre más luminoso y el olor a pan tostado siempre más deseable esas mañanas, tipos que esperaban pertenecer, pues, a ese extraño círculo amistoso, y que habrían pagado mucho, incluso abriéndose paso a codazos, por ser escogidos por Harfang; «designados» era el término ad hoc, ya que Harfang, reparando de pronto en su presencia, los apuntaba con el dedo índice, e inclinaba la cabeza a un lado para calibrar su contextura física, al cerciorarse de un posible rival, y esgrimiendo una extraña sonrisa que le contraía el semblante, les preguntaba: ¿le gusta a usted la bicicleta?

Pedalear junto a Harfang, seguir su rueda durante unas horas suponía desafiar a sus esposas furiosas por quedarse solas con los niños los domingos hasta media tarde, aguantar sus observaciones pérfidamente burlonas –tranquilo, cariño, ya sé que te sacrificas por la familia–, suponía bregar con sus reproches –sólo piensas en ti– y sus frases mortificadoras cuando los examinaban calibrando su barriga –¡ojo, no vaya a darte un infarto!–, suponía volver encendidos, rotos, sin aguantarles las piernas el peso del cuerpo y con las asentaderas tan doloridas que soñaban con un baño de asiento pero se desplomaban en el primer sofá con que se topaban, incluso en la cama, la merecida siesta –y ese descanso arrogado, huelga decirlo, suscitaba de nuevo la indignación de las mujeres, que clamaban una y otra vez contra el egoísmo de los hombres, su escasa ambición, su sumisión, su miedo a envejecer, alzaban los brazos a grito pelado, se ponían en jarras, adelantando el vientre, atormentándolos, una comedia italiana–, y, una vez recobrados del esfuerzo, suponía arrastrarse hasta los ordenadores para comprar sin falta en un sitio especializado una camiseta de gamuza, un surtido de culottes a juego y todo el equipo idóneo, acabando por gritar ¡calla la boca! a esa que refunfuñaba desde el otro extremo del piso, acabando por hacerla llorar, y la verdad es que, cosa curiosa, no hubo una sola que respaldara esa empresa masculina, ni una sola que, trepa o simplemente dócil, alentara a su hombre a subirse a una bicicleta para seguir a Harfang por las carreteras del valle de Chevreuse, y

pavonearse veloz, liviano, brioso, sí, ni una sola se dejaba engañar, y cuando hablaban entre ellas, deplorando la apropiación solapada de sus maridos, en ocasiones citaban a Lisístrata, proyectando hacer una huelga de sexo con el fin de que los hombres dejaran de hacer sus serviles melindres, o bien se mondaban describiéndose unas a otras a su compañero exhausto tras la carrera, porque bien pensado tenía su gracia; pues que fueran si eso les gustaba, que fueran, que se deslomaran, aliados y adversarios, favoritos y competidores, y muy pronto ni una sola de ellas madrugó a las seis de la mañana para preparar un café y tendérselo amorosamente al marido, se quedaban en la cama, arrebujaadas en los edredones, desgreañadas, tibias y gimoteantes.

La última vez que Marthe Carrare oyó hablar a Harfang, éste hizo una brillante exposición sobre las modalidades de uso de la Ciclosporina en los tratamientos antirrechazo que habían revolucionado trasplantes e injertos a principios de los ochenta, condensando en doce minutos el historial de este inmunosupresor —un producto cuyo empleo disminuye las defensas inmunitarias del organismo del receptor y permite reducir los riesgos de rechazo del órgano trasplantado—, al término de lo cual se pasó la mano por el cabello y apartó de su frente el famoso mechón blanco que le dispensaba de enunciar su patronímico, inquirió, abrupto, ¿alguna pregunta?, contó un, dos, tres para sí, y concluyó su exposición evocando el fin de los trasplantes cardiacos, su inminente obsolescencia puesto que había llegado el momento de plantearse por fin los corazones artificiales, maravillas tecnológicas creadas y perfeccionadas en un laboratorio francés, teniendo en cuenta que países como Polonia, Eslovenia, Arabia Saudí o Bélgica habían autorizado a proceder con los primeros ensayos. La bioprótesis de novecientos gramos, elaborada a lo largo de veinte años por un cirujano francés de fama internacional, se implantará en pacientes aquejados de insuficiencia cardiaca severa y con un pronóstico vital comprometido. Tal conclusión desconcertó a la sala, flotó un rumor sobre la asistencia que despertó a los somnolientos: la idea de que la prótesis cardiaca despojara al órgano de su poder simbólico; y si bien la mayoría de las cabezas asentían en cuadernos de espiral para consignar las palabras de Harfang en estilo telegráfico, hubo algunas que se menearon de izquierda a derecha, emocionadas y vagamente contrariadas, y pudo verse a algunas personas atentas que deslizaban una mano en su chaqueta, detrás de la corbata, bajo la camisa, y llevársela al corazón para sentirlo latir.

Se ha chutado el saque de centro y el rumor que emana del estadio se ha convertido en un rugido que se acrecienta a intervalos regulares: un disparo directo, la carrera de un jugador contra otro que de repente amenaza, una jugada de lucimiento, una agarrada violenta, un gol. Marthe Carrare se retrepa contra el respaldo del sillón, los órganos del donante están repartidos, las trayectorias fijadas, los equipos formados, todo está encaminado. Y Rémige controla. Ojalá no surja

ningún imprevisto con la extracción, piensa, ojalá la fisionomía de los órganos no revele nada que los escáneres, ecografías y análisis no hayan podido ver o sólo sospechar. Se fumaría muy a gusto un pitillo, con una cervecita y una buena hamburguesa de queso con salsa barbacoa, activa la masticación para extraer del chicle un postrer átomo de nicotina, el recuerdo de un sabor, de una fragancia, incluso atenuados, piensa en el guardia de seguridad que estará viendo el partido inclinado sobre una pantalla de ordenador portátil, con su paquete de Marlboro Light al alcance de la mano.

Cordélia Owl agita precisamente un paquete de cigarrillos ante Révol mientras se cierran las puertas del ascensor, bajo a tomar el aire un ratito, cinco minutos, le hace una señal en el resquicio que se encoge progresivamente, hasta que se le aparece su propio rostro, desdibujado en la pared metálica que no hace del todo de espejo ahí sino que plasma una máscara –se acabó la piel flexible y los ojos brillantes, impronta de la noche en blanco, esa belleza aún excitada: su cara se ha cortado como la leche, rasgos hundidos, tez turbia, un gris oliva tirando a caqui en el fondo de las ojeras, y las señales del cuello más oscuras–. Ya sola en la cabina, se mete en el bolsillo los cigarrillos, extrae del otro el móvil, echa un vistazo, nada de nada, comprueba las señales del aparato, se estremece, mira mejor, ah, no hay cobertura, ni el menor rumor, ni la menor chispilla, de inmediato recobra la esperanza, él habrá intentado llamar sin conseguirlo, y, una vez en el entresuelo, alcanza corriendo una puerta de salida lateral reservada para el personal hospitalario, empuja la barra transversal y sale fuera; allí hay tres o cuatro fumando y pateando el suelo en la zona blancuzca que el letrero luminoso traza en el frío compacto, unos ayudantes y un enfermero a quienes no conoce, y el aire es tan gélido que resulta imposible distinguir el humo del tabaco del gas carbónico que exhalan entre todos. Apaga el móvil y vuelve a encender el aparato, para retomar desde cero todo el proceso, para saber a qué atenerse. Sus brazos desnudos azulean a ojos vistas, y muy pronto tiembla toda ella. ¿Hay cobertura aquí? Se vuelve hacia el grupo, las voces que contestan se superponen, sí, sí que hay, yo tengo, yo también, y, una vez reactivado su aparato, lo interroga –realiza esas operaciones sin convencimiento, segura, ahora, de que nadie ha dejado ningún mensaje, segura de que para que suceda algo lo mejor es dejar de pensar en ello.

Línea toda la que quiera, señal ninguna. Enciende un cigarrillo. Uno de los tipos que tiene delante le espeta está usted en reanimación, ¿no? Es un pelirrojo alto, pelo a cepillo, un aro en la oreja y largas manos con los dedos arrebolados y las uñas a ras. Sí, Cordélia contesta bajando la pequeña barbilla trémula, se ha quedado sin fuerzas, transida piel de gallina, el vientre dolorido de tanto temblar bajo la bata fina, se aferra al cigarrillo, fuma como una desesperada, los ojos le arden de repente, le lloran, el tipo la mira sonriendo, eh, ¿se encuentra bien?, ¿qué le pasa? Nada, contesta, nada, sólo que tengo frío, pero el tipo se le acerca, debe de ser dura la reanimación, la de cosas que se verán, ¿no? Cordélia sorbe aire por la nariz y da una calada, no, estoy bien, es el frío, de verdad, el cansancio. Le corren las lágrimas por las mejillas, lentas, teñidas de rímel, lágrimas de muchacha que vive un desengaño.

Todo lo vivo y ardiente que deflagraba en su interior, ese desparpajo a todo gas, juguetón y feroz, esos andares de reina que gastaba aún aquella tarde por los pasillos

de reanimación, todo eso hace aguas velozmente y pende en su cerebro, pesado, empapado: de tanto tener veintitrés años tenía veintiocho, de tanto tener veintiocho, tiene treinta y uno, vuela el tiempo mientras ella echa una mirada fría sobre su vida, una mirada que echa por tierra una tras otra las distintas fases de su vida – apartamento húmedo donde proliferan las cucarachas y el moho en la juntura de las baldosas, préstamo bancario que chupa lo superfluo, amistades de toda la vida reconvertidas en periferia de las familias recién creadas, focalizadas en la progenie, que a ella la dejan fría, días saturados de estrés y veladas con chicas ya fuera de juego pero depiladas impecablemente y pegando la hebra en siniestros *lounge bars*, ristra de hembras disponibles, y risas forzadas a las que acaba sumándose siempre, pusilánime, oportunista, o raros episodios sexuales sobre colchones astrosos, contra el hollín grasiento de la puerta de un parking, tipos frecuentemente torpes, con prisas, rácanos, poco cariñosos al final, con el alcohol suficiente para maquillar todo eso, y nada más; el único encuentro que le acelera el corazón es un tipo que le alza su mechón de cabellos para darle fuego, y posee en grado sumo el arte de aparecer, y de hecho se presenta en el momento más inesperado, sin que sea posible predecir ese impulso, como si se hubiera mantenido oculto tras un poste y de pronto asomase para sorprenderla en medio de la luz dorada de un atardecer, llamando durante la noche desde un café cercano, o avanzando hacia ella una mañana desde el rincón de una calle, y esfumándose siempre del mismo modo al final, la gran maestría, antes de volver de nuevo–, es la gran operación de decapado a la que nada se resiste, ni siquiera su cara, ni siquiera su cuerpo aunque se lo cuida –revistas, tubos de crema adelgazante, y esa hora de barra al suelo en una sala helada del centro comercial Docks Vauban–, está sola y decepcionada, es desdichada, patalea y le castañetea los dientes cuando su desilusión devasta sus territorios externos e internos, ensombrece los rostros, pudre los gestos, tuerce las intenciones, hincha, prolifera, poluciona ríos y bosques, contamina los desiertos, inficiona las capas freáticas, desgarrar los pétalos de las flores y deslustra el pelaje de los animales, macula la banquisa allende el círculo polar y mancilla el alba griega, embadurna los más hermosos poemas con una viscosidad doliente, saquea el planeta y todo cuanto lo puebla desde el Big Bang hasta las astronaves del futuro, y sacude al mundo entero, ese mundo que suena a hueco: ese mundo desencantado.

Bueno, voy para allá, arroja la colilla al suelo, la aplasta con la punta de su bailarina de tela, el pelirrojo alto la observa, ¿se encuentra mejor? Cordélia asiente, estoy bien, hasta luego, da media vuelta, se precipita al interior del edificio, y el trayecto de regreso es un intermedio que utiliza para rehacerse antes del retornar al servicio, donde el trabajo se intensifica a esas horas: nerviosismo de la noche, pacientes inquietos, últimos cuidados, últimas perfusiones, últimas pastillas, y esa extracción que se realizará dentro de unas horas; Révol había pasado para preguntarle si podía encargarse de una sustitución de último momento, alargar su guardia para luego incorporarse al quirófano, petición excepcional que ella había aceptado.

Da un rodeo por la cafetería para tomarse una sopa de tomate en la expendedora de bebidas calientes, se la ve subir por el gran vestíbulo gélido, cosilla flacucha con los dientes apretados, y al poco golpear la máquina con el puño para acelerar el proceso; el brebaje es infecto, tan caliente que el vaso se deforma bajo sus dedos, pero se lo toma de un trago y le templó el cuerpo; en ésas, ve pasar ante ella al padre y a la madre, los padres del paciente de la siete, el joven al que le ha puesto una sonda por la tarde, el que ha muerto y a quien extraerán los órganos esa noche, son ellos; sigue con los ojos su lento caminar hacia las altas puertas de cristal, se recuesta contra un pilar para verlos mejor: la cristalera se torna espejo a esas horas, se reflejan en ella como se reflejan los fantasmas en la superficie de los estanques las noches de invierno; son la sombra de sí mismos, podría decirse para describirlos; la trivialidad de la expresión no retrataba tanto la disgregación interna de aquella pareja cuanto resaltaba lo que todavía eran esa misma mañana, un hombre y una mujer de pie en el mundo, y viéndolos andar el uno junto al otro por el suelo esmaltado de luz fría cualquiera podía deducir que ambos proseguían la trayectoria iniciada horas antes, no vivían ya del todo en el mismo mundo que Cordélia y los demás habitantes de la Tierra, sino que efectivamente se alejaban de él, lo abandonaban, y se desplazaban hacia otro ámbito, que quizá no era sino aquel en el que sobrevivían durante un tiempo, juntos e inconsolables, quienes habían perdido un hijo.

Cordélia envuelve con su mirada sus siluetas, que van empequeñeciendo a la entrada del aparcamiento, se esfuman en la noche; de pronto lanza un grito, se despega del pilar, resopla como un potro, coge el móvil, su semblante se dibuja de nuevo y recobra el color, y en un movimiento de balancín pasmosamente enérgico efectúa esa media vuelta interior que la reaviva, ese impulso que confirma la recuperación, marca a toda velocidad el número de ese hombre desaparecido a las cinco de la mañana, admirada de actuar, teclea hábilmente, como si quisiera a la vez librarse de aquello y desafiar la sumisión en que la confina su tristeza, como si quisiera contrarrestar la morbidez que la asalta y recordar la posibilidad del amor. Una, dos, tres señales, y a continuación la voz del tipo que pide en tres lenguas que le dejen un mensaje, te quiero, y cuelga, curiosamente revivificada, liberada de un peso: de pronto, tiene de nuevo toda la vida por delante, se dice a sí misma que siempre llora cuando está cansada, y que le falta magnesio.

Lou. No habían llamado a Lou, no habían intentado hablarle, no habían pensado en ella, salvo para pedir que se pronunciara su nombre al oído de su hermano antes de pararle el corazón. Pero en Lou, esa niña de siete años, en su angustia al ver marchar precipitadamente a su madre al hospital, en su espera, en su soledad, en nada de eso habían pensado, y por más que se hubieran visto enfrentados a la embestida ciclónica de la muerte, envueltos en el drama, no encuentran excusas y se aterran al descubrir el número de los vecinos en el móvil de Marianne, junto a avisos de mensajes que no se ven con fuerzas para escuchar, y ahora Marianne pisa el acelerador, murmurando frente al parabrisas, ya llegamos, volvemos a casa.

Suenan las campanas en lo alto de la iglesia de SaintVincent y el cielo ha cobrado el arrugado aspecto de un cirio reblandecido. Son las seis y veinte cuando coronan las curvas de la cuesta de Ingouville, entran en el aparcamiento subterráneo del edificio, volvemos, esta noche la pasamos juntos, había dicho Marianne apagando el motor; pero ¿habrían tenido fuerzas para separarse esa noche, quedarse Marianne allí sola con Lou, volver Sean al estudio que había alquilado aprisa y corriendo el pasado noviembre en Dollemard? A Marianne le cuesta introducir la llave en la cerradura, no atina a activar el mecanismo, el chasquido metálico se prolonga en el orificio mientras Sean patea el suelo tras ella, y cuando por fin se abre la puerta, han perdido el equilibrio y se tambalean en el interior. No encienden ninguna luz, se desploman ambos en el sofá que recogieron en la cuneta de una carretera campestre un día de lluvia, embalado como un caramelo en un plástico transparente, y en torno a ellos las paredes mudan ahora a papel secante, absorben ese tono café herrumbroso que señala el declive del día: los contados cuadros plasman otras figuras, otras formas, los muebles se hinchan, se borran los motivos de la alfombra, la estancia es como una hoja de papel argéntico olvidada en una cubeta de líquido revelador, y esa metamorfosis –ese enarenamiento progresivo, el ennegrecimiento de lo que los rodea– los hipnotiza conforme gana nitidez el mundo en torno a ellos; la sensación de sufrimiento físico que experimentan no basta para instalarlos en la realidad, es una pesadilla, acabaremos despertándonos, se dice Marianne, que mira hacia el techo; y además si Simon volviese a casa ahora, en este momento, si hiciese tintinear a su vez la cerradura y entrase en el piso dando un portazo tras él, con ese gesto descomedido y ruidoso que caracterizaba sus apariciones, suscitando indefectiblemente el grito de su madre, ¡Simon deja de dar portazos!, si se presentase en ese instante, con la tabla de surf bajo el brazo rechinando en su funda, el pelo húmedo, las manos y la cara azuladas de frío, extenuado por el mar, Marianne sería la primera en creérselo, se levantaría, se le acercaría para ofrecerle huevos con páprika, pasta, algo caliente y vigorizante, sí, no vería a un fantasma, vería el regreso de su hijo.

Marianne adelanta la mano para tocar la de Sean, o su brazo, o su muslo,

cualquier parte del cuerpo que pueda alcanzar, pero esa mano avanza en el vacío, porque Sean acaba de levantarse, se ha quitado la parka, bajo a buscar a Lou. Camina hacia la puerta, pero llaman, abre, Marianne pega un grito, es la niña.

Está excitada, entra corriendo en la casa, se ha puesto una larga camiseta multicolor por encima de la ropa, se ha anudado un fular en el pelo y alguien le ha prendido en la espalda dos alas de mariposa de tul irisado con velcro –tiene también el pelo negro, tieso, la piel mate, y los ojos mestizos, delicadamente oblicuos–, de pronto se planta ante su padre, sorprendida de verlo con jersey dentro de casa, ¿has vuelto? La vecina permanece tras ella en el rellano pero asoma la cabeza dentro –gestualidad de jirafa–, su rostro expresa abiertamente un interrogante: Sean, ¿han vuelto ustedes? Acabamos de llegar –Sean cierra la frase, no tiene ganas de hablar–. Lou brinca ante él, hurga en su mochila, acaba alargándole una hoja de papel, he hecho un dibujo para Simon, entra en el salón, y al descubrir a su madre recostada en el sofá pregunta bruscamente: ¿dónde está Simon?, ¿sigue en el hospital? Sin aguardar respuesta, da media vuelta, corre hacia el pasillo, alas vibrátiles, pasos marcados, se la oye abrir una habitación, llama a su hermano, suenan dos puertas más, y vuelve a oírse el mismo nombre, entonces la niña reaparece en la entrada, ante sus dos padres de pie, descompuestos, esperando sin poder hablar, incapaces de articular otra cosa que despacito, Lou, mientras que la vecina, lívida, retrocede en el rellano, indica con el dedo índice que lo ha entendido, no quiero molestar, cierra la puerta.

La niña está frente a sus padres mientras declina el día al oeste, sumiendo poco a poco la ciudad en la oscuridad, y ahora ya sólo son siluetas. Marianne y Sean se acercan, la niña no se inmuta, guarda silencio mientras sus ojos devoran la oscuridad –el blanco de sus pupilas como caolín–, Sean la alza en brazos, Marianne los abraza por la cintura –los tres cuerpos fundidos con los párpados cerrados como en los monumentos a la memoria de los naufragos erigidos en los puertos del sur de Irlanda–, después vuelven al sofá, se desplazan en diagonal sin despegarse, tríada romana protegiéndose del exterior, se arrebujan en su aliento y en los olores de su piel –la niña huele a brioche y a Haribos– y por vez primera recobran la respiración desde el anuncio de la catástrofe, por vez primera se construyen un nido de recogimiento dentro de su quebranto, y basta acercarse, basta hacerlo suave y quedamente, para oír sus corazones que bombean juntos la vida que sigue, y percuten, tumultuosos, como si hubiese finos sensores colocados sobre las válvulas que emitieran líneas infrasonoras, esas líneas que desfilaban por el espacio, que corrían a través de la materia, seguras, precisas, enlazando Japón, el mar de Seto, una isla, una playa salvaje y esa cabaña de madera donde se archivan los latidos de los corazones humanos, esas huellas cardiacas recogidas en el mundo entero, depositadas o registradas allí por quienes hayan realizado todo el viaje, y mientras los corazones de Marianne y de Sean marcan un tempo común, el de la niña tamborilea, hasta que se incorpora bruscamente, la piel de la frente perlada de sudor: ¿por qué estamos a

oscuras? Como una gata, se escurre del abrazo de sus padres, rodea la habitación para encender todas las lámparas, una tras otra, se vuelve hacia sus padres y declara: tengo hambre.

Se multiplican las llamadas, señalando los mensajes que entran en los buzones de voz; ahora habrá que pensar en hablar, en avisar a la gente, otro trance que se viene encima. Marianne sale al balcón –sigue con el abrigo puesto–, enciende un cigarrillo, se dispone a llamar para tener noticias de Chris y de Johan, descubre una señal de Juliette, de súbito no sabe qué hacer, miedo de hablar y miedo de oír, miedo de que se le haga un nudo en la garganta, porque lo de Juliette era especial: Simon se la presentó de mala gana el pasado diciembre, un miércoles, estaban en la cocina cuando ella volvió a una hora desacostumbrada, Simon no dijo «mi madre» sino «Juliette, Marianne», farfullando al punto nos vamos, tenemos cosas que hacer, cuando Marianne entablaba ya conversación con la muchacha, ¿entonces estás en el mismo instituto que Simon?, atónita al descubrir el aspecto de la chica que ocupaba el corazón de su hijo, y ésta era un ejemplar lo bastante original como para que se asombrase, no se parecía a nadie, al menos no a una groupie de las playas, pues era casi frágil, con apenas pecho, y con una carita extraña, unos ojos que se le comían el rostro, orejas perforadas con múltiples agujeros, dientes delanteros separados y pelo rubio pálido cortado a lo Jean Seberg en *Al final de la escapada*; ese primer día, vestía unos tejanos slim de pana de canutillo rosa pálido sobre zapatillas deportivas altas verde césped, un conjunto jacquard debajo de un impermeable rojo; Simon aguardó irritado a que contestara a Marianne, y se la llevó hacia la puerta tirando de ella por el codo, y más adelante comenzó a dejar caer aquí y allá su nombre durante las raras veces que consentía contar cosas, singularidades que acabaron rivalizando con las de sus compañeros y las de los spots del Pacífico; está cambiando, pensaba Marianne, porque Simon dejaba de lado los McDonald's a favor de un pub irlandés que olía a perro mojado, leía novelas japonesas, recogía maderas en la playa, y trabajaba a veces con ella, química, física, biología, materias en las que descollaba él, ella no, y una noche Marianne lo oyó describirle la formación de la ola: mira (debía de estarle dibujando un esquema), la ola se desplaza hacia la orilla, se encoge según disminuye la profundidad del agua, a eso se lo llama zona de marejada, ahí es donde las olas se arquean, a veces es muy brutal, luego la ola alcanza la zona de rompiente, que puede cubrir un centenar de metros si el fondo es rocoso, son los *point break*, tras lo cual las olas rompen en la zona de surf interno pero siguen evolucionando hacia la orilla, ¿vale? (ella debió de asentir, moviendo su barbilla menuda), y al final del viaje, con un poco de potra, te encuentras allí a una chica, una chica que no está nada mal, con un impermeable rojo; se hablaban hasta muy entrada la noche cuando la casa dormía, e incluso quizá se susurraban te quiero, sin saber lo que se decían sino sólo que se lo decían el uno al otro, eso era lo fundamental –porque Juliette era el corazón de Simon.

Marianne está en el balcón, dedos que el frío pega a la barandilla metálica. Desde esa altura, domina la ciudad, el estuario, el mar. Farolas con bulbos electrificados y bombillas naranja subrayan las grandes arterias, el puerto y el litoral, frías llamas que crean en el cielo aureolas polvorosas de un gris Payne; las luces marcan la entrada del puerto en el extremo de la gran escollera, mientras que al otro lado del frente litoral es noche oscura, ni un solo barco en la rada, ni un parpadeo, sólo una masa lenta, pulsátil, las tinieblas. ¿Qué será del amor de Juliette cuando el corazón de Simon comience a latir en un cuerpo desconocido, qué será de cuanto colmaba ese corazón, de sus afectos lentamente depositados en estratos desde el primer día o inoculados aquí y allá en un arrebatado de entusiasmo o en un acceso de ira, de sus amistades y sus aversiones, de sus rencores, su vehemencia, sus inclinaciones graves y tiernas? ¿Qué será de las salvadas eléctricas que contraían tan fuertemente ese corazón desbordante, lleno, demasiado lleno, ese corazón *full*? Marianne contempla el patio, los pinos inmóviles, los matorrales apretados, los coches inmóviles bajo las farolas, las habitaciones de enfrente que derraman en la noche su luz cálida, el brillo rojizo de los salones y el amarillo de las cocinas –topacio, azafrán, mimosa y ese amarillo de Nápoles todavía más rutilante tras el vaho de los cristales–, y el rectángulo verde del césped de un estadio, fluorescente, pronto se servirá la cena de los domingos por la noche, esa cena diferente, self-service y bandeja-tele, torrijas, creps, huevos pasados por agua, un ritual que significaba que esa noche ella no cocinaba nada, y que después se repantigaban para ver un partido, o una película que miraban juntos, y el perfil de Simon se recortaba con nitidez a la luz de la lámpara. Se vuelve, Sean está ahí, mirándola, la frente pegada al ventanal. Lou se ha quedado dormida en el sofá.

Otra llamada, otro teléfono que tiembla sobre una mesa y una mano que lo coge – una mano con una sortija de oro, un anillo ancho y mate, un entramado de espirales–, de nuevo una voz que sucede al zumbido vibrátil –suena como pasada por una picadora, y se entiende por qué, en la pantalla del móvil puede leerse «Harfang cir.»–: ¿diga? Y de nuevo un anuncio; puede leerse éste en el rostro de la mujer que escucha, la emoción corre bajo la epidermis, tras lo cual los rasgos se contraen de nuevo, tronzados.

–Tenemos un corazón. Un corazón compatible. Sale un equipo inmediatamente para extraerlo. Venga ahora mismo. El trasplante se realizará esta noche. Entrará usted en quirófano sobre la medianoche.

La mujer cuelga. Se vuelve hacia la única ventana de la habitación, y se levanta para abrirla apoyando las dos manos en la mesa del despacho para incorporarse, los tres pasos siguientes resultan trabajosos, y más aún el esfuerzo que debe hacer para girar la falleba. El invierno se agolpa en el marco –un entrepaño endurecido, traslúcido y glacial–. Vitrifica los ruidos de la calle que resuenan, aislados, como el rumor de la noche en una ciudad de provincias, neutraliza el grito del metro aéreo frenando a la entrada de la estación Chevaleret, asfixia los olores y estampa una película helada en su cara, ella se estremece, dirige lentamente los ojos al otro lado del boulevard Vincent-Auriol, enfrente mismo, deteniéndolos en las ventanas del edificio que alberga el servicio de cardiología de la Pitié-Salpêtrière, adonde tres días atrás acudió para que le hicieran unas pruebas que mostraron que el estado de su corazón se había deteriorado sobremanera, lo que justificó que el cardiólogo formulase una petición a la Agencia de Biomedicina para incluirla prioritariamente en la lista de receptores. Piensa en lo que está viviendo ahora, en ese instante; se dice: estoy salvada, voy a vivir; se dice: alguien ha muerto brutalmente en algún lugar; se dice: va a ser ahora, esta noche; goza de ese acontecimiento del anuncio; le gustaría que no se alejase nunca ese fragmento de presente para convertirse en una imagen, que pudiese permanecer; se dice: soy mortal.

Inhala largo rato el invierno, con los ojos cerrados: el planeta azulado deriva, silencioso, hacia un pliegue del cosmos, suspendido en una materia gaseosa, el bosque está salpicado de claros rectilíneos, las hormigas rojas bullen al pie de los árboles formando una gelatina viscosa, el jardín se dilata –musgos y piedras, hierba tras la lluvia, pesados ramajes, garra de la palmera–, la ciudad bombeada cobija a la multitud, los niños abren los ojos en la oscuridad en camas superpuestas; ella se imagina su corazón, trozo de carne de un rojo oscuro, rezumante, fibrosa, llena de tubos, ese órgano invadido por la necrosis, ese órgano que desfallece. Cierra la ventana. Tiene que prepararse.

Hace cerca de un año que Claire Méjan vive en ese estudio que alquiló sin mirarlo siquiera; las referencias Pitié-Salpêtrière y primer piso bastaron para que firmase en el acto un talón de un importe desorbitado al tipo de la agencia; es sucio, pequeño y oscuro, la cornisa del balcón del segundo oscurece su ventana como una visera. Pero no tiene elección. Eso supone estar enfermo, se dice, no tener elección: su corazón ya no le deja elección.

Es una miocarditis. Lo supo tres años atrás, en una consulta en el servicio de cardiología de la Pitié-Salpêtrière. Ocho días antes, era aún una gripe y atizaba el fuego de la chimenea que crepitaba, con una manta echada en los hombros, mientras en la ventana, en el jardín, las bocas de dragón y las dedaleras se vencían con el viento. Había visitado a un médico en Fontainebleau, quejándose de fiebre y de dolores, pero olvidó mencionar las palpitaciones pasajeras, el dolor en el pecho, el sofoco cuando hacía algún esfuerzo, confundiendo esas señales con la fatiga, el invierno, la falta de luz, una especie de agotamiento general. Salió de la consulta con un tratamiento antigripal que la obligaba a quedarse en la habitación y a trabajar en la cama. Días después, cuando se traslada penosamente a París para ver a su madre, sufre un colapso: cae el flujo sanguíneo, piel pálida, fría y sudorosa; la llevan a urgencias, sirenas aulladoras –imagen tópica de película americana–, la reaniman, y comienzan las primeras exploraciones. De entrada el análisis de sangre confirma la existencia de una inflamación, después examinan el corazón. Luego se suceden las pruebas: el electrocardiograma detecta una anomalía eléctrica, la radiografía muestra un corazón ligeramente dilatado, la ecografía revela por fin la insuficiencia cardiaca. Claire permanece en el hospital, la trasladan a cardiología, donde las pruebas se perfilan. La coronariografía es normal, lo que descarta la hipótesis de un infarto, por lo que se procede a realizar una biopsia del corazón: a Claire le pinchan el interior del músculo cardiaco por vía yugular. Horas después el resultado de la prueba es desfavorable: inflamación del miocardio.

El tratamiento se despliega en dos frentes: la insuficiencia cardiaca –el corazón se fatiga, ya no bombea de modo eficaz– y las alteraciones del ritmo. Se prescribe a Claire reposo obligatorio, ningún esfuerzo físico, toma de antiarrítmicos y de betabloqueantes, por otro lado se le implanta un desfibrilador con el fin de evitar una muerte súbita. Al mismo tiempo se trata la infección viral prescribiendo inmunosupresores y fuertes antiinflamatorios. Pero la enfermedad persiste en su forma más grave, se difunde por el tejido muscular, el corazón sigue distendiéndose, y cada segundo supone un riesgo mortal. La destrucción del órgano se considera irreversible: hay que trasplantar. Un injerto. Ha de implantarse otro corazón en sustitución del suyo –una vez más, el médico remeda con gestos el acto quirúrgico–. Es, a corto plazo, la única solución para ella.

Vuelve a su casa la misma noche, ha acudido su hijo más joven a buscarla al

hospital. Conduce él a la vuelta. Vas a aceptar, ¿no?, le murmura con dulzura. Ella asiente maquinalmente. Está deshecha. Al llegar a su casa, en la linde del bosque, esa casa de cuento donde ahora vive sola, pues sus hijos son ya mayores, sube a acostarse a su habitación, boca arriba, los ojos mirando al techo: el miedo la clava a la cama, irradiando los días futuros, sin posibilidad de escapatoria: es el miedo a la muerte y el miedo al dolor, el miedo a la operación, a los tratamientos posoperatorios, el miedo al rechazo y a volver a empezar, el miedo a la intrusión de un cuerpo extraño en el suyo, y a convertirse en una quimera, a dejar de ser ella misma.

Tiene que mudarse –se expone viviendo en ese pueblo a setenta y cinco kilómetros de París, aislada de las grandes carreteras.

Claire odia al instante ese nuevo apartamento. Sobrecalentado tanto en invierno como en verano, electricidad en pleno día, ruido. Último filtro antes del quirófano, lo ve sobre todo como la antecámara de la muerte, pensando que morirá sin haber salido de allí, porque aunque no esté impedida, está como pillada en una trampa, pues toda exfiltración requiere un esfuerzo sobrehumano, cada peldaño de la escalera implica un dolor, cada movimiento la sensación de que su corazón se disocia del resto de su cuerpo, se descuelga en su caja torácica, cae en pedazos, dislocación que la convierte en esa criatura temblequeante, renqueante, a punto de romperse. Hasta tal punto que el espacio se encoge a su alrededor día tras día, reduce sus gestos, restringe sus movimientos, un encogimiento de todo como si su cabeza estuviese metida en una bolsa de plástico, una media, algo fibroso que le cortase la respiración y enviscase su vida. Se ensombrece. Confiesa a su hijo que pasa a verla una noche que la espera de albergar el corazón de un muerto la perturba, es una situación muy rara, sabes, y eso me cansa.

Al principio se resiste a instalarse de verdad, tanto si se muere como si sobrevive no piensa quedarse allí, es algo provisional, y sin embargo fanfarronea. Las primeras semanas que pasa en ese piso modifican su relación con el tiempo. No es que éste haya cambiado de velocidad, ralentizado por la parálisis, la angustia del plazo, o todo lo que entorpece, tampoco es que se estanque como se estanca la sangre en los pulmones de Claire, no, el tiempo se disgrega en una tétrica continuidad. La alternancia de la noche con el día no crea ya cesura alguna –a lo que contribuye la constante penumbra de la casa– y Claire no hace más que dormir, so pretexto de canalizar el impacto de esa mudanza forzosa. Los dos hijos mayores instauran paulatinamente el domingo como día de visita, cosa que la entristece sin que alcance a saber por qué. A veces le reprochan su falta de entusiasmo: enfrente de la Pitié, la verdad, mejor imposible, le dicen sin reírse. El más joven en cambio se presenta a cualquier hora, la tiene abrazada durante largo rato –le saca una cabeza.

Invierno siniestro, primavera cruel –no ve el bosque reverdecido, los colores que

revientan de pronto, limpios, y echa de menos el sotobosque, los troncos dorados y los helechos, la luz que cala el espacio en rayos verticales, la multitud de ruidos, las digitales sembradas a media sombra tras los macizos en senderos secretos–, verano desesperado. Claire se consume –necesitas un orden, las comidas a su hora, un plan del día a día, le repiten machaconamente quienes pasan a verla y la encuentran deprimida, ausente, insegura y, por decirlo todo, alucinada, su belleza de rubia de ojos negros deteriorada, corroída por la ansiedad y la falta de aire libre–, tiene el pelo mustio, los ojos vidriosos, mal aliento y va desaseada. Sus dos hijos mayores buscan a alguien que pueda cuidar de ella, una asistenta que le limpie, le haga la compra y le controle la medicación. Al enterarse de la intriga, se yergue, rabiosa, ¿qué quieren, cercenarle la poca libertad que le queda? Balbucea casa bajo vigilancia, blanca y amarga, le resulta insoportable la visión de los que gozan de salud sobre la enfermedad.

Le llega una primera llamada la noche del 15 de agosto, la ventana está abierta, son las ocho, se asfixia uno en la habitación –es la Pitié, tenemos un corazón, será esta noche, siempre la misma cantinela–; no está preparada, deposita el tenedor en el plato intacto, mira a su familia apretada a su alrededor, reunida por su cumpleaños, los cincuenta se celebran, han replegado los codos a lo largo del cuerpo cual alas de pájaro, su madre, sus tres hijos, la joven que vive con el mayor y su hijito, todos petrificados salvo el niño con ojos brillantes como carbúnculos, me voy, tengo que irme, barullo de sillas, vibran las flautas de champán, el líquido salpica y se derrama; cierran una maleta con dentífrico y un brumizador, bajan las escaleras con esa lentitud precipitada que hace que tropiecen y haya bronca –olvido de los sorbetes en la cocina, olvido de la tarjeta Vitale, olvido del teléfono–, y luego la calzada pringosa, el cielo color humo, la gente asomada a las ventanas, un tipo con el torso desnudo paseando al perro, el niño que corre por la acera, alcanzado por la madre, los turistas consultando un plano a la salida del metro, y por fin el hospital orlado de lucecillas, la admisión, la habitación requetelimpia donde espera, sentada en el borde de esa cama que no abrirá, pues al final suenan voces en el pasillo, un martilleo de pasos y aparece Harfang, se planta ante ella, pálido y seco, los ojos enrojecidos: finalmente hemos rechazado el órgano.

Lo oye detallar su decisión sin chistar: el corazón no es bueno, es pequeño y está mal vascularizado, sería correr un riesgo inútil, habrá que seguir esperando. Harfang cree que Claire está conmocionada por la decepción, hundida por el chasco, pero está ofuscada, atontada, ya con una sola idea en la cabeza, salir de allí, los pies le cuelgan en el vacío, las nalgas se deslizan imperceptiblemente hacia el borde del lecho, aterriza suavemente en el suelo, y se incorpora, me vuelvo a casa. Fuera, sus hijos chutan una pelota en unos matorrales que avientan de inmediato una ardiente polvareda, su madre se deshace en lágrimas en los brazos del más joven, la compañera del mayor sigue persiguiendo al niño que no quiere dormir, y todo se

desbarata. El grupo parte en sentido inverso, ya sin apetito, imposible retomar la cena donde la habían dejado, pero beber sí, un champán rosado en copas burbujeantes, y Claire acaba alargando la suya llena por encima de la mesa, sonriente, ahora embellecida, ¡arriba los corazones! No tiene gracia, mamá, murmura su hijo pequeño.

Tras lo cual, el tiempo cambia de naturaleza, recobra forma. O mejor dicho cobra la forma exacta de la espera: se contrae y se tensa. En lo sucesivo las horas no tienen más función que hallarse disponibles, que albergar el evento del trasplante, puede aparecer un corazón en el momento más inesperado, tengo que estar viva, tengo que estar lista. Los minutos se tornan elásticos, los segundos dúctiles y al final llega el otoño, y Claire decide traer a esos treinta metros cuadrados sus libros y sus lámparas, su hijo pequeño le instala el wifi, ella compra un sillón modular, una mesa de madera y reúne unos cuantos objetos: quiere volver a la traducción.

En Londres, su editor saluda ese retorno, le envía el primer volumen de Charlotte Brontë, poemas publicados con sus hermanas bajo seudónimos masculinos: Currer, Ellis and Acton Bell. El otoño transcurre en un cottage helado batido por los vientos donde tres hermanas y un hermano escriben y leen juntos a la luz de las velas, comulgan con los libros, genios febriles, exaltados, torturados, que inventan mundos, recorren la landa, toman litros de té, y fuman opio. Contagian su intensidad a Claire, cuya salud mejora. Cada día trabajado deja su porción de intentos, rinde unas páginas y, según pasan las semanas, se instaura un ritmo de trabajo, como si hubiese que sincronizar la espera –que se precisa, al degradarse el estado de su corazón– a tenor de otra temporalidad, la de los poemas por traducir. A ratos tiene la sensación de sustituir las trabajosas contracciones de su órgano enfermo por un vaivén fluido, el que se establece entre su francés de nacimiento y el inglés aprendido, y de que ese movimiento rotativo abre en ella una anfractuosidad en forma de cuna, una cavidad nueva –hubo de aprender otra lengua para conocer la suya, por lo que se preguntaba si ese otro corazón le permitiría seguir conociéndose: te dejo un sitio, corazón mío, creo espacio para ti.

La noche de Navidad reaparece un hombre, deposita sobre su cama un ramo de digitales púrpuras. Lo conoce desde la infancia, crecieron juntos –enamorados, amigos, hermano y hermana, cómplices, son casi todo cuanto un hombre y una mujer pueden ser el uno para el otro.

Claire sonrío, las sorpresas son peligrosas, soy cardiaca, sabes. De hecho, se ve obligada a sentarse y a volver a la realidad mientras él se quita el abrigo. Las flores proceden de la casa de ella, lo nota. ¿Sabes que son tóxicas? Dice señalándolas. De esas que los niños tienen prohibido tocar, respirar, coger o probar; recuerda sus dedos tiznados de polen de fucsia que contemplaba, fascinada, sola en el camino, y la palabra «veneno», que se henchía por encima de su cabeza de niña cuando se las llevaba a la boca. El hombre desprende lentamente un pétalo y lo deposita en el hueco de su mano: ten, míralo. El pétalo tiene un color tan vivo que parece artificial,

molde de plástico, tiembla en su palma y se cubre de microscópicas arrugas mientras él le observa: la digitalina que contienen las flores ralentiza y regulariza los movimientos del corazón, refuerza la contracción cardiaca, es una buena molécula para ti.

Esa noche, se duerme con las flores. El hombre la desnuda con precaución, despliega uno a uno los pétalos y los dispone sobre su piel desnuda como las escamas de un pez, puzzle vegetal cual manto de ceremonia que él se esmera en pulir, murmurando de vez en cuando, ojo no te muevas, cuando ella llevaba ya tiempo sumida en una delicia cataléptica, aderezada y cuidada como una reina. Cuando despertó, era aún de noche, pero los niños andaban ya alborotados en el piso de arriba, voceaban, martilleando el suelo con los tacones, corrían a desgarrar los envoltorios de regalo aparecidos durante la noche junto a un árbol de Navidad ectoplasmático. Su amigo se había marchado. Se sacudió los pétalos del cuerpo y se hizo con ellos una ensalada que aliñó con aceite de trufa y vinagre balsámico.

Una camiseta, unas cuantas bragas, dos camisones, un par de zapatillas, productos de belleza, el ordenador portátil, el teléfono, los distintos cargadores. Su historia médica, los impresos administrativos, las últimas pruebas, y esos grandes sobres rígidos que contienen las radiografías, los escáneres, las IRM. Le gusta hacer la bolsa a solas, bajar a pasos prudentes y tomarse tiempo fuera. Atraviesa el bulevar en diagonal, intentando captar la mirada de los conductores que frenan ante ella, escucha vibrar los raíles ardientes por encima de su cabeza, le gustaría cruzarse con un animal, un tigre a ser posible, o una lechuza, con el disco facial en forma de corazón, pero un perro errabundo también estaría muy bien, o unas abejas sencillamente maravillosas. Nunca había estado tan aterrorizada, la anestesia el terror. Pero tendría que llamar, piensa al entrar en la zona hospitalaria, marca el número de sus hijos, les manda un mensaje –es ahora, es esta noche–, llama a su madre, que ya estará durmiendo, por último al amigo de las digitales en la otra punta del mundo, señales que son emanaciones de este instante presente y se estiran largo rato en la materia del tiempo, se vuelve una vez más, fija la mirada en la ventana de su apartamento, y de súbito todas las horas que ha pasado tras esa pared de vidrio se condensan en un fragmento de tiempo y convergen en su occipucio en el mismo instante en que cruza la verja del hospital, fulgurante capirotozo que la proyecta en el recinto, en la franja alquitranada que recorre las dependencias, a continuación dobla a la izquierda, entra en el Instituto de Cardiología, un vestíbulo, dos ascensores –se prohíbe pensar en elegir el que le traiga suerte–, la tercera planta y ese pasillo iluminado como una estación espacial, el despacho acristalado, y Harfang de pie, bata blanca y abrochada, mechón blanco pegado por encima de la frente: la estaba esperando.

La margarita se estrella contra la pared del apartamento y, una vez caída en la moqueta, reproduce un crepúsculo napolitano encima del televisor. La joven examina satisfecha su lanzamiento y se vuelve hacia la pila de cajas blancas posada en la barra de la cocina americana, abre lentamente una segunda caja de cartón perfectamente cuadrangular, desliza el disco ardiendo de la pizza americana sobre su palma, se sitúa frente a la pared, el brazo replegado, la mano abierta, y con un nuevo movimiento del brazo efectúa una segunda proyección entre las dos ventanas de la estancia, nueva impronta, las rodajas de chorizo dibujan una curiosa constelación en la pared. Mientras se dispone a abrir la tercera caja, una cuatro quesos salpicada de ampollas, contando con la mezcla amarillenta como con una posible pasta adhesiva, un hombre sale del cuarto de baño, lustroso, se detiene en el umbral de la estancia maliciándose una amenaza, y, al ver a la mujer amagar un tercer gesto de propulsión dirigida a él, se tira al suelo, un puro reflejo, y pasa de boca abajo a boca arriba para observar a la mujer en contrapicado, ella sonríe, le da la espalda, sus ojos escanean la estancia, y, una vez hallada una nueva zona de recepción, estampa la pizza contra la puerta de entrada. Tras lo cual, pasa por encima del joven estupefacto y entra a lavarse las manos al otro lado de la barra. El tipo se incorpora a su vez y comprueba los daños girando sobre sí mismo, una ojeada circular que vuelve a la joven apostada ante la pila.

Se bebe un vaso de agua, los hombros nacarados emergen de una camiseta con los colores de la Squadra Azzurra cuyo escote redondo permite adivinar unos pechitos libres y livianos, sus inmensas piernas prolongan un amplio short de tela azul satinada, una fina película de sudor se perla encima de su boca, se pone guapísima cuando le bailan los maxilares bajo la piel de la mandíbula –la ira–, y no se digna mirarlo cuando cruza y descruza de abajo arriba sus largos brazos de arcaica belleza para quitarse la camiseta sin mangas, ya inútil, desnudando su espléndido busto conformado por distintos círculos –pechos, areolas, pezones, vientre, ombligo, doble arranque de los globos traseros–, modelados por distintos triángulos apuntados hacia el suelo –el isósceles del esternón, el convexo del pubis y el cóncavo de los riñones–, y ahondados por distintas líneas –la mediana dorsal que subraya la división del cuerpo en dos mitades idénticas, surco que recuerda en la mujer la nervadura de la hoja y el eje de simetría de la mariposa–, todo ello resaltado por un pequeño rombo en la cresta esternal –la quilla oscura–, es decir un conjunto de formas perfectas cuyas armónicas proporciones e ideal disposición admira él, toda vez que su mirada profesional valora por encima de todo la exploración anatómica del cuerpo humano, y de éste en particular, deleitándose con su auscultación, detectando con pasión la menor desarmonía en la amazón, el más pequeño defecto, la más mínima asimetría, una curva de escoliosis encima de las lumbares, ese lunar esporulante, ahí, bajo la axila, esas durezas entre los dedos de los pies en el sitio en que el pie queda

comprimido por la punta del escaquin, y ese ligero estrabismo en los ojos, coquetería en el ojo, acusada cuando no ha dormido lo suficiente, y que le confiere ese aire disipado, ese aire de chica guillada que tanto le gusta de ella.

Se embute un cuello vuelto, se quita el short para deslizarse en unos vaqueros segunda piel, ahí acaba el espectáculo en cierto modo, acto seguido se calza unas botas de tacón de aguja y se dirige hacia la puerta de entrada que chorrea grasa, la abre y sale dando un portazo sin volverse hacia el joven de pie en medio del apartamento emporcado, que la ve marcharse con alivio.

Tiene usted que participar en una extracción en el hospital de Le Havre. Es un corazón, pero venga ya. Cuando oye esa frase en boca de Harfang, formulada como si se lo hubiera imaginado hace meses, corta y seca, Virgilio Brevia está a punto de asfixiarse, pues la alegría y la decepción le forman una bola amarga en la garganta. Por supuesto está de guardia localizada, y aunque, excitado por su misión, no cabe duda de que el anuncio no podía caer peor: rarísima conjunción de dos acontecimientos obligados: un Francia/ Italia + una Rose deseante a domicilio. Además, se pregunta durante largo rato por qué Harfang se ha tomado la molestia de llamarlo personalmente, detectando en ello su intención perversa de humillarlo durante una velada histórica, a sabiendas de que es futbolero, pues los entrenamientos del domingo por la mañana le habían brindado la oportunidad de dispensarlo de las rondas ciclistas –vaya tortura, murmuraba Virgilio, estupefacto, cuando veía al enjambre de cabezudos con cascos en punta y abigarrados culottes en medio de los cuales Harfang ejercía de reina.

Virgilio está sentado en la trasera del taxi que circula hacia la Pitié-Salpêtrière, se echa sobre los hombros el capuchón ribeteado de piel y recobra la lucidez. Las tensiones de la última hora lo han alterado, cuando tiene que sacar fuerzas de flaqueza, ahora más que nunca. Porque esta noche será su noche, será una gran noche. De la excelencia de la extracción depende la excelencia del órgano, es la ley fundamental, y esta noche él está en primera línea.

Va siendo hora de tomar una decisión, piensa, entrecruzando los dedos enfundados en cuero, va siendo hora de acabar con esa chica, con esa majara, y de apelar a su instinto de conservación, aun a costa de privarse de ella, de su cuerpo hiperactivo y del esplendor de su presencia. Rememora la hora anterior con espanto, Rose sorprendiéndolo en su casa cuando él tenía pensado ver el partido con otra gente, y luego exigiéndole, encantadora pero un punto amenazante, que se quedasen a verlo en su casa y pidiesen unas pizzas, echando mano para ello de un argumento lúdico –ese atuendo de hinchita *azzurra*–, en el que la tensión erótica se infiltraba gradualmente en la, guerrera y mayúscula, del partido inminente, una amalgama prometedoramente gozosa, y tremendamente intrigante, a la que la llamada de Harfang a eso de las ocho había añadido efervescencia, mientras los pulsadores de la

agitación perforaban el techo. En el acto pegó un brinco y contestó estoy aquí, estoy listo, voy ahora mismo, rehuendo la mirada de Rose pero forzando una cara trágica –cejas en ángulo y labio inferior alzado sobre el labio superior, óvalo de la barbilla estirado con expresión funesta–, una cara que significaba catástrofe, mala pata, fatalidad, y que destinaba a Rose, muequeando para ella en ese instante, ventilando el aire con la mano, marioneta, trágico de pacotilla, porque su mirada, en realidad, irradiaba felicidad –¡un corazón!–: y ella no se dejó engañar. Virgilio se eclipsó caminando hacia atrás para ducharse, vestirse y ponerse limpio y, cuando salió del baño, la situación había caído en barrena. Un espectáculo maravilloso y abrumador pero que, ahora que lo visualiza a cámara lenta, ahora que percibe su majestad lógica, no hace sino exacerbar la sublimidad de Rose, su incomparable belleza y su temperamento ardiente, la joven saldando su ira con gestualidad soberana y conservando un mutismo regio en una situación en que otras no habrían hecho más que gimotear. ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! Y cuanto más lo piensa, menos se plantea romper con esa criatura altamente inflamable y además única en el mundo, jamás renunciará a ella, digan lo que digan los demás, los que la tienen por loca, los que la tienen por «en el límite-límite», como dicen, con cara de enterados, cuando hubieran dado cualquier cosa por tocarle el hueco de la rodilla.

Rose se había apuntado a las clases que recibían los estudiantes en prácticas del hospital de la Pitié-Salpêtrière a comienzos del curso universitario, donde la enseñanza magistral dispensada durante los años de externado consistía en trabajos dirigidos de un tipo particular: el estudio de casos clínicos. Durante largas sesiones, situaciones vividas en los servicios o casos imaginados en función de cuestiones concretas que había que trabajar eran «reinterpretados» de cara a los estudiantes, para que pudieran iniciarse en la atención al paciente, aprender los gestos de la auscultación, entrenarse a emitir un diagnóstico, a identificar una patología y a determinar un protocolo de hospitalización. Esos trabajos prácticos, elaborados en torno a la dualidad paciente-médico, se celebraban en público y requerían a veces la creación de colectivos más amplios, a fin de favorecer la aptitud a la concertación y el diálogo entre las distintas disciplinas; el objetivo era luchar contra la compartimentación de las especialidades médicas, que recortaban el cuerpo humano en una serie de saberes y de prácticas aisladas y eran incapaces de plantear al paciente como un todo. Sin embargo, esa nueva pedagogía, basada en la simulación, causó recelo: el uso de la ficción en el proceso de adquisición de un saber científico, la idea misma de un planteamiento en forma de juego –imaginemos que tú eres el médico y yo el enfermo– suscitaban escepticismo entre los profesores de la facultad. Así y todo, se avinieron, convinieron que ese dispositivo barajaba un material de gran riqueza, incluyendo la subjetividad, la emoción, y trabajando, en el diálogo paciente-médico, ese concepto frágil, falseado o extemporáneo, que era menester oír o descifrar. En ese juego de rol, se convino que los estudiantes, ejercitándose en su futura función, interpretarían el papel de médicos, por lo cual se decidió contratar a

actores para interpretar el papel de pacientes.

Se presentaron tras la aparición de un pequeño anuncio en un semanario destinado a los profesionales del espectáculo. La mayoría artistas en la estacada, debutantes llenos de promesas o eternos segundones de producciones televisivas, asiduos de los spots publicitarios, suplentes, figurantes, actorcillos, que recorrían los castings para acumular horas con el fin de pagarse el alquiler –las más de las veces de una vivienda compartida en un distrito del nordeste parisino o del extrarradio–, o se reconvertían en *coaches* para jornadas de formación de técnicas de venta –a domicilio u otras–, y acababan formando parte de paneles de cobayas y alquilando su cuerpo: catadores de yogures, probadores de crema hidratante o de champú antipiojos y experimentadores de pastillas diuréticas.

Acudió una multitud, y hubo que hacer una selección. Se creó un tribunal formado por profesores de medicina y facultativos –algunos de ellos eran aficionados al teatro y lo decían–. Cuando Rose entró en la sala de audición y recorrió las bancadas, calzada con zapatillas deportivas de cuña, embutida en un traje de sudoración Adidas color burdeos y un jersey de lúrex con los colores del sol, se armó un gran revuelo, ¿no les decía algo su cuerpo y su cara? Le entregaron una lista de gestos que hacer y frases que pronunciar con el fin de interpretar el papel de paciente que acude a la consulta ginecológica tras descubrirse un bulto sospechoso en el pecho izquierdo, y, durante el cuarto de hora siguiente, su implicación suscitó la admiración general: la vieron tumbarse en *topless* en el suelo de la sala –de nuevo baldosas allí–, guiando la mano del estudiante, aquí, aquí me duele, sí, aquí, y comoquiera que la escena se eternizaba, el azoramiento fue general; bien es cierto que el estudiante se demoraba excesivamente en la palpación, pasando de uno a otro pecho, e insistía, ajeno a los términos del diálogo, sordo a las informaciones sustanciales que ella sin embargo le daba, entre ellas la intensificación del dolor al final del ciclo menstrual, tanto es así que ella acabó incorporándose, con el rostro enrojecido, y le soltó una torta. ¡Bravo señorita! La felicitaron y la contrataron en el acto.

Desde los primeros días, Rose enmendó secretamente los términos del contrato, considerando que ese empleo de «paciente» obtenido para todo el curso universitario constituiría una formación para ella misma, sería una ocasión de enriquecer la gama de su capacidad interpretativa, el poderío de su arte. Desdeñó tontamente las patologías banales –las que ella concebía como tales–, prefiriendo acaparar la locura, la histeria o la melancolía, registro en el que descollaba, heroína romántica o perversa con enigmas, autorizándose en ocasiones bifurcaciones en el guión original –descaro que dejaba estupefactos a los psiquiatras y neurólogos que dirigían las sesiones y creaba confusión entre los estudiantes, tanto es así que acabaron pidiéndole que actuara con un poco más de medida–; disfrutó con las ahogadas, las suicidas, las bulímicas, las erotómanas, las diabéticas, amó a las cojas, las deformes –un caso de coxalgia bretona le brindó la ocasión de mantener un hermoso diálogo sobre la

consanguinidad en el Finistère Nord–, las jorobadas –logró imitar la rotación de las vértebras en la caja torácica–, y todo cuanto le exigía perturbar su cuerpo; se recreó interpretando a una mujer embarazada con contracciones prematuras pero brilló menos encarnando a una joven madre de familia describiendo los síntomas de un lactante de tres meses –el estrés perlaba la frente del aprendiz de pediatra; supersticiosa, rechazó los cánceres.

Eso sí, nunca despuntó tanto como aquel día de diciembre en que tuvo que simular una angina de pecho. La cardióloga de renombre que dirigía el estudio le había descrito el dolor en estos términos: se le ha sentado un oso en el tórax. Rose redondeó los ojos en forma de almendra, deslumbrada, ¿un oso? Hubo de hacer acopio de las emociones infantiles, la ancha jaula maloliente con rocas de plástico crema toscamente modeladas, y el enorme animal, de quinientos a setecientos kilos, el hocico triangular y los ojos avvicinados, falsamente bizqueantes, el pelaje herrumbroso lleno de arena y los gritos de los niños cuando se alzó sobre las patas traseras, alcanzando los dos metros de altura; pensó en las escenas de caza de Ceausescu en los Cárpatos –los osos atraídos por los campesinos con comida depositada en cubos, saliendo del fondo del calvero ante una cabaña de madera montada sobre pilotes, avanzando en el momento oportuno en el marco del ventano, tras lo cual un agente de la Securitate armaba la escopeta para tendérsela acto seguido al dictador una vez el animal se hallaba lo bastante cerca como para que no pudiera errar el disparo–, recordó también una escena de *Grizzly Man*. Rose tomó impulso desde el fondo de la sala, avanzó hacia el estudiante que era su interlocutor y se quedó inmóvil. ¿Imaginó al animal en la linde del sotobosque, asomando la cabeza entre los bambúes, y oscilando sobre sus cuatro patas, indolente, el pelaje castaño, rascando perezosamente un tocón con las garras no retráctiles para luego volverse hacia ella e incorporarse como un hombre? ¿Divisó al monstruo cavernícola al despertar del mes de hibernación, estirándose, calentando los fluidos paralizados en su cuerpo, y reactivando la sangre en su corazón? ¿Lo vio hurgando a la luz del crepúsculo en los contenedores de basura de un supermercado, rugiendo de alegría bajo una enorme luna? ¿O pensó en otro peso totalmente distinto: un hombre? Se dejó caer hacia atrás cuan larga era –el ruido de su cuerpo caído de golpe provocó un murmullo en la sala– y, contrayéndose convulsivamente, soltó un grito de dolor, al punto ahogado por un mudo estertor, tras lo cual dejó de respirar, totalmente inmóvil. Su caja torácica pareció aplastarse y se hundió en forma de cubeta, al tiempo que se le hinchaba la cara, evolucionando hacia el rojo, los labios apretados enseguida incoloros, los ojos fuera de las órbitas, mientras sus miembros comenzaban a vibrar como sacudidos por una descarga eléctrica; semejante realismo en la composición no era tan corriente, tanto es así que algunos en la sala se irguieron para verla mejor, repararon en su cara cárdena, el abdomen cóncavo, una silueta bajó velozmente las escaleras del anfiteatro para acercarse a Rose, atropelló al estudiante que comenzaba a balbucear, imperturbable, las primeras líneas de su cuestionario y se inclinó sobre

ella para reanimarla mientras la cardióloga eminente se precipitaba a su vez, acribillando el iris de las pupilas con un bolígrafo-linterna. Rose frunció una ceja, luego la otra, se incorporó con una enérgica acometida, interrogó al tropel que la rodeaba, y por primera vez conoció el goce de ser aplaudida: se inclinó, la espalda tiesa, ante los estudiantes puestos de pie en las gradas.

El joven, furioso por haberse dejado engañar, le reprochó su propuesta desmedida, una angina de pecho no es un paro cardíaco, confunde usted una y otra cosa, no son lo mismo, le ha faltado delicadeza y complejidad, está desvirtuando el ejercicio. Para que ella lo entienda mejor, enumera uno por uno los síntomas de la angina de pecho: dolor torácico constrictivo, sensación de aplastamiento a todo lo ancho del pecho, de estar metido en un torno, en ocasiones con otros dolores típicos en la mandíbula inferior, uno de los dos antebrazos, y menos frecuentemente la espalda, la garganta, pero claro, no se desploma uno; a continuación enumera los del paro cardíaco –aceleración del ritmo cardíaco a más de trescientos latidos por minuto, fibrilación ventricular que provoca un paro respiratorio, lo que acarrea el síncope, todo ello en menos de un minuto–, podría luego detallar los tratamientos, exponer la medicación, los antiagregantes plaquetarios que facilitan la circulación sanguínea y la trinitrina que alivia el dolor dilatando las vías coronarias, está subyugado, ya no sabe lo que dice, no puede dejar de hablar, lanza frases como lazos para retenerla junto a él, muy pronto su corazón se embala a un ritmo anormalmente rápido, una taquicardia que ronda los doscientos latidos por minuto, corre el riesgo de sufrir la fibrilación ventricular que acaba de describirle, de sufrir el síncope, francamente cualquier cosa, Rose se ha vuelto hacia él, lenta, una altivez de estrella recién surgida, lo examina de arriba abajo, le anuncia con una amplia sonrisa que acaba de sentarse en su tórax un oso, ¿lo sabe acaso?, y le anuncia taimada que está dispuesta a repetir la experiencia siempre que él haga de oso, tiene su físico y su delicadeza, pongo la mano en el fuego.

Virgilio Brevia tiene en afecto algo de oso por su elasticidad y su lentitud, su explosividad. Con todo, es un rubio tenebroso, barba pajiza y pelo flexible peinado hacia atrás, rizado en la nuca, nariz recta, rasgos finos de italiano del norte (Friuli). Si no el andar digitigrado de bailarín de sardana cuando roza el quintal, tiene una corpulencia de ex obeso por el espesor, por la plenitud, pero sin excrecencia visible, dicho de otro modo sin pliegues ni gordura, el suyo es un cuerpo simplemente carnoso, lo envuelve una capa de grasa de compacidad uniforme, que se afina en las extremidades de los miembros, muy hermosas las manos. Estabilizado en un coloso seductor y carismático, dotado de una figura notable acorde con la elocuencia de una voz cálida, con venas entusiastas si bien con puntos de exceso, con un hambre de saber bulímica y una capacidad de trabajo poco común, su cuerpo conoce no obstante dolorosas fluctuaciones, una elasticidad que le hace sufrir, por sus visos de vergüenza y obsesión –traumatismos por haber sido llamado burlescamente gordinflón,

rechoncho, rellenito o abiertamente gordo, iras por haber sido menospreciado a causa de ello y rechazado sexualmente, celos de todo tipo—, y siempre con esa bola en el estómago, ese suplicio que le hacía sentir asco de sí mismo. Bajo permanente control, escrutado durante largo rato por una mota de polvo en el ojo, hidratado precavidamente por una simple insolación, interrogado intensamente por una ronquera, una tortícolis, una sensación de cansancio, ese cuerpo constituye el gran tormento de Virgilio, su obsesión y su triunfo —porque ahora se gusta, no cabe duda, bastaba ver cómo lo repasaba Rose—, tanto es así que unos hijos de puta, celosos de su éxito, no dudan en asegurar, sardónicamente, que se hizo médico para aprender a dominarlo, a equilibrar sus humores, a doblegar su metabolismo.

Número uno de los internos de París, atajando los años de estudio a paso de carga, reduciéndolos a doce, clínica universitaria y asistencia quirúrgica incluidas, cuando la mayoría de los estudiantes que habían escogido lo mismo llegaban a emplear hasta quince —pero es que yo no he dispuesto de medios, gustaba de decir, jugando a seductor, no pertenezco al círculo de elegidos, y exageraba sus oscuros orígenes italianos, el hijo de emigrantes, el ilegítimo, el becario trabajador, se pasaba cien pueblos—, tan creativo en la teoría como prodigiosamente dotado en la práctica, brillante y orgulloso, movido por una ambición atlántica y una inagotable energía, resulta muy irritante, es cierto, y en muchas ocasiones es incomprendido —su madre, aterrada por sus éxitos, equiparando las jerarquías intelectuales con las sociales, acababa mirándolo con mala cara, preguntándose cómo había llegado a tanto, de qué pasta estaba hecho ese crío, por quién se tomaba cuando se subía por las paredes al verla retorcerse las manos para secárselas en el delantal, al oírla gimotear el día que leyó la tesis y decir que ella no pintaba allí nada, que no entendía nada, que ése no era su lugar, que prefería quedarse en la cocina preparando un banquete para él solo, esos patés, haciéndole esos pasteles que a él le gustaban.

Así pues, eligió el corazón, y luego la cirugía cardíaca. La gente se extrañó, todos pensaban que habría podido hacer fortuna escrudriñando nevus, inyectando ácido hialurónico en las arrugas del entrecejo y bótox en los pómulos, remodelando barrigas fofas de mujeres con más de un hijo, radiografiando los cuerpos, elaborando vacunas en laboratorios suizos, pronunciando conferencias en Israel y en Estados Unidos sobre las enfermedades nosocomiales, haciéndose nutricionista de altos vuelos. O que hubiera podido cubrirse de gloria optando por la neurocirugía, incluso por la cirugía hepática, especialidades que brillaban por su complejidad, su alto tenor de tecnología punta. Y en vez de eso el corazón. El buen y viejo corazón. El corazón motor. La bomba que rechina, que se taponas, que hace capulladas. Un curro de fontanero, le gusta decir: escuchar, hacer resonar, identificar la avería, cambiar las piezas, reparar la máquina, todo eso me va que ni pintado —en esos momentos va de payaso, balanceándose sobre uno y otro pie, minimizando el prestigio de la disciplina cuando todo eso halaga su megalomanía.

Virgilio ha elegido el corazón para existir en lo más alto, contando con que el aura

soberana del órgano recaería en él, como recaía en los cirujanos cardiacos que se afanaban por los pasillos de los hospitales, fontaneros y semidioses. Porque el corazón rebasa al corazón, se ha dado perfecta cuenta. Incluso depuesto –el músculo en ejercicio no basta ya para separar a los vivos de los muertos–, es a su juicio el órgano central del cuerpo, el lugar de las manifestaciones más cruciales y fundamentales de la vida, y su estratificación simbólica permanece a sus ojos intacta. Es más, a la vez mecánico puntero y operador imaginario todopoderoso, Virgilio lo considera la piedra angular de las representaciones que ordenan la relación del hombre con su cuerpo, con los humanos, con la Creación, con los dioses, y el joven cirujano se maravilla de su inscripción en la palabra, su presencia recurrente en ese punto mágico del lenguaje situado siempre en la exacta intersección de lo literal con lo figurado, del músculo con el afecto, le deleitan las metáforas y las figuras que lo hacen aparecer como la analogía misma de la vida y repite a porfía que el corazón, aparecido el primero, sería también el último en desaparecer. Una noche, en la Pitié, sentado a una mesa con otros en la sala de guardia ante el gran fresco pintado por los internos –una amalgama espectacular de escenas de sexo y de actos quirúrgicos, suerte de bacanal gore, chusca y mórbida donde en medio de los culos, los pechos y las enormes pollas surgían algunas caras de mandamases, entre ellos uno o dos Harfang, las más de las veces en plena tarea en posturas obscenas, galgo o misionero, bisturí en mano–, relató la muerte de Juana de Arco, teatral en ese instante, ojos espejeantes como bolas de obsidiana, y contó lentamente cómo la cautiva fue llevada en carreta desde su prisión hasta la place du Vieux-Marché donde la gente se había congregado para verla, describió la figura menuda envuelta en la túnica que habían untado con azufre para que ardiera más rápido, la hoguera demasiado elevada, al verdugo Thérage subiendo a amarrarla al poste –Virgilio, galvanizado por la atención que le prestan sus oyentes, representaba la escena, anudando sólidas ataduras en el aire– para luego prender las gavillas como hombre experimentado, el brazo que coloca la antorcha sobre el carbón y las teas aceitosas, el humo que asciende, los gritos, los llamamientos de Juana antes de asfixiarse, la pila ardiendo como un hachón, y aquel corazón que descubrieron intacto tras consumirse el cuerpo, rojo bajo las cenizas, entero, por lo que tuvieron que avivar el fuego para acabar con él.

Estudiante excepcional, interno insólito, Virgilio intriga a la jerarquía hospitalaria y se las ve y se las desea para integrarse en los destinos comunes, profesando con la misma radicalidad un anarquismo ortodoxo y un odio a las «familias», castas incestuosas y connivencias biológicas, cuando sin embargo, como a tantos otros, le fascinan todos los Harfang en servicio, le atraen los herederos, le cautiva su reino, su salud, la fuerza de su número, le inspiran curiosidad sus propiedades, sus gustos y su hablar, su humor, su pista de tenis de tierra batida, tanto es así que ser invitado a su casa, compartir su cultura, beber su vino, cumplimentar a su madre, acostarse con sus hermanas –una devoración brutal–, todo ello le enloquece, intriga como un enfermo

para conseguirlo, concentrado como un encantador de serpientes, y luego se aborrece al despertarse entre sus sábanas, grosero de repente, arteramente insultante, basto, arroja bajo la cama la botella de Chivas, destroza la porcelana de Limoges y las cortinas de chinz, y siempre acaba huyendo, hecho polvo.

Su ingreso en el servicio de cirugía cardíaca de la PitiéSalpêtrière acrecienta un grado su emotividad: consciente de su valía, desprecia de entrada las rivalidades de baja estofa, ignora a los delfines y delfinas dóciles, e intriga para acercarse a Harfang, a acercarse íntimamente, para oírlo pensar, dudar, temblar, para captar en cuestión de segundos el instante de su decisión y percibir el ímpetu de su gesto, sabe que a su lado podrá aprender lo que no podrá aprender nunca en ningún sitio.

Virgilio examina en la pantalla de su *telefonino* la composición de la selección italiana, comprueba que juega Balotelli, Motta también, yes, eso está bien, y Pirlo, y tenemos a Buffon; luego intercambia pronósticos e insultos con otros dos jefes de clínica que esa noche se sentarán ante una gigantesca pantalla de plasma y beberán a su salud, unos franceses que odian el juego de defensa italiano y apoyan a un equipo con mala preparación física. El vehículo circula rápidamente a lo largo del Sena, plano y liso como una pista, y conforme se acerca a la entrada del hospital por el lado de Chevaleret, se esfuerza en mitigar su agitación y su angustia. Al poco ya sólo sonríe, sin contestar a los mensajes de los otros dos, abandona la escalada de las apuestas. Reaparece el rostro de Rose, se dispone a escribirle un mensaje galante – algo así como: la curva de tus ojos me recorre el corazón–, se echa atrás, esa chica está loca, está loca y es peligrosa, y esta noche nada tiene que perturbar su concentración, su dominio, ni afectar al éxito de su trabajo.

Los equipos de extracción de órganos llegan unos tras otros a partir de las diez de la noche. Los de Rouen se presentan en coche, pues apenas hay una hora entre el centro hospitalario universitario del complejo de Le Havre, mientras que los de Lyon, Estrasburgo y París habrán tomado el avión.

Los equipos han organizado su transporte, han llamado a una compañía de aviación que ha aceptado la misión del domingo, y se han cerciorado de que el pequeño aeropuerto de Octeville-sur-Mer esté abierto por las noches, formalizando todos los detalles logísticos. En la Pitié, Virgilio brincaba de impaciencia junto a la enfermera de guardia que llamaba a todas partes y no reparó de inmediato en la muchacha con abrigo blanco, también plantada allá, silenciosa, que se despegó de la pared cuando se cruzaron sus miradas y se acercó a él, hola, Alice Harfang, soy la nueva interna del servicio, participaré en la extracción con usted. Virgilio la examinó: ningún mechón blanco le nacía arremolinado en la frente, pero era de la familia, y fea, sin edad, los ojos amarillos y la nariz aguileña, una enchufada. Lo que más le desagradó fue el hermoso abrigo blanco con cuello de piel. Desde luego no era el atuendo adecuado para patear los hospitales. La típica tía que se presenta como una turista y se cree que la pasta crece en los árboles, pensó, irritado. Bueno, no le dará miedo el avión. La interrogó secamente y se volvió mientras ella le contestaba no, en absoluto, y la enfermera de guardia le tendía una hoja de ruta recién impresa, ya pueden ir, el avión está en la pista, la salida está prevista para dentro de cuarenta minutos. Virgilio recogió su bolsa y se encaminó hacia la salida del servicio sin dirigir una mirada a Alice, que salió tras él; a continuación el ascensor, el taxi, las arterias principales y el aeropuerto de Le Bourget, donde se cruzaron con hombres de negocios con jet lag, ataviados con grandes abrigos de cachemir, apretando contra el cuerpo lujosos maletines, y al poco se los vio subir a ambos a un Beechcraft 200 y abrocharse el cinturón sin haber cambiado una sola palabra.

El pronóstico del tiempo es favorable: poco viento y nada de nieve. La piloto, una treintañera bien plantada, de dientes perfectamente alineados, anuncia buenas condiciones de vuelo y un vuelo estimado en cuarenta y cinco minutos, para desaparecer acto seguido en la cabina. Nada más sentarse, Virgilio se enfrasca en la lectura de una revista de finanzas abandonada en su asiento, mientras Alice se vuelve hacia la ventanilla y observa París tramado en su centelleo conforme el pequeño avión toma altura: la forma de almendra, el río y las islas, las plazas y las grandes arterias, las zonas claras de los barrios con escaparates, las zonas oscuras del casco antiguo, los bosques, todo ello oscureciéndose según se desplaza la mirada hacia los confines de la capital, más allá del anillo luminoso de la vía de circunvalación; sigue con la vista la carrera de los minúsculos puntos rojos y amarillos que se deslizan sobre ejes invisibles, silenciosa animación de la corteza terrestre. Tras lo cual, el

Beechcraft se eleva por encima de una masa hidrófila y llega la noche celeste, y Virgilio, desconectado del suelo, proyectado fuera de todo catastro social, mira de otro modo a su acompañante –tal vez comienza a considerarla menos repulsiva–: ¿es tu primera extracción?, pregunta. La chica se sobresalta, se aparta de la ventanilla y lo mira: sí, primera extracción, y primer trasplante. Virgilio cierra la revista y la previene: la primera parte de la noche puede impresionarte, es una extracción multiorgánica, el chaval tiene diecinueve años, puede que le extraigan todo, órganos, vasos sanguíneos, tejidos, zas, arramblarán con todo –su mano se abre y se cierra con una contracción del puño ultrarrápida–. Alice lo mira –su expresión, enigmática, podría significar tanto «tengo miedo» como «soy una Harfang, ¿acaso lo has olvidado?»–, a continuación se incorpora y se abrocha el cinturón, mientras Virgilio, ofuscado, la imita: están descendiendo sobre Octeville.

Han abierto expresamente para ellos el pequeño aeropuerto, la pista está señalada con puntos luminosos, el remate de la torre iluminado, el aparato aterriza, agitado por sacudidas espasmódicas, la puerta se desliza y despliegan la escalera, Alice y Virgilio descienden al asfalto, y a partir de ese instante los impulsa un único y mismo movimiento, como si se desplazaran por una cinta transportadora, trayectoria sin ruptura y de mágica fluidez, atravesando un exterior nebuloso –ese perímetro de asfalto donde se oye el mar–, un interior movedizo y confortable –el taxi–, un exterior helado –el aparcamiento del hospital– y un interior cuyos códigos reconocen: el servicio de cirugía.

Thomas Rémige los espera como un amo de la casa en su territorio. Apretones de mano, cafés, se presentan, se crean conexiones y el apellido Harfang expande como siempre su aura. Rémige enumera a los que van a reunirse allí: cada equipo es un tándem compuesto por un cirujano veterano y un interno, a quienes se suman el médico anestesista, la enfermera anestesista, la enfermera del quirófano, el auxiliar y él mismo, trece, va a juntarse un puñado de gente en el quirófano, la ciudadela inexpugnable, la zona de un secreto tan sólo accesible a quienes ostentan los códigos digitales múltiples, joder vamos a ser la tira ahí dentro, piensa Thomas.

El quirófano está listo. La lámpara cialítica proyecta en la mesa de operaciones una luz blanca, vertical y sin sombra, los spots agrupados en un ramillete circular concentran sus haces en el cuerpo de Simon Limbres, a quien acaban de traer en su cama, y que sigue presentando la misma animación –emociona verlo así–. Está situado en el centro de la sala: es el corazón del mundo. Un primer círculo en torno a él delimita una zona estéril que los ajenos a la operación no pueden cruzar: no se puede tocar, manchar ni infectar nada, los órganos que van a extraerse aquí son objetos sagrados.

En un rincón de la sala, Cordélia Owl repasa la situación. Se ha cambiado, ha dejado el móvil en un casillero del guardarropa y el haberse separado de él, el dejar

de sentir contra la cadera la forma dura del estuche negro, vibrátil y solapado como un parásito, la hace oscilar a otra realidad, sí, aquí va a suceder, piensa sin despegar los ojos del joven tendido ante ella, y yo estoy aquí. Formada en el quirófano, reconoce el lugar pero hasta ahora sólo ha vivido movilizaciones intensas cuyo fin era salvar a los pacientes, mantenerlos con vida, y le cuesta imaginar la operación que se perfila, pues el joven está ya muerto, claro, y la finalidad de esta intervención es curar a otras personas. Ha preparado el material y dispuesto los instrumentos; ahora recapitula en voz baja el orden de preparación de los órganos, murmura tras la mascarilla: 1/ los riñones; 2/ el hígado; 3/ los pulmones; 4/ el corazón; luego vuelve a empezar en sentido inverso, recita para sí misma el desarrollo de la extracción establecido en función de la isquemia que tolera el órgano –dicho de otro modo, su capacidad de sobrevivir una vez interrumpida la vascularización–: 1/ el corazón; 2/ los pulmones; 3/ el hígado; 4/ los riñones.

El cuerpo está estirado, desnudo, con los brazos en cruz, para despejar bien la caja torácica y el abdomen. Está listo, afeitado, untado. Luego cubierto con un campo estéril que delimita una ventana de piel en su cuerpo, un perímetro cutáneo que cubre el tórax y el abdomen.

Adelante. Empezamos. Los urólogos, primer equipo presente en el quirófano, abren la marcha; ellos abren el cuerpo y ellos lo cerrarán al final. Dos hombres se afanan, binomio descabalado Laurel y Hardy: el largo y flaco es el cirujano, el bajo y gordito el interno. Además, el largo y flaco es el que se inclina y abre el abdomen, una laparotomía bisubcostal que dibuja en él una suerte de cruz. El cuerpo queda separado en dos zonas nítidas a la altura del diafragma: la zona del abdomen, que alberga el hígado y los riñones, y la del tórax, que alberga los pulmones y el corazón. Tras lo cual, se colocan los separadores en la incisión, que se giran con la mano para ensanchar la abertura. Se echa de ver aquí que la fuerza en los brazos es imprescindible, junto con una técnica meticulosa, y se vislumbra de pronto la dimensión manual de la operación, la confrontación física con la realidad exigida en este lugar. El interior del cuerpo, turbio y rezumante, rojea bajo las lámparas.

Los cirujanos van preparando su injerto. Unas valvas rápidas y precisas circundan los órganos para liberar sus ligamentos, sus distintas envolturas, pero aún no se ha practicado ninguna sección. Los urólogos, situados a cada lado de la mesa, conversan durante esta secuencia, en esta intervención el cirujano busca ocasiones de formar al interno, está inclinado hacia delante, descompone los gestos y describe su técnica en tanto que el alumno asiente, a veces pregunta.

Una hora después, hacen su entrada las alsacianas, dúo de mujeres de la misma estatura e idéntica corpulencia; la cirujana, una de las estrellas ascendentes en el círculo relativamente selecto de la cirugía hepática, no abre la boca, mantiene una mirada impasible tras las pequeñas gafas ribeteadas de hierro y trabaja su hígado con

una determinación rayana en la agresividad, embarcada por entero en una acción que parece alcanzar su plenitud en su mismo ejercicio, en su práctica, y la compañera no despega los ojos de sus manos de portentosa pericia.

Transcurren treinta y cinco minutos y entran los torácicos en el quirófano. Le toca actuar a Virgilio, es su hora. Advierte a las alsacianas que se dispone a seccionar, y realiza ya la sección longitudinal del esternón. A diferencia de las otras no se inclina sino que permanece con la espalda erguida, la nuca inclinada y los brazos extendidos hacia delante, para así mantener una distancia con el cuerpo. El tórax está abierto, y Virgilio deja al descubierto el corazón, su corazón, examina su volumen, detalla los ventrículos, las aurículas, observa su hermoso movimiento contráctil y Alice observa cómo valora el órgano. El corazón es magnífico.

Procede con pasmosa rapidez, brazos de luchador de lucha libre, disecciona la aorta y, una por una, las cavas: despeja el músculo. A Alice, situada frente a él al otro lado de la mesa de operaciones, le impresiona lo que ve, ese desfilar ante el cuerpo, la serie de acciones a que se lo somete; observa la cara de Virgilio, se pregunta lo que significa para él intervenir a un muerto, qué experimenta y en qué piensa; de súbito oscila el espacio a su alrededor, como si hubiese dejado de existir allí la separación entre los vivos y los muertos.

Concluida la disección, se procede a canular. Los vasos sanguíneos se atraviesan con una fina aguja para introducir en ellos pequeños catéteres por los que circulará el líquido que ha de refrescar los órganos. El anestesista controla en las pantallas el estado hemodinámico del donante, totalmente estable, mientras Cordélia suministra a los cirujanos las herramientas ad hoc, procediendo a repetir el nombre de la compresa, el número de la pinza o de la valva en el instante de depositarla en la mano que se tiende abierta ante ella, enfundada en plástico, y cuantas más cosas reparte, más firme es su voz, más sensación tiene de conquistar su puesto. Todo está listo ya, se ha hecho la canulación, podrá pinzarse la aorta, y cada uno de los cirujanos presentes en el quirófano localiza en la cartografía anatómica lo que ha venido a llevarse, reconoce la pieza que le corresponde.

¿Podemos pinzar? La voz de Virgilio, potente en el quirófano pero ahogada por la mascarilla, hace sobresaltarse a Thomas. ¡No, un momento! Ha gritado. Las miradas se vuelven hacia él, las manos se inmovilizan sobre el cuerpo, brazos dislocados en ángulo recto, se suspende la intervención mientras el coordinador se desliza para acceder a la cama y acercarse a la altura del oído de Simon Limbres. Lo que le murmura entonces, con su voz más humana, por más que sepa que sus palabras caen en un vacío letal, es la letanía prometida, la de los nombres de los que lo escoltan; le susurra que Sean y Marianne están con él, y Lou también, y Mamé, le murmura que le acompaña Juliette –Juliette, que sabe ya lo de Simon, una llamada de Sean a eso de

las diez de la noche tras dejar ella mensajes cada vez más despavoridos en el móvil de Marianne, una llamada ininteligible, porque el padre de Simon parecía errar al margen del lenguaje, sin poder formular frase alguna, estertores sí, sílabas sincopadas, fonemas balbuceados, ahogos, hasta que Juliette comprendió que ya no había nada más que oír, que no había palabras, y le contestó ahora voy, con voz apenas audible, y se lanzó en medio de la noche hacia el piso de los Limbres, corriendo como una loca por la gran cuesta, sin abrigo, sin bufanda ni nada, un elfo en zapatillas de deporte, las llaves en una mano el teléfono en la otra, y muy pronto el frío glacial se convirtió en quemazón, se consumía en la cuesta, figurilla desarticulada a punto de caerse varias veces tanto le costaba coordinar el paso, y respirando mal, no como le había enseñado Simon precisamente, sin observar ninguna regularidad, y olvidando espirar, las tibias doloridas y los talones ardiendo, los oídos cargados como en los aterrizajes, y punzadas en los costados que le agujijoneaban el abdomen, se dobló en dos pero siguió corriendo por la acera demasiado estrecha, rascándose el codo con el alto muro de piedra que ceñía la curva, galopaba por aquella carretera que él había subido para ella cinco meses atrás, la misma curva en sentido inverso, el día de la *Balada de los ahorcados* y de la cápsula amorosa de plástico rojo que los había arrojado, aquel día, aquel primer día, ahora corría hasta perder el aliento, y los coches que se cruzaban con ella cuesta arriba, atrapándola en los haces blancos de sus faros, reducían la marcha, los conductores estupefactos seguían observándola largo rato en el retrovisor, una chiquilla en camiseta corriendo por la calle, a esas horas, con aquel frío, ¡y esa cara de terror que tenía!, al final avistó el ventanal del salón, apagado, y avivó el paso, entró en la residencia, atravesando un espacio acerado de macizos y setos que se le antojó una jungla hostil, y se abalanzó a la escalerilla, donde se cayó de bruces, la alfombra de hojas que el frío helaba se había convertido en una pista de patinaje, se desolló la cara y se llenó de barro la sien y la barbilla, luego vino el hueco de la escalera, las tres plantas, y cuando llegó al rellano, descompuesta como los otros, irreconocible, le abrió la puerta Sean antes mismo de que llamase, y la estrechó en sus brazos; detrás de él, en la oscuridad, Marianne fumaba con el abrigo puesto junto a Lou dormida, ay Juliette, entonces vinieron las lágrimas—, luego Thomas saca del bolsillo los auriculares, y los inserta en los oídos de Simon, enciende el walkman, pista 7, y se forma la última ola en el horizonte, delante de los acantilados, asciende, hasta invadir todo el cielo, se forma y deforma, desplegando en su metamorfosis el caos de la materia y la perfección de la espiral, raspa el fondo del océano, remueve las capas sedimentarias y sacude los aluviones, descubre los fósiles y derriba las boyas de amarre, divulga esos invertebrados que profundizan el espesor del tiempo, esas conchas de amonitas de ciento cincuenta millones de años y esos cascos de cerveza, esas carcasas de aviones y esas armas de fuego, esas osamentas blancuzcas como cortezas, el fondo submarino tan apasionante como un gigantesco vertedero y una película ultrasensible, una pura biología, alza la piel de la Tierra, revuelve la

memoria, regenera el suelo en el que vivió Simon Limbres –la suave duna en cuya cavidad compartió con Juliette una bandeja de patatas fritas con mostaza, la pineda donde buscaron cobijo durante el chaparrón, y los bambúes detrás, bohordos de cuarenta metros y cimbreo asiático, aquel día las gotas tibias perforaban la arena gris y se mezclaban los olores, ásperos y salados, los labios de Juliette tenían entonces el color de la toronja–, y al final explota y se desparrama, las salpicaduras remolinean, conflagración y centelleo; mientras en torno a la mesa de operaciones se espesa el silencio, a la espera, se cruzan las miradas por encima del cuerpo, los dedos de los pies golpean el suelo, los de las manos aguardan, pero todos admiten que se marca un tiempo en el instante de detener el corazón de Simon Limbres. Concluida la pista, Thomas recoge los auriculares y vuelve a su sitio. De nuevo: ¿podemos pinzar?

–¡Pinzamiento!

El corazón deja de latir. El cuerpo es purgado lentamente de su sangre, la cual se sustituye con un líquido refrigerado que, inyectado con fuerza, limpiará los órganos internos, que se rodean de inmediato con cubitos de hielo; y sin duda en ese instante Virgilio dirige una mirada a Alice Harfang para ver si no está a punto de desmayarse, pues la sangre que fluye del cuerpo va a verterse en un recipiente, y el material plástico del receptáculo amplifica los sonidos como una cámara de resonancia, un ruido que impresiona más que la visión; pero no, allí sigue la joven, perfectamente estoica aunque con la frente lívida y perlada de sudor; así pues, Virgilio reemprende el trabajo y se inicia la cuenta atrás.

El tórax vuelve a ser entonces el lugar de enfrentamiento ritual en el que cirujanos cardíacos y torácicos pugnan por obtener mayor longitud en ese muñón de vena, o por ganar unos milímetros suplementarios de arterias pulmonares, y Virgilio, amistoso pero tenso, acaba echando pestes contra el que tiene enfrente, oye, déjame un poco de margen, uno o dos centímetros si no es mucho pedir.

Thomas Rémige ha abandonado el quirófano, para telefonar a los distintos servicios donde se realizarán los injertos, para informarles de la hora del pinzamiento aórtico –las veintitrés cincuenta–, dato que extrema de entrada la temporalidad de la operación posterior –preparación del receptor, retorno del órgano, trasplante–. A su regreso está concluyendo la primera extracción en medio de un silencio total. Virgilio procede a realizar la ablación del corazón: las dos venas cavas, las cuatro venas pulmonares, la aorta y la arteria pulmonar son seccionadas –cortes impecables–. El corazón se extrae del cuerpo de Simon Limbres, y todos pueden verlo expuesto, es increíble, durante un breve instante pueden percibir su masa y su volumen, intentar calibrar su forma simétrica, su doble dilatación, su bonito color carmín o bermellón, intentar ver en él el pictograma universal, el emblema de la carta de la baraja, el logo de la camiseta –I♥NY–, el bajorrelieve esculpido en las tumbas y relicarios reales, el símbolo de Eros el charlatán, la imagen del sagrado corazón de Jesús en la imaginería

devota –el órgano exhibido se presenta ante el mundo chorreando lágrimas de sangre pero aureolado de una luz radiante– o cualquier icono para mensajes que designe el infinito deshojar de las emociones sentimentales. Virgilio lo coge y lo sumerge de inmediato en un bocal lleno de un líquido traslúcido, una solución cardiopléjica que mantiene una temperatura de 4 °C –el objetivo es enfriar rápidamente el órgano, con el fin de conservarlo–, tras lo cual el conjunto se introduce en una bolsa de seguridad estéril, y luego en otra, todo ello bajo hielo picado dentro de una maleta isoterma montada sobre ruedas.

Una vez sellada la maleta, Virgilio saluda a la concurrencia, pero ni uno solo de los que rodean el cuerpo de Simon levanta la cabeza, nadie abre la boca, salvo el cirujano torácico, inclinado sobre los pulmones, que le contesta en voz alta poco margen me has dejado, eh, cabroncete, soltando una risita nerviosa, mientras la campeona de Estrasburgo, por su parte, se dispone a despejar el hígado concentrándose como una atleta antes de acometer la barra de equilibrio –casi esperaría uno que sumergiese las manos en un bol de magnesio y se frotase las palmas– y los urólogos aguardan para monopolizar los riñones.

Alice se entretiene observando. Focaliza la escena, examina uno tras otro a todos los reunidos en torno a la mesa de operaciones y al cuerpo inanimado que yace rutilante en el centro; por sus ojos cruza como un fogonazo *La lección de anatomía* de Rembrandt, recuerda que su padre, un oncólogo de uñas largas y curvas como zarpas, había colgado una reproducción en la entrada del domicilio familiar, y solía exclamar golpeteándola con el dedo índice: ¡esto es el hombre!, pero ella era una niña soñadora y prefería ver en el cuadro un conciliábulo de brujos en vez de a los médicos que pululaban entre su parentela, pasaba largos ratos contemplando a los extraños personajes admirablemente dispuestos en torno al cadáver, los ropajes de un negro profundo, las immaculadas gorgueras sobre las que reposaban sus sabias cabezas, el lujo de los pliegues exquisitos como origamis de napolitanas, las pasamanerías de encajes y las delicadas perillas, en medio de lo cual yacía ese cuerpo lívido, esa máscara de misterio y la raja en el brazo que dejaba ver los huesos y los ligamentos, la carne donde se hundía la cuchilla del hombre del sombrero negro, entonces más que admirar el lienzo lo escuchaba, fascinada por el diálogo que dejaba traslucir, acabó aprendiendo que abrir la pared peritoneal se consideró durante mucho tiempo un atentado contra la sacralidad del cuerpo del hombre, esa criatura de Dios, y comprendió que toda forma de conocimiento contenía una parte de transgresión, decidió entonces «estudiar medicina», si es que decidió algo, ya que era la mayor de cuatro chicas, aquella a la que su padre llevaba con él al hospital los miércoles, aquella a la que regaló un estetoscopio profesional el día que cumplió trece años musitándole al oído: los Harfang son todos unos gilipollas, Harfanguita, te los mearás a todos.

Alice retrocede progresivamente y todo cuanto ve se petrifica y se ilumina como

en un diorama. De repente ya no es una materia absoluta lo que ve en lugar del cuerpo yacente, un material que se puede usar y que se reparte entre varios, ya no es un mecanismo detenido que se analiza para reservar las piezas buenas, sino una sustancia de una potencialidad inmensa: un cuerpo humano, su potencia y su fin, su fin humano, y esa emoción, más que una fuente de sangre vertida en un recipiente de plástico, es la que podría hacerla desmayarse. La voz de Virgilio ya lejos a su espalda, ¿vienes? ¿Qué coño haces? ¡Espabila! Alice se vuelve y corre a alcanzarlo en el pasillo.

Un transportista especializado los conduce al aeropuerto. Circulan lanzados a ras de tierra mientras sus ojos acompañan el movimiento de las cifras en el reloj del salpicadero, siguen el baile de las señales luminosas que se abaten y se yerguen, van y vienen en las manecillas de sus relojes, en las formas pixelizadas en las pantallas de sus teléfonos. Una llamada precisamente, se enciende el móvil de Virgilio. Es Harfang. ¿Cómo está el corazón?

–Estupendo.

Rodean la ciudad por el norte, y toman la carretera de Fontaine-la-Mallet, bordeando formas a la vez compactas e indefinidas, barrios limítrofes, poblaciones enclavadas en los campos detrás de la ciudad, un sinfín de chalés repartidos en torno a un círculo de asfalto, atraviesan un bosque, ni estrellas, ni parpadeos de aviones o de platillos volantes, nada, el chófer acelera por la carretera departamental superando con mucho la velocidad reglamentaria, es un conductor con experiencia y avezado en ese tipo de misiones, mira al frente, los antebrazos inmóviles y tensos, y murmura en un minúsculo micrófono conectado a un auricular último modelo, enseguida estoy ahí, no te duermas, enseguida estoy ahí. El recipiente está atrás bien encajado en el maletero y Alice visualiza las distintas paredes herméticas que encapsulan el corazón, las membranas que lo protegen, e imagina que es el motor que los propulsa por el espacio, como el reactor de un cohete. Se vuelve y levanta una nalga para verlo por encima del respaldo, descifra en la oscuridad la etiqueta que lleva pegada, y localiza, entre las informaciones necesarias para la trazabilidad del injerto, una extraña mención: elemento o producto del cuerpo humano de uso terapéutico. Y debajo, el número Cristal del donante.

Virgilio apoya la cabeza en el respaldo, espira, sus ojos vagan por el perfil de Alice, sombra chinesca pegada al cristal, azorado de pronto por su presencia, aplacado: ¿qué tal? La pregunta es inesperada –un tipo hasta ahora tan desagradable–, la radio difunde la voz de Macy Gray, que canta repetidamente *shake your booty boys and girls, there is beauty in the world*, y a Alice de pronto le entran ganas de llorar –una emoción que la asalta por dentro, y la hace vacilar–, pero contiene las lágrimas y aprieta los dientes volviendo la cabeza: bien, bien, perfecto. Él extrae el móvil del bolsillo por enésima vez, pero en vez de comprobar la hora tamborilea en las teclas, se crispa paulatinamente, no carga murmura, mierda, mierda. Alice le pregunta

envalentonada, ¿algún problema? Virgilio no alza la cabeza para contestarle: no, el partido, quería saber cómo van, y entonces el chófer sin volverse anuncia fríamente gana Italia, 1-0. Virgilio pega un grito, aprieta y levanta el puño, y pregunta de inmediato: ¿quién ha marcado? El tipo pone el intermitente y frena, un cruce iluminado plasma ante ellos un boquete blancuzco: ha sido Pirlo. Alice, estupefacta, observa a Virgilio, que teclea a toda velocidad dos mensajes victoriosos al tiempo que murmura muy bien, muy bien, y alza una ceja hacia ella, ¡magnífico jugador ese Pirlo!, la sonrisa le sofoca el rostro, y ya llega el aeropuerto, el rugido del cercano mar bajo el acantilado, y el recipiente que hacen rodar por el pavimento hasta la escalerilla y que izan hasta la cabina, ese recipiente matrioska que contiene la bolsa de seguridad de plástico transparente que contiene el corazón de Simon Limbres, que contiene nada menos que la vida misma, una vida en potencia, y que a los cinco minutos vuela en el espacio.

Marianne no duerme, como es lógico, ni somnífero ni nada, el dolor la destroza, ha caído en un estado de semiinconsciencia, eso le permite aguantar. A las veintitrés cincuenta se la ve incorporarse sobresaltada en el sofá del salón, ¿puede que haya captado el instante en que la sangre ha dejado de circular por la aorta? ¿Puede que haya intuido ese momento? Pese a los kilómetros que se estiran en el estuario, entre el piso y el hospital, media una proximidad impalpable que transmite a la noche una profundidad mental fantástica, vagamente espantosa, como si unas líneas magnéticas recorrieran una grieta espaciotemporal, y la conectaran con ese espacio vedado donde se halla su hijo, tramando una zona de vigilia.

Noche polar, el cielo opaco parece disolverse, la capa de nubes se desgarranosa, y aparece la Osa Mayor. El corazón de Simon emigra ahora, huye por el orbe, por los raíles, por las carreteras, desplazándose en ese recipiente cuya pared plástica, ligeramente granulosa, brilla en los haces de luz eléctrica, escoltado con inaudita atención, como se escoltaban otrora los corazones de los príncipes, como se escoltaban sus entrañas y su esqueleto, los despojos divididos para ser repartidos, inhumados en basílicas, en catedrales, en abadías, con el fin de avalar un derecho a su linaje, oraciones por su salvación, un futuro en su memoria; se percibía el rumor de los cascos desde el fondo de los caminos, en la tierra batida de los pueblos y el pavimento de las ciudades, su golpeteo lento y soberano, y se avistaba el llamear de las antorchas que creaban líquidas sombras en la espesura, en las fachadas de las casas, en los rostros alucinados, la gente se agolpaba en los umbrales de las puertas, las servilletas anudadas al cuello, se descubría y se persignaba en silencio para ver desfilar aquel cortejo extraordinario, la negra carroza tirada por seis caballos de riguroso luto, cubiertos con telas y ricos pellices, la escolta de doce jinetes portando antorchas, los largos mantos negros y los crespones colgantes, y en ocasiones pajes y criados a pie blandiendo cirios de cera blanca, y otras veces compañías de guardias, y al frente el jinete lloroso que conducía el cortejo acompañaba el corazón a su tumba, avanzando hacia el fondo de las criptas, hacia la capilla de un monasterio elegido o la del castillo natal, hacia un nicho abierto en los mármoles negros y ornado con columnas salomónicas, un relicario rematado con una corona radiante, incrustado con escudos y ricos blasones, las divisas latinas desplegadas en enseñas de piedra, y con frecuencia alguien intentaba atisbar por el resquicio de las cortinas en el interior del carruaje, en la banqueta que ocupaba el oficial de la transacción, el que se encargaba de entregar en mano el corazón a quienes lo custodiarían a partir de entonces y rezarían por él, las más de las veces un confesor, un amigo o un hermano, pero la oscuridad no permitía nunca ver a aquel hombre, ni el relicario depositado sobre un cojín de tafetán negro, ni menos aún el corazón que se hallaba en el interior, el

membrum principalissimum, el rey del cuerpo, al hallarse alojado en el centro del pecho como el soberano en su reino, como el sol en el cosmos, ese corazón colocado en una gasa briscada en oro, ese corazón tan llorado.

El corazón de Simon migraba hacia otro lugar del país, sus riñones, su hígado y sus pulmones se dirigían hacia otras provincias, volaban hacia otros cuerpos. ¿Qué perduraría, en aquella fragmentación, de la unidad de su hijo? ¿Cómo casar su memoria singular con aquel cuerpo difractado? ¿Qué será de su presencia, de su reflejo en la Tierra, de su fantasma? Esas preguntas rotan en torno a ella como aros ardientes y luego el rostro de Simon se forma ante sus ojos, intacto y único. Es irreductible, es él. La invade una profunda calma. La noche arde fuera como un desierto de cal.

En la Pitié, rodean a Claire. La conducen a una habitación del servicio de cirugía cardiaca totalmente baldeada y desinfectada, una pátina de transparencia cubre las superficies, flotan efluvios de detergente por doquier. Una cama de ruedas demasiado alta, una butaca de escay azul, una mesa vacía, y, entornada en un rincón de la habitación, la puerta de un baño. Claire deja su bolso y se sienta en la cama. Va vestida de negro de arriba abajo –el viejo jersey abierto en los hombros– y se recorta perfectamente en la habitación, como un bosquejo. Comienzan a llover llamadas en el móvil, sus hijos, su madre, su amiga, todos vienen, todos acuden, pero ningún mensaje del hombre de las digitales, que acaba de acuclillarse contra una empalizada de bambúes, entre perros vagabundos y cerdos salvajes, en un pueblo situado en el fondo del golfo de Siam.

La enfermera que entra le espeta con tono bonachón: ¡bueno, ha llegado la gran noche! La cubre un casco de pelo entrecano, lleva gafas cuadradas y unas ligeras venillas le colorean los pómulos. Claire alza los brazos al cielo, sonrío, sí, *tonight everything is possible*. La enfermera le alargaba unas bolsas planas y transparentes que relucen bajo la lámpara del techo como hojas de gelatina, se inclina hacia delante, un colgante se despegaba de su piel, breve centelleo en el vacío –es un corazoncillo de plata con una promesa grabada, hoy más que ayer y menos que mañana, joyita anunciada en un catálogo de venta por correspondencia, Claire cautivada sigue de cerca su balanceo–, luego la enfermera se incorpora y le señala las bolsas: es ropa para el quirófano, tiene que ponérsela antes de ir, y Claire la examina con una mezcla de impaciencia y reticencia: la materia misma del sentimiento que lleva atormentándola desde hace un año, y el otro nombre de la espera. Contesta, fingiendo desapego, pero supongo que habrá que esperar a que llegue el corazón, ¿no? La mujer sacude la cabeza y consulta el reloj, no, entrará usted en quirófano dentro de unas dos horas, en cuanto hayamos recibido sus chequeos, el injerto llegará sobre las doce y media y tendrá que estar lista, el implante se realizará enseguida. Se marcha.

Claire saca sus cosas, dispone sus objetos de tocador en el baño, enchufa el cargador del móvil, lo deposita en su cama; personaliza la habitación. Llama a sus hijos: están corriendo por el asfalto, oye sus pasos por los pasillos del metro, ya estamos, enseguida llegamos, jadean angustiados. Quieren tranquilizarla, darle ánimos. Se equivocan: no le da miedo la intervención. No es eso. Lo que la atormenta es pensar en ese corazón nuevo, y en que hoy haya muerto alguien para que suceda todo eso, y que pueda invadirla y transformarla, convertirla –historias de injertos, de esquejes, fauna y flora.

Da vueltas por la habitación. Si es una donación, es un tipo especial de donación, piensa. En esta operación no existe donante, no hay nadie que haya deseado hacer

una donación, pero tampoco hay donatario, porque ella no puede rechazar el órgano, debe recibirlo si quiere sobrevivir; entonces qué, ¿qué es? ¿La puesta en circulación de un órgano que todavía podía desempeñar su papel, realizar su labor de bombeo? Comienza a desnudarse, se sienta en la cama, se quita las botas, los calcetines. El sentido de esa cesión de la que ella se beneficia por obra de un azar inverosímil –la increíble compatibilidad de su sangre y de su código genético con los de un ser fallecido hoy–, todo se le difumina. No le gusta esa idea de un privilegio indebido, de una lotería, se siente como la figurilla de peluche que la pinza atrapa en el batiburrillo de objetos amontonados tras un escaparate de feria. Es más, nunca podrá dar las gracias, ése es el caso. Es técnicamente imposible, gracias, esa palabra gozosa caería en el vacío. Jamás podrá dar la menor muestra de agradecimiento para con el donante y su familia, ni efectuar una contradonación ad hoc para saldar esa deuda infinita, y la idea de quedar atrapada para siempre la abruma. El suelo está helado bajo sus pies, tiene miedo, todo se contrae.

Se acerca a la ventana. Unas siluetas se apresuran por las calles del hospital, unos coches circulan lentamente entre las dependencias que redibujan en la noche el mapa anatómico del cuerpo humano, órgano por órgano, patología por patología, disocian a los niños de los adultos, congregan a las madres, a los ancianos, a los moribundos. Le gustaría poderles dar un beso a sus hijos antes de endosarse esa casulla que le baila sin cubrirla, y la hace sentirse desnuda en medio de una corriente de aire, conserva los ojos secos pero le cuesta descomponer la enormidad de lo que está viviendo, coloca las manos ahí, entre sus pechos, escucha el ritmo siempre un poco rápido pese a la medicación, siempre un poco imprevisible también, y pronuncia su nombre en voz alta: corazón.

Las horas de conversación con los médicos encargados de evaluarla psicológicamente en el momento de proponerle el trasplante –grado de inserción social, valoración de su comportamiento frente a la fatiga y la ansiedad, de su docilidad frente a los tratamientos posoperatorios, que serían duros y largos– no sirvieron para explicarle qué sucedería después con su corazón. Puede que haya en algún sitio un desguace de órganos, se dijo, mientras se despojaba de sus joyas y de su reloj, una especie de vertedero, y que el suyo sería vertido allí junto con otros como él, desalojado del hospital por las puertas de servicio en grandes bolsas de basura; imagina un contenedor para materia orgánica donde sería reciclado, reconvertido en una materia difusa, compost de carne modificada servida por átridas de una crueldad sin límites a sus rivales llegados con excelente apetito a la sala de palacio, tortas o steak tartar, paté sacado a los perros en grandes escudillas, cebos para osos y mamíferos marinos –y quizá entonces estos últimos se transformarían tras ingerir la sustancia, su piel de escamas se cubriría de cabello platino como el suyo, quizá les crecerían grandes pestañas aterciopeladas.

Lllaman y entran directamente en la habitación sin aguardar respuesta, es

Emmanuel Harfang. Se planta ante ella, le anuncia el corazón se extraerá hacia las once, las referencias del corazón son perfectas, luego se calla y observa: quiere usted decirme algo. Ella se sienta en la cama, encorva la espalda, extiende las manos sobre el colchón, cruza los tobillos, sus pies son preciosos, lleva las uñas pintadas, lacadas con un rojo intenso, resplandecen en la habitación clorótica cual pétalos de digitales precisamente, tengo preguntas, preguntas sobre el donante, Harfang sacude la cabeza, como pensando que exagera, ella conoce la respuesta. Ya lo hemos hablado. Pero Claire insiste, su pelo rubio caracolea en sus mejillas, me gustaría poder pensarlo. Agrega, persuasiva: por ejemplo, ¿de dónde procede ese corazón, que no es parisino? Harfang se la queda mirando, frunce el ceño, ¿cómo sabe ya eso?, luego consiente: Seine-Maritime. Claire cierra los ojos, acelera: *male or female?* Harfang replica en los mismos términos, *male*; se dirige hacia la puerta abierta al pasillo, Claire lo oye salir, abre los párpados, espere, su edad *please*. Pero Harfang ha desaparecido.

Sus tres hijos llegan juntos enseguida, mala cara, el mayor terriblemente nervioso no le suelta la mano, el segundo da vueltas a la habitación repitiendo sin parar, todo irá bien, el más joven le ha traído un paquete de terrones de azúcar en forma de corazón. Harfang es un crack, el mejor en lo suyo, setenta trasplantes de corazón al año, y el mejor equipo, estás en buenas manos le dice con vocecilla temblorosa. Ella asiente mecánicamente, observa su cara sin acabar de mirarlo, lo sé, no te preocupes. Más difícil lo tiene con su madre, que no deja de lloriquear, qué injusta es la vida, que quiere ocupar su puesto en el quirófano –deduciendo que es más natural y más normal que se muera ella o que haya más posibilidades de que eso suceda–, Claire se impacienta, pero que no me voy a morir, no tengo la menor intención de morirme, los chicos hartos increpan a su abuela, pero calla ya, que hay mal rollo. La enfermera vuelve a la habitación, golpetea su reloj y corta, todo perfecto, tiene que prepararse. Claire besa a sus hijos, les acaricia la mejilla, murmura a cada uno hasta mañana tesoro.

Más tarde, entra desnuda en la cabina de la ducha y se lava largo rato con Betadine, asperjándose el cuerpo de arriba abajo con el líquido amarillo, y friccionándose vigorosamente. Una vez seca, se embute la casulla estéril y se mantiene a la espera.

A eso de las diez de la noche, entra la anestesista en la habitación, ¿todo bien?, es una mujer alta, hombros y caderas estrechos, cuello de cisne y sonrisa pálida, tiene largas manos frías que rozan las suyas cuando le tiende el primer medicamento –para que se relaje–, Claire se echa en la cama, un bajón, aunque nunca había estado tan excitada. Transcurrida una hora, entra el camillero del quirófano, agarra los asideros de la cama, la operarán en la mesa del quirófano y después la traeremos a su cama, luego la traslada sin decir una palabra. Recorren metros de pasillos, Claire no sabe adónde mirar, ve desfilar techos tediosos, y cables eléctricos sinuosos como

serpientes de río. Se le acelera el corazón conforme alcanzan la zona del quirófano, cruzan puertas de esclusa codificadas. El espacio sigue compartimentándose, y luego la llevan a una salita donde la tienen a la espera. El tiempo se diluye, pronto serán las doce.

Detrás de la puerta del quirófano, la anestesista comprueba que esté en su sitio el material destinado al control de la paciente: coloca los electrodos para la vigilancia cardiaca, coloca catéteres para leer constantemente la tensión en la pantalla, y el aparato que pinza la punta del dedo para controlar la tasa de oxígeno en la sangre. Instala la perfusión, cuelga la bolsa de líquido traslúcido, controla los cierres –gestos simples, estandarizados por una experiencia de treinta años, ejecutados a la perfección–, bien, podemos empezar, ¿está todo el mundo? Pero nadie lo está del todo, el equipo se prepara en el vestuario, se embute pijamas azul cielo, batas de manga corta y chaquetas de manga larga, todos se enfundan dos gorros por lo menos que les cubran todo el cabello, y dos barbijos tapándoles la boca. Zuecos, cubrezuecos, guantes esterilizados en pares múltiples que se cambiarán constantemente. Se lavan con abundante agua, se enjabonan los antebrazos hasta el codo con soluciones desinfectantes, se restriegan las uñas, una, dos, tres veces. Por fin entran en el quirófano. Cuerpos indistintos ocupan sus puestos, ajustan los aparatos, pero aunque los rostros han desaparecido, subsiste la planta, la estatura, el modo de moverse, los gestos, y la mirada, que en ese recinto establece otro lenguaje. Están el perfusionista, la interna del quirófano, dos enfermeras instrumentistas, y dos médicas anestesistas. Harfang lleva trabajando treinta años con ese dúo de viejas compañeras, con ellas realizó su primer trasplante.

Por cierto ahí aparece, con cara de lanzarse a una carrera. Se ha endosado una bata delantal superprotectora, que se pone por delante y se anuda por la espalda, una manga prendida al dedo pulgar con un aro; su longitud hasta media pantorrilla recuerda esos delantales de carnicero que hacen que las caderas parezcan más delgadas. Se acerca a Claire para decirle unas últimas palabras: el corazón estará aquí dentro de treinta minutos, es espléndido, parece hecho para usted, se llevarán bien. Claire sonrío: pero esperará a que llegue al quirófano antes de quitarme éste, ¿no? Harfang sorprendido: ¿lo dice usted en serio?

Anestesian a Claire. Enseguida aparecen imágenes bajo sus párpados, surgimiento plástico de formas blandas y tonos cálidos, infinitas metamorfosis de superficies, despliegue caleidoscópico de células y fibras mientras las enfermeras ocultan su cabeza y su cuerpo bajo grandes hojas de plástico amarillo, cubiertas también de campos operatorios: sólo permanece visible un perímetro de piel, clara bajo los haces luminosos de las lámparas, entrañable, esa zona que van a abrir. Harfang realiza los primeros gestos, con un lápiz esterilizado traza en su tórax el recorrido de las incisiones que se harán, señala los lugares concretos de las pequeñas aberturas –en las que se deslizarán tubos que introducirán en el cuerpo un sistema de cámaras–. A

continuación la anestesista que controla el teléfono del quirófano anuncia: todo bien, ahora llegan.

Otro quirófano en un estuario nocturno, pero despoblado éste, pues el orden de marcha de los equipos es inverso al de la preparación de los injertos, los últimos en permanecer junto al cuerpo de Simon Limbres son los urólogos, siempre ellos. Se encargan de devolver al cuerpo un aspecto exteriormente íntegro.

Thomas Rémige está también allí, el rostro esmaltado de fatiga y las mejillas planas, y aunque se anuncian momentos diferentes, abiertos al final del proceso, momentos diluidos en una temporalidad más lenta y de materia más blanda, él acentúa su presencia. Cada uno de sus actos, aun el más imperceptible, expresa la idea de que no, esto no se ha acabado, no, todavía no se ha acabado. Y, cómo no, exaspera a los demás de tanto alargar el cuello por encima de sus hombros, de tanto adelantarse a los gestos de los cirujanos y a los de las enfermeras. Con lo fácil que sería rendir las armas, olvidarse de uno o dos puntos, rematarlo todo, liquidar el asunto, en el fondo, ¿qué puede cambiar? Thomas se resiste en silencio a contracorriente al agotamiento general, o a la urgencia de acabar, no deja cabo suelto: esa fase de la extracción, la restauración del cuerpo del donante, no puede trivializarse, es una reparación; ahora hay que reparar, reparar los daños. Entregar lo que ha sido entregado como ha sido entregado. Lo contrario es la barbarie. Los demás alzan los ojos al cielo a su alrededor, suspiran: tranquilo, qué te crees, no vamos a hacer chapuzas, se hará todo como es debido.

El cuerpo de Simon Limbres está hueco, en algunos lugares la piel parece haber sido succionada por dentro con una ventosa. Esa apariencia atrofiada no era la que tenía al entrar en el quirófano, saltan a la vista las mutilaciones que ha sufrido, lo cual contraviene la promesa hecha a los padres. Hay que rellenar. Los médicos crean rápidamente una guarnición utilizando campos textiles y compresas, borra tosca que es preciso modelar lo mejor posible según el volumen y la forma de los órganos extraídos y disponerla en su lugar. Las manos se afanan y los gestos prodigados son idénticos a los de una restauración: se trata de devolver a Simon Limbres su apariencia originaria, con el fin de que sea él, y que esa imagen suya sea la que puedan archivar en su memoria quienes lo vean al día siguiente en la cámara mortuoria, para que puedan reconocerlo tal como era antes.

Cierran el cuerpo ahora sobre sí mismo, sobre su vacío, sobre su silencio. La sutura de surgete continuo –una costura de hilo único, anudada en cada lado– será delicada, esmerada, la aguja del médico, fina y precisa, traza un punteado rectilíneo, y lo que sorprende es que coser, ese gesto arcaico sedimentado en la memoria del hombre desde las agujas de hueso paleolíticas, pueda relacionarse con el quirófano y con la realización de una operación de tan alto tenor tecnológico. Por lo demás, el cirujano trabaja con una intuición absoluta, con total inconsciencia de su gesto, su mano ejecuta puntadas regulares sobre la herida, puntadas cortas e idénticas que

anudarán y cerrarán. Frente a él el joven interno sigue observando y aprendiendo, también él asiste por primera vez a una extracción multiorgánica, y seguro que le hubiera gustado hacer la sutura, poder intervenir en el cuerpo del donante y participar en el gesto colectivo, pero la densidad de la intervención ha saturado sus percepciones, y, cansancio o nervios, revolotean unas mariposas negras en su campo de visión, se tensa, piensa que el hecho de que no se haya venido abajo cuando la sangre se ha vaciado en el cubo no está nada mal, y que lo que cuenta es seguir en pie hasta el final.

A la una y media, los urólogos abandonan los utensilios, levantan la cabeza, resoplan, se bajan la mascarilla y abandonan el quirófano; se llevan los riñones. Quedan Thomas Rémige y Cordélia Owl, quien parece aguantarse en pie bajo el efecto de una tensión residual, lleva casi cuarenta horas sin dormir y tiene la sensación de que si frena se desplomará en el suelo. Inicia el trabajo final. Realiza el inventario de los instrumentos, llena etiquetas, anota cifras en hojas impresas, apunta horarios, y todas esas formalidades administrativas, que realiza con la regularidad de un autómatas, le dejan campo libre para divagar, para que estallen flashes en su cerebro, en un fundido encadenado que empalma fragmentos de cuerpos, retazos de frases, porciones de lugares –el pasillo del hospital desemboca en un pasaje abovedado de pestilencias exquisitas, el mechón de cabello tiembla sobre la llama del mechero, las farolas naranjas ondulan verticalmente en los ojos de su amante, las sirenas de cabellos verdes se agitan en la carrocería de una furgoneta, su teléfono vibra por fin en la noche–, contínuum poroso sobre el que se imprime el rostro de Simon Limbres, a quien ha atendido por la tarde, a quien ha escrutado y acariciado, y esa muchacha con el cuerpo salpicado de chupetones oscuros –una piel de pantera– piensa bruscamente en el tiempo que necesitará para que se clarifiquen esas horas, para que pueda filtrar su violencia, esclarecer su sentido: ¿qué acabo de vivir? Se le nublan los ojos, consulta su reloj, se baja la mascarilla, tengo que subir un momento al servicio, la becaria está sola arriba, ahora vuelvo. Thomas asiente sin mirarla, bien, yo voy a acabar esto, tómate tu tiempo. Se alejan los pasos de la joven y vuelve a cerrarse la puerta del quirófano. Thomas está solo ahora. Recorre todo con una lenta mirada circular y lo que ve le hace estremecerse: está todo arrasado, un caos de material y de cables eléctricos, pantallas fuera de servicio, instrumental usado, trapos sucios amontonados sobre las repisas, la mesa de operaciones sucia y el suelo salpicado de sangre. Quienquiera que asomase la cabeza parpadearía en la luz fría y se formaría una imagen de campo de batalla tras la ofensiva, una imagen de guerra y de violencia –Thomas se estremece y se pone a trabajar.

El cuerpo de Simon Limbres es ahora un despojo. Lo que la vida deja tras ella al desaparecer, lo que la muerte deposita en el campo de batalla. Es un cuerpo ultrajado. Armazón, detrito, piel. La del muchacho cobra lentamente el color del marfil, parece

endurecerse, aureolada de ese resplandor crudo que cae de la cialítica, parece convertirse en un caparazón seco, un peto, una armadura, y las cicatrices atravesadas en el abdomen recuerdan una herida mortal, la lanza en el costado de Cristo, la estocada del guerrero, el acero del caballero. Entonces, ¿ha sido ese gesto de coser el que ha suscitado el canto del aedo, el del rapsoda de la Grecia antigua, ha sido su belleza de joven surgido de las olas marinas, su cabello aún lleno de sal y rizado como el de los compañeros de Ulises lo que lo turba?, ¿ha sido su cicatriz en forma de cruz?, pero Thomas se pone a cantar. Un canto tenue, apenas audible para aquel o aquella que pudiera encontrarse con él en la habitación, pero un canto que se sincroniza con los actos que componen el aseo mortuorio, un canto que acompaña y describe, un canto que queda.

El material necesario para asear el cuerpo antes de que parta hacia la cámara mortuoria ha quedado colocado en un carrito de ruedas. Thomas se ha endosado un delantal desechable, se ha embutido unos guantes de un solo uso, ha juntado servilletas –también de un solo uso, una sola vez, para Simon Limbres–, compresas de celulosa suave y una bolsa de basura amarilla. Comienza cerrando los ojos al muchacho utilizando un tampón ocular seco, tras lo cual, para cerrarle la boca, enrolla dos trozos de tela y coloca uno bajo el occipucio para flexionar las cervicales, mientras que el otro aguanta la barbilla apoyándolo verticalmente sobre el tórax. A continuación retira del cuerpo todo cuanto lo invade, los cables y los tubos, las perfusiones y la sonda urinaria, lo despoja de todo lo que lo atraviesa, lo rodea, obstruye su visión, lo libera, y entonces el cuerpo de Simon Limbres aparece a la luz, más desnudo que desnudo súbitamente: cuerpo humano catapultado fuera de la humanidad, materia inquietante errando en la noche magmática, en el informe espacio del sinsentido, pero entidad a la que el canto de Thomas confiere una presencia, una nueva inscripción. Porque ese cuerpo que la vida ha reventado recobra su unidad bajo la mano que lo lava, en el hálito de la voz que canta; ese cuerpo que ha sufrido fuera de lo común accede ahora a la muerte común, a la compañía de los hombres. Pasa a ser objeto de alabanzas, lo están embelleciendo.

Thomas lava el cuerpo, sus movimientos son pausados y sueltos, y su voz que canta se sustenta en el cadáver para no desfallecer y se disocia del lenguaje para asentarse, se libera de la sintaxis terrena para situarse en ese lugar exacto del cosmos donde se cruzan vida y muerte: la voz inspira y espira, inspira y espira, inspira y espira; acompaña la mano que revisita por última vez el modelaje del cuerpo, reconoce cada pliegue y cada espacio de piel, incluido ese tatuaje a modo de espaldarcete, ese arabesco de un negro esmeralda que se hizo grabar el verano en que se dijo que su cuerpo era sólo suyo, que su cuerpo expresaba algo propio. Thomas comprime ahora los puntos de punción que subsisten donde los catéteres atravesaban la epidermis, envuelve al muchacho en un pañal, e incluso lo peina para que el rostro le irradie. El canto se amplifica en el quirófano mientras Thomas envuelve el cuerpo en una sábana inmaculada –la sábana con la que luego le anudarán la cabeza y los

pies–, y al observarlo trabajar acuden a la mente los rituales funerarios que conservaban intacta la belleza del héroe griego que iba a morir deliberadamente al campo de batalla, ese tratamiento especial destinado a restablecer su imagen para garantizarle un lugar en la memoria de los hombres. Para que las ciudades, las familias pudieran entonar su nombre, conmemorar su vida. Una muerte hermosa, un canto a la muerte hermosa: no una elevación, el ofertorio sacrificial, no una exaltación del alma del difunto que se esfumaría en círculos ascendentes hacia el Cielo, sino una edificación: Thomas reconstruye la singularidad de Simon Limbres. Hace surgir al joven de la duna con una tabla de surf bajo el brazo, lo hace correr ante la orilla con otros, lo hace pegarse por un insulto, remolineando los puños a la altura del rostro con la guardia cerrada, lo hace saltar al foso de una sala de conciertos, brincar como un loco y dormir boca abajo en su cama de niño, lo hace darle vueltas a Lou –las pequeñas pantorrillas girando por encima del parqué–, lo hace sentarse frente a su madre a medianoche para hablarle de su padre, lo hace desnudar a Juliette y tenderle la mano para que salte sin miedo desde el muro de la playa, y lo propulsa a un espacio post mórtem que la muerte ya no alcanza, el de la gloria inmortal, el de las mitografías, el del canto y la escritura.

Cordélia reaparece una hora después. Ha recorrido el servicio, ha cerrado las puertas, ha dado una vuelta por la sala de despertar, ha comprobado las constantes en las habitaciones, el caudal de las jeringas eléctricas y las diuresis, se ha inclinado sobre los seres que duermen allí, sobre sus caras que a veces hacían muecas de sufrimiento, ha observado su postura, escuchado su respiración, y ha bajado a ver a Thomas. Lo sorprende cantando, lo oye aun antes de verlo porque su voz ahora es más fuerte, y, confusa, se queda paralizada, la espalda pegada a la puerta del quirófano, las manos caídas a lo largo del cuerpo, la cabeza echada hacia atrás, escucha.

Al poco, Thomas levanta los ojos. Llegas muy a punto. Cordélia se acerca a la mesa. La sábana blanca está alzada a la altura del esternón de Simon, cincela los rasgos de su rostro, la textura de la piel, los cartílagos transparentes, la pulpa de los labios. ¿Está guapo?, pregunta Thomas; sí, mucho, contesta ella. Entonces se miran intensamente, y juntos levantan el cuerpo, que aun así todavía pesa, se sitúan a cada extremo y lo deslizan sobre una camilla, en un sudario, antes de llamar a los de la funeraria. Al día siguiente, Simon Limbres será entregado a la familia, a Sean y a Marianne, a Juliette y a Lou, a sus allegados, les será devuelto *ad integrum*.

El avión aterriza en Le Bourget a las doce cincuenta de la noche. El tiempo empeora. Coordinación logística perfecta, los espera un coche. No es un taxi sino un vehículo especializado en ese tipo de misión, y controlado térmicamente; las portezuelas ostentan el letrero: vehículo prioritario, donación de órgano. Reina una profunda calma en el habitáculo: si bien la tensión es palpable, no aparece señal alguna de escenificación de urgencia con vistas a un reportaje televisado para gloria de los trasplantadores y de la heroica cadena humana, ninguna pantomima histórica reproducida en la exposición de un cronómetro en rojo en el rincón de la pantalla, ninguna luz intermitente todavía ni pelotón de motoristas con cascos blancos y botas negras abriendo el camino, con gran profusión de pulgares en ristre y rostros impasibles, con las mandíbulas contraídas. El proceso se desarrolla bajo control y, para la hora que es, el tráfico en la autopista es fluido, el flujo de gente que regresa del fin de semana esa noche de domingo se ha diluido: ante ellos se yergue París bajo una cúpula de luz crepuscular. Una llamada del quirófano mientras cruzan Garonor: la paciente está instalada, iniciamos la preparación, ¿dónde están? Estamos a diez minutos de La Chapelle, murmura Virgilio, y mira a Alice, su perfil de ave nocturna – la concavidad de la frente, la nariz en forma de pico, la hermosa dermis sedosa–descansa sobre el cuello de piel del abrigo blanco, indiscutiblemente una cabeza de Harfang, piensa.

A la altura del Stade de France, atasco. Mierda. Virgilio se incorpora, inmediatamente se pone tenso. ¿Qué coño hacen aquí aún? El chófer no chista. Los del partido, que no quieren volver a casa. El embotellamiento aglutina a un sinfín de coches con la ventanilla abierta, llenos de jóvenes borrachos de alegría enarbolando la bandera italiana, que ostentan y agitan enardecidos en medio del frío, autocares fletados por las asociaciones de hinchas y coches de alquiler para larga distancia refrigerados atrapados en la eufórica ratonera. Avisan de una colisión múltiple delante. Alice lanza un grito, Virgilio se pone tenso. Centímetro a centímetro, el chófer acierta a ensanchar intersticios entre las carrocerías para deslizar el vehículo y alcanzar el carril de emergencia, por el que remonta a velocidad moderada durante un kilómetro, rebasando el punto del accidente, tras lo cual queda despejado el camino y acelera a tope; los anuncios espaciados en el pretil no forman más que un largo cordón luminoso en la noche. Nuevo embotellamiento en La Chapelle. Cogemos la ronda de circunvalación. La entrada en la ciudad desgrana sus puertas por el este, entre Aubervilliers y Bercy, larga curva al término de la cual el vehículo dobla de nuevo por la derecha, penetra en la ciudad, los muelles del Sena, las torres de la biblioteca, una curva a la izquierda y suben por el boulevard Vincent-Auriol, frenan a la altura de Chevaleret y entran en el recinto del hospital, ya están, el vehículo se detiene delante de las dependencias –treinta y dos minutos, no está mal, Virgilio sonríe.

En el quirófano, apenas levantan la cabeza cuando se presentan, juntos, depositando el tesoro al pie de la cama como una presa a los pies del amo. Su llegada no puede desviar el curso de la intervención y crear una interrupción, porque, aquí, la operación ya ha comenzado. Casi no se les presta atención cuando entran, ya vestidos con su ropa esterilizada, brazos lavados, manos desinfectadas, y ahora Virgilio ya no ve de Alice más que esos ojos extraños, lentos y densos, donde se cuajan tonos amarillos dispersos, chartreuse y miel, topacios ahumados. Harfang, al final, acaba inquiriendo: bueno, ¿ha ido todo bien con el corazón? A lo que Virgilio contesta, con el mismo tono desenvuelto: sí, con una colisión múltiple a la vuelta. El corazón se deposita en una cubeta metálica, junto a la mesa de operaciones. Alice sube a un pequeño estrado situado en el extremo de la mesa, va a observar el trasplante, le flaquean un poco las piernas cuando asciende al escalón; entretanto Virgilio se adelanta para ocupar el puesto de la interna del quirófano, se diría que va a cogerle de las manos los instrumentos, y todo en él refleja su voluntad de estar ahí, bajo la luz de las tres cialíticas, inclinado sobre el tórax, y estar frente a Harfang. Ahora trabajan los dos juntos.

De pronto, al descubrir el corazón de Claire, Harfang suelta un silbido y exclama que la verdad es que sano sano no estaba, y que a nadie le importaría quitárselo de encima, todos lo aprueban riéndose a medias, les sorprende descubrir en él esa faceta de animador de quirófano haciendo el show, cuando mantiene una presión espantosa sobre cada uno de los miembros de su equipo, controlándolo todo incluso con el pensamiento, pero el quirófano es el único espacio donde siente que existe, donde puede expresar quién es, su pasión atávica por el trabajo, su maniático rigor, su fe en el hombre, su megalomanía, sus ansias de poder; ahí es donde evoca a su estirpe y recuerda uno por uno a quienes construyeron científicamente la aportación del injerto, los primeros trasplantadores, los pioneros, Christiaan Barnard en El Cabo en 1967, Norman Shumway en Stanford en 1968, o también Christian Cabrol ahí, en la Pitié, unos hombres que inventaron el trasplante, lo idearon mentalmente, lo compusieron y descompusieron cientos de veces antes de realizarlo, todos ellos hombres de los años sesenta, fieras del trabajo y estrellas carismáticas, rivales mediáticos que se disputaban la primera plana de los periódicos y no dudaban en robársela, seductores de matrimonios plurales, rodeados de muchachas calzadas con botas de montar y vestidas con minifaldas Mary Quant, maquilladas como Twiggy, autócratas descabelladamente audaces, tipos cubiertos de honores pero rabiosamente insaciables.

Lo primero es trabajar los vasos que conducen la sangre dentro y fuera del órgano. Una tras otra se seccionan, se obturan y se trabajan las venas –Harfang y Virgilio actúan deprisa, pues al parecer la rapidez es fundamental en esta fase, si las manos se rezagan podrían temblar–, y lo siguiente es impresionante, el corazón se

extrae del cuerpo y se pone en marcha la circulación extracorpórea: una máquina sustituirá durante dos horas el corazón de Claire, una máquina que reproducirá el circuito de sangre en su cuerpo. En ese instante, Harfang pide silencio, hace tintinear con una valva un tubo metálico y pronuncia a través de la mascarilla la frase ritual en ese estadio de la operación: *Exercitatio Anatomica de Motu Cordis et Sanguinis in Animalibus*, homenaje a William Harvey, primer médico que describió, en 1628, la totalidad del sistema de circulación sanguínea en el cuerpo humano, y designó ya el corazón como una bomba con efecto hidráulico, un músculo que fija la continuidad del flujo mediante sus movimientos y sus latidos. En el quirófano todos contestan sin interrumpirse: ¡amén!

Este extraño ritual desconcierta al perfusionista. No sabe latín y se pregunta lo que sucede. Es un enfermero de pestañas curvilíneas, un tipo joven, veinticinco o veintiséis años, el único de los presentes que no ha trabajado nunca con Harfang. Está sentado en un alto taburete ubicado delante de su máquina, viene a ser como el disc-jockey con las platinas, y nadie allí se encontraría tan en su salsa como él en medio de esa amalgama de finos tubos que emergen de grandes carcasas negras. La sangre, filtrada y oxigenada, corre por una maraña de finos tubos transparentes, y un código de colores inscrito en etiquetas adhesivas precisa su dirección. En la pantalla, el electrocardiograma es plano, la temperatura del cuerpo es de 32 °C pero Claire está viva. Las anestesistas se relevan para comprobar las constantes y la correcta ingestión de los productos. Se puede continuar.

En ese punto Virgilio se agacha y recoge el corazón colocado en el recipiente. Las ataduras de las distintas bolsas que lo protegen son rociadas con desinfectante y desatadas, tras lo cual se extrae el órgano del bocal; Virgilio lo toma con las dos manos, y lo coloca en el fondo de la caja torácica. Alice, de pie en el escalón metálico donde se ha alzado sobre la punta de los pies, mantiene la mirada fija, fascinada, y se expone a perder el equilibrio cuando adelanta la barbilla para ver lo que pasa allí, en el interior del cuerpo; no es la única en alargar el cuello así, el interno del quirófano que se ha situado al lado de Harfang se inclina también, chorreando tanto sudor que se le resbalan las gafas, que están a punto de caerse, in extremis se echa hacia atrás para colocárselas, tropieza con una perfusión, ten cuidado por favor, le dice la anestesista con voz seca, y le tiende una compresa.

Los cirujanos inician ahora una larga labor de costura: proceden a reconectar el corazón de abajo arriba, con el fin de anclarlo en cuatro puntos; la aurícula izquierda del corazón del receptor está cosida con la parte complementaria de la aurícula izquierda del corazón del donante, la aurícula derecha lo mismo; la arteria pulmonar del receptor está conectada con la salida del ventrículo derecho del donante, la aorta con la salida del ventrículo izquierdo. A intervalos regulares, Virgilio masajea el corazón, lo distiende, y al hacerlo sus muñecas desaparecen en el cuerpo de Claire.

De pronto el ambiente se ha tornado un poco rutinario, van amplificándose

retazos de conversación, a ratos una algarabía, bromas de quirófano, bromas de veteranos. Harfang pregunta a Virgilio cómo ha ido el partido con esa mezcla de condescendencia y complicidad fingida que irrita al italiano: bueno, Virgilio, ¿y tú qué opinas de la estrategia de los italianos, crees que eso va a dar buenos partidos? Y el joven contesta, sucintamente, que Pirlo es un excelente jugador. Trabajan el cuerpo en hipotermia pero ahora hace calor en el quirófano, las auxiliares enjugan la frente de los cirujanos, las sienes y los labios, les ayudan a cambiar regularmente de ropa y de guantes; la enfermera abre las bolsas y les presenta las protecciones extendidas y al revés. La energía humana consumida allí, la tensión física pero también la dinámica de la acción –nada menos que una transferencia de vida– no pueden sino producir esa humedad que empieza a aumentar, a planear en la habitación.

Por fin ha concluido la labor de sutura. Purgan el injerto, evacúan el aire para evitar que suban burbujas al cerebro de Claire: el corazón ya puede recibir la sangre.

La tensión sube a escape en torno a la mesa, Harfang anuncia: bien, ya podemos llenar. Llega el momento. El relleno se realiza por mililitros. Exige un flujo hipercalibrado, una operación demasiado brutal deformaría el injerto, y éste no podría recobrar su forma inicial; las enfermeras contienen la respiración, las anestesisistas están ojo avizor; Alice, en cambio, permanece imperturbable. No se mueve nadie en el quirófano, un silencio compacto rodea la mesa de operaciones mientras el corazón recibe irrigación lentamente. Virgilio coge las paletas, se las tiende a Harfang, permanecen suspendidas en el aire lo que dura el cruce de miradas, acto seguido Harfang hace un gesto con la barbilla a Virgilio, adelante, hazlo –y en ese instante quizá Virgilio hace acopio de cuantas oraciones y supersticiones sabe, tal vez suplica al Cielo o por el contrario rememora todo lo que acaba de hacerse, la suma de acciones y la suma de palabras, la suma de espacios y de sentimientos–, fija cuidadosamente las paletas eléctricas a cada lado del corazón, echa una mirada a la pantalla del electrocardiograma. ¿Choque? ¡Fuego! El corazón recibe la descarga, todos se quedan inmóviles en torno a lo que ahora es el corazón de Claire. El órgano se mueve débilmente, dos, tres sobresaltos, y se paraliza. Virgilio traga saliva, Harfang posa las manos sobre el borde de la cama y Alice se queda tan blanca que la anestesisista, temerosa de que se desplome, le estira del brazo para que descienda del estrado. Segundo intento. ¿Choque?

–¡Fuego!

Entonces, el corazón se contrae, un estremecimiento, y a continuación sacudidas casi imperceptibles, pero que pueden verse al acercarse, esos débiles latidos, y el órgano poco a poco comienza a bombear sangre en el cuerpo, y recobra su lugar, luego las pulsaciones se regularizan, extrañamente rápidas, y pronto cobran ritmo; su batir evoca el del corazón de un embrión, ese temblor que se percibe en la primera ecografía, y lo que se oye es el batir inicial, el primero, el que marca el alba.

¿Ha oído Claire el canto de Thomas Rémige en sus sueños anestésicos, ese canto de la muerte hermosa? ¿Ha oído su voz en la noche de las cuatro de la mañana, mientras recibía el corazón de Simon Limbres? Está bajo asistencia extracorpórea durante media hora más, la cosen también a ella –separadores que sueltan los tejidos para una delicada sutura de señorita– y permanece en el quirófano bajo vigilancia, rodeada de pantallas negras en las que aparecen las olas luminosas de su corazón, mientras su cuerpo se recupera, mientras ordenan la habitación patas arriba, mientras inventarían el instrumental y las compresas, y limpian la sangre, mientras el equipo se dispersa y cada cual se quita la ropa de quirófano y se viste, se pasa agua por la cara y se lava las manos, y abandona el recinto del hospital para coger el primer metro, mientras Alice recobra el color y aventura una sonrisa y Harfang le susurra al oído, bueno, Harfanguita, ¿qué te ha parecido todo esto?, mientras Virgilio se quita el gorro, se baja la mascarilla y decide proponerle ir a tomar una cerveza por Montparnasse, un plato de patatas fritas, un entrecot poco hecho para que no se pierda el ambientillo, mientras ella se enfunda el abrigo blanco y él acaricia el cuello animal, mientras por fin se ilumina el sotobosque, los musgos azulean, canta el jilguero y concluye el gran surf en la noche digital. Son las cinco y cuarenta y nueve.



MAYLIS DE KERANGAL nació en 1967 en Toulon. Hija de un capitán de la Marina y una maestra, creció en Le Havre y luego se mudó a París en 1985 para continuar sus estudios. A principios de la década de 1990, trabajó como editora infantil para ediciones Gallimard junto a Pierre Marchand y unos años más tarde creó la colección "Le Baron perché" de Vilo. Bajo la influencia de escritores como Scott Fitzgerald, Virginia Woolf o Joseph Conrad, Maylis de Kerangal publica en 2000 su primera novela, *Je marche sous un ciel de traîne*, que presenta la existencia vacía y fracasada de un joven con un pasado problemático en un pueblo del suroeste de Francia. A esta novela le siguieron *La Vie voyageuse* en 2003, *Corniche Kennedy* en 2008 y una colección de historias cortas en 2006 *Ni fleurs ni couronnes*. En 2010 obtuvo el Prix Médicis en 2010 con *Nacimiento de un puente*, donde el alcalde de un pequeño pueblo de California, propone un concurso internacional para la construcción de un puente monumental, con la esperanza de hacer su ciudad una megalópolis. En 2012 Maylis de Kerangal obtiene el Premio Landernau por *Tangente vers l'est*, en 2013 publica *Reparar a los vivos*, Premio France Culture/Télérama y Premio Orange du Livre y en 2014 *À ce stade de la nuit*, Es autora asimismo de libros infantiles y ha editado la revista *Inculte*.

Notas

[1] Emparedados calientes de jamón de york y queso, también con salsa bechamel. El croque-madame lleva un huevo encima. *(N. del T.)* <<

[2] Rebanada de pan al horno, con tomate, hojas de albahaca, queso de cabra y aceite de oliva. (*N. del T.*) <<

[3] Guiso de ave, caza, o pescado con salsa caliente, que se sirve frío. La autora juega con las sensaciones de frío-calor de Cordélia, descritos con términos culinarios. (*N. del T.*) <<